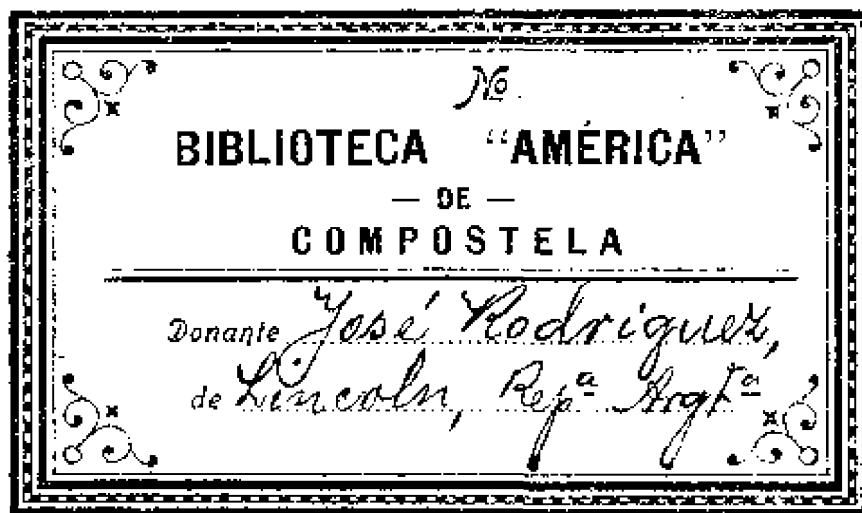


OBRAS COMPLETAS  
DE  
D. ESTÉBAN ECHEVERRÍA

---





ESCRITORES ARGENTINOS.

---

OBRAS COMPLETAS

DE

**D. ESTÉBAN ECHEVERRÍA.**

---

TOMO PRIMERO

---

**Poemas varios.**

---

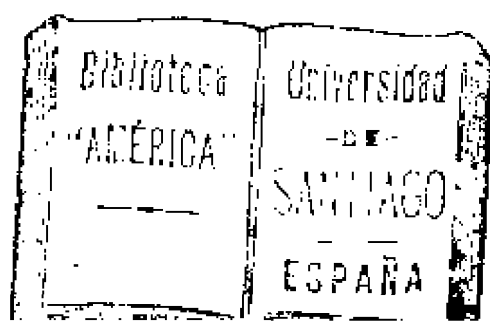
BUENOS AIRES

CARLOS CASAVALLE, EDITOR

Imprenta y librería de MAYO, Moreno 241

Plaza Monserrat

1870.





# ÍNDICE DEL TOMO I.

---

	Páginas
El Editor . . . . .	V
<b>Elvira ó la novia del Plata</b>	
<b>La Cautiva</b>	
Primera parte—El Desierto . . . . .	35
Segunda parte—El Festin . . . . .	45
Tercera parte—El Puñal . . . . .	57
Cuarta parte—La Alborada . . . . .	71
Quinta parte—El pajonal . . . . .	77
Sexta parte—La Espera . . . . .	85
Octava parte—Brian . . . . .	101
Novena parte—Maria . . . . .	115
Epilogo . . . . .	131
<b>La Guitarra ó primera página de un libro</b>	
Primera parte . . . . .	139
Segunda parte . . . . .	168
Tercera parte . . . . .	199
Cuarta parte . . . . .	215

	<u>Páginas</u>
<b>Insurreccion del Sud</b>	
<b>de la Provincia de Buenos Aires</b>	
	227
Notas . . . . .	273
<b>Avellaneda</b>	
Canto primero . . . . .	283
Canto segundo . . . . .	326
Canto tercero . . . . .	386
Notas . . . . .	431

---

## EL EDITOR.

---

Por un sentimiento de amor pátrio y de respeto por la memoria de un gran ciudadano argentino, nos hemos atrevido à acometer la empresa de publicar una edicion completa de las obras en prosa y en verso del eminente literato y publicista DON ESTEBAN ECHEVERRIA. Si estas producciones son recomendables por la materia y por la belleza orijinal de la forma, lo son mas por las cualidades del autor cuya vida fué una constante consagracion á las ciencias y á la práctica de las virtudes cívicas. Confian- do en que el pueblo Argentino, especialmente el de Buenos Aires, sabrá apreciar estos méritos y complacerse en ver honrado como merece el nombre de uno de sus mejores ciudadanos, es que nos disponemos á ofrecerle un verdadero monumento que consagre ese nombre y lo recuerde á la posteridad, antes que se pierdan ó diseminen los materiales de que hoy podemos disponer para realizar obra tan meritoria.

Estamos en posesion de todos los papeles, documentos y borradores, correspondencia epistolar, dejados por

el Sr. Echeverria, así como de sus producciones inéditas, entre las cuales se cuenta el mas estenso é importante de sus poemas, EL ANGEL CAIDO, que aparecerá por primera vez en la presente edicion.

La edicion de las obras completas del Sr Echeverria se compondrá de 4 volúmenes en octavo, impresos bajo la direccion de un amigo íntimo del autor que desea rendir este tributo á la carísima memoria del inspirado literato argentino.

La obra estará dividida así: Poemas en verso, 2 volúmenes: Poesias líricas, 1 volumen: Obras en prosa, 1 volumen. Los poemas tienen los siguientes títulos: ELVIRA Ó LA NOVIA DEL PLATA; LA CAUTIVA; LA GUITARRA; INSURRECCION DEL SUD; AVELLANEDA; EL ÁNGEL CAIDO. Las obras líricas comprenderán las poesias sueltas publicadas en ediciones que ya se han agotado, con el titulo de LAS RIMAS y LOS CONSUELOS, y muchas otras, inéditas unas ó dadas á luz en periódicos de corta circulacion y que por lo tanto pueden considerarse tambien como inéditas.

El volumen consagrado á las obras en prosa encerrará las producciones políticas y sociales; artículos de costumbres, literarios y filosóficos; una noticia sobre la persona, vida y obras del Sr. Echeverria; y una coleccion de los juicios literarios, elogios, y artículos necrológicos mas notables consignados en la prensa periódica del Rio de la Plata durante la vida y con motivo del fallecimiento del ilustre patriota.

---

**ELVIRA**

6

**LA NOVIA DEL PLATA.**

---



# ELVIRA Ó LA NOVIA DEL PLATA.

Δ Δ. J. M. F. (1).

Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo,  
MORATIN.  
Tis said that some have died for love.  
WORDSWORTH.

## I.

Belleza celestial y encantadora;  
Inefable deidad, que el mundo adora,  
Que dominas el Orbe y das consuelo,  
Inspirando con pecho generoso  
El sentimiento tierno y delicioso  
Que prodigóte el cielo.

Hora te invoco: favorable inspira  
El canto melancólico á mi lira,  
De amor y de ternura,

1. Doctor D. José María Fonseca.

Y un nuevo lauro á mi triunfal corona  
La Beldad ciña Númen de Helicon  
De mirto y rosa pura.

Alza gozoso tú, casto Himeneo,  
Y halagüño el semblante, que ya veo  
A tus humeantes aras  
Con rubor acercarse tierna y bella  
A consagrarte tímida doncella  
De amor primicias caras.

Cándidos y amorosos corazones  
En tu altar sacrosanto nunca dones  
Mas puros ofrecieron,  
Para volver á tu deidad propicia,  
Y del tálamo dulce la delicia  
Gozar que pretendieron.

## II.

La aureola celestial de virjen pura,  
El juvenil frescor y la hermosura,  
Los encantos de Elvira realzaban,  
Dando á su amable rostro un poderío,  
Que encadenaba luego el albedrío,  
De cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,  
 Y de su pecho solo se exhalaban  
     Inocentes suspiros,  
 Hijos del puro y celestial contento,  
 Que de las dulces ansias vive exento  
     Del amor y sus tiros.

Mas vió á Lisardo y palpitó su pecho  
 De estraña ajitacion, y satisfecho  
     Se gozó enardecido,  
 Cuando de amor arder la viva llama,  
 Que con dulce deleite nos inflama  
     Sintió, no apercibido.

Como la planta que al Favonio aspira,  
 Que en torno de ella regalado jira,  
     Nueva existencia siente;  
 Así Lisardo al ver de su querida  
 El amante cariño, nueva vida  
     Sintió en su pecho ardiente:

El noble orgullo dominó su alma,  
 Del que adornado de triunfante palma  
     Se avanza entre despojos,  
 Y un mundo de risueñas ilusiones,  
 De esperanzas felices y ambiciones,  
     Se reveló á sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,  
Y facilmente con amor cautiva  
    La beldad inocente,  
Cual céfiro apacible con su arrullo  
Halagando á la rosa en su capullo  
    Melíflua y dulcemente;

Así el amor el sentimiento inspira,  
Y así Lisardo el corazon de Elvira  
    Poseyó satisfecho:  
Amáronse, y creciendo su ternura  
Apuraron delicias de ventura  
    Con inocente pecho.

Así pasaron en amantes juegos  
Largo tiempo felices, y sus fuegos  
    Y su pasion crecieron;  
Uno era su sentir; y cual hermanas,  
Con inefable hechizo, soberanas  
    Sus dos almas se unieron.

### III.

Tu serás mia,  
Tierno decia  
Lisardo á Elvira;

Aunque el destino  
Cierre el camino  
De mi ventura,  
La pura llama  
Que al sol inflama  
Antes, Elvira,  
Que mi ternura  
Se extinguirá.  
Serás mi esposa,  
Y el Himeneo  
Nuestro deseo  
Satisfará;  
Que aunque el destino  
Cierre el camino  
De mi ventura,  
La llama pura  
De mi ternura  
No extinguirá.

## IV.

Asi Lisardo de su dulce amiga  
La esperanza halagüeña alimentaba,  
Y con árdua fatiga  
El campo de las ciencias exploraba,

Para volver al hado mas benigno,  
Y arrancando un favor á la fortuna,  
Que contraria le fué desde la cuna,  
De su mano y amor hacerse digno.  
En tanto una mirada de sus ojos,  
De su boca risueña un dulce beso,  
Hurtado á la inocencia entre sonrojos,  
Alijeraban de su afan el peso,  
Y llenaban su ardiente fantasia  
Con la imágen feliz y encantadora  
Del venturoso dia,  
En que triunfando su pasion constante  
Del ingrato destino,  
Apurase en el tálamo divino  
Las caricias y halagos de su amante.

## V.

Era de primavera un bello dia,  
Cuando el sol en la esfera  
Mas rutilante y majestuoso impera;  
Cuando el campo se viste de verdura,  
Y risueña y brillante la natura  
Ostentando sú fuerza y lozania,  
Nos convida al placer y la alegria.

En el jardín ameno,  
Que vió nacer sus plácidos amores,  
Respirando el aroma de las flores,  
Y á la sombra sentada  
De una fresca enramada,  
Elvira recorría en su memoria  
La deliciosa historia  
De sus amores, y la vez primera,  
Día también de riente primavera,  
En que á Lisardo vió, y estremecida  
Se sintió palpitante  
Su corazón amante;  
Y en tan dulces recuerdos embebida  
De gozo suspiraba,  
Y su anjélico rostro se animaba,  
Mostrándose mas bello  
Con el fugaz destello  
Del júbilo que en su alma rebosaba;  
Mas vagó de repente  
En su risueña mente  
Como triste y fatal presentimiento:  
Oscureció el pesar su alegre frente,  
Y así cantó con melodioso acento:

## VI.

«Creció acaso arbusto tierno  
A orillas de un manso río,  
Y su ramaje sombrío  
Muy ufano se estendió;  
Mas en el sañudo invierno  
Subió el río cual torrente,  
Y en su tímida corriente  
El tierno arbusto llevó. —

«Reflejando nieve y grana  
Nació garrida y pomposa  
En el desierto una rosa,  
Gala del prado y amor;  
Mas lanzó con furia insana  
Su soplo inflamado el viento,  
Y se llevó en un momento  
Su vana pompa y frescor.

«Así dura todo bien;  
Así los dulces amores  
Como las lozanas flores  
Se marchitan en su albor;  
Y en el incierto vaiven  
De la fortuna inconstante,  
Nace y muere en un instante  
La esperanza y el amor.»

## VII.

Cuando el triste infortunio nos amaga  
Su imájen melancólica divaga  
Cual sombrío fantasma ante los ojos,  
Y como si temiera sus enojos,  
A su pesar el corazon empieza  
A presentir el mal en la tristeza.  
Así pensó Lisardo, que escuchaba  
Con asombro y encanto  
De Elvira el triste canto;  
Y acongojado y con inciertos pasos  
A consolar su pena se acercaba;  
Mas viólo Elvira, y se arrojó en sus brazos,  
Hechizadas sus bocas se encontraron,  
De júbilo sus pechos palpitaron,  
Y en deliquios de amor, dulces abrazos,  
Mundo, pesar, temor, todo olvidaron.  
¿ Quién á mi Lira, ó á mis versos diera  
La fragancia amorosa y hechicera,  
Que en la mansion de amor se respiraba;  
O á mi marchito corazon el fuego,  
Que en dias mas felices lo animaba. . . . ?  
Mas anjélica nunca y rozagante,  
Mas amable, mas tierna, mas hermosa,  
Mas llena de atractivo y amorosa

Se mostró Elvira á su feliz amante.  
Angel, astro benigno, ó clara estrella  
Nunca resplandeció mas pura y bella  
A los ojos del triste caminante.  
El jazmin albo y la purpurea rosa  
Con su matiz brillante,  
Disputaban el premio á los sonrojos  
De realzar sus cándidas mejillas  
Y languidez amable de sus ojos  
El fuego moderaba,  
Y su dulce atractivo revelaba;  
Mientras que de su sien por las orillas  
En madejas ondeantes  
Sus cabellos airosos se estendian  
Y cual oro entre perlas relucian.  
Un fuego devorante  
Corria de Lisardo entre las venas  
Al apurar de Elvira las caricias,  
Y nadando en delicias  
Palpítar se sentian sus dos pechos.  
Sus ardientes suspiros se mezclaban.  
Y sus trémulos lábios se abrasaban  
En mútuo fuego . . . ¡Celestial deleite,  
Extasis del amor, dulces primicias  
De la ternura fiel y encantadora,  
Cuán gratos sois al corazon que adora!

Lisardo rebosando  
De júbilo y ternura  
Le dijo: «Amiga, compasivo el cielo  
Al fin colma mis votos y mi anhelo;  
La fortuna enemiga, que en su infancia  
Con envidia miró nuestros amores,  
Ha cedido por fin á mi constancia,  
Aunque con mano avara, sus favores;  
Y tu feliz amante  
A par su mano en holocausto digno  
Puede ofrecerte un corazon constante.  
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mio,  
Que al amor yo consagro, pues benigno  
Su activo fuego al corazon dió brio.  
Él me inflamó: su abrasadora llama,  
Cuando miré tu perfeccion divina,  
Y consagré á su culto mi albedrio,  
A mi existencia dió una nueva vida,  
Y me inspiró á la par del sentimiento  
El tierno y jeneroso pensamiento  
De idolatrarte esposa,  
De ser feliz, y hacerte venturosa.  
Unida á tu existencia está la mia  
Por siempre, Elvira, desde aqueste dia.  
Este anillo nupcial ligue propicio  
Con lazo indisoluble nuestros seres,

Hasta el día feliz en que Himeneo  
Ante el ara sagrada  
Conságre nuestra union entre placeres.  
Corra el tiempo veloz anonadando  
Cuanto encuentre en su rápida carrera;  
Yo nada temo su terrible mando,  
Pues cuanto adoro, y cuanto amé poséo.  
Prodigue la fortuna sus favores  
Al que anhele riquezas, ó victorias,  
Que Lisardo feliz ya nada espera  
De su vaiven, ni ambicionó mas glorias  
Que ser querido, idolatrar á Elvira,  
Consagrarle su vida y sus amores.  
Nuestras almas, Elvira, abandonemos  
A los transportes del amor supremos;  
Huya de tu halagüeña fantasia  
La imájen del pesar; su saña impía  
Ya no puede alcanzarnos, pues que unidas  
Nuestras dos almas vivirán por siempre.  
Durará nuestro amor; ya la esperanza  
Nos sonríe halagüeña,  
Y la senda florida nos enseña,  
Por do á su fin declinen nuestras vidas  
En calma siempre y próspera bonanza.  
Nuestras almas, Elvira, abandonemos  
A los transportes del amor supremos,

Al júbilo, al placer y á la alegría,  
Tuyo por siempre soy, y tu eres mia.  
Mas ¿ qué pesar recóndito y tirano  
Acibara tu gozo, Elvira mia ?  
¿ Por qué tristes tus ojos y sombríos,  
Esquivan mis miradas ? ¿ Por qué vuelves  
A otra parte su encanto soberano,  
Y no segundas los transportes míos ? »  
« Mi corazón, mi vida, mi albedrío,  
Toda yo tuya soy, Lisardo amado;  
Y aunque el destino airado  
Separe acá en la tierra nuestra suerte,  
Anonando nuestra gloria impío  
Tuya seré triunfando de la muerte.  
Mas no sé qué fatal presentimiento  
Acibara hoy mi dicha, y mi contento,  
Y en secreto me dice: « Tus amores  
Finarán pronto, Elvira, y tu ventura;  
Del tálamo halagüeño  
El éstasis de amor y de ternura  
No gozarás en brazos de tu dueño;  
Por que el amor y la esperanza es sueño,  
Y cual la flor del campo solo dura. »  
Yo no sé qué fantasma nos rodea  
De infortunio y pesar, y nuestras glorias  
Amaga devorar en un momento.

Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro  
Ante el ara de Dios, y el simulacro,  
Va á unirme á ti con título de esposa,  
Y vacila mi planta temerosa,  
Cuando anhelante el corazon desea.  
Impresa aun en mi mente veo y siento  
La imâjen de fantasma tenebrosa,  
Que anoche vino á mi tranquilo lecho  
A conturbar y acongojar mi pecho.

## VIII.

« Yo vi en mi sueño  
Dos corazones  
De amor ufanos  
Y juventud,  
Que se buscaban  
Como atraídos  
Por un hechizo  
De gran virtud.

El Himeneo  
Iba á enlazarlos  
Con el anillo  
Del puro amor,

Y ellos ardientes  
Se encaminaban  
A la ara augusta  
Del sacro Dios:

Mas de repente  
El negro brazo  
De un esqueleto  
Que apareció,  
Su mano en medio  
De los dos pechos  
Puso, y con furia  
Los separó.

Unirse ansiosos  
Buscaban ellos,  
Ardiendo en fuego  
Del puro amor;  
Pero la mano  
Los separaba,  
Interrumpiendo  
Su dulce union.

Tocólos luego:  
Los corazones  
Se marchitaron  
Como la flor,

Y en el semblante  
 Del negro espectro  
 Turbia sonrisa  
 Fugaz vagó.»

«Esas tristes imágenes olvida,  
 Visiones de la mente en desvario;  
 Huya de tu halagüeña fantasía  
 La sombra del pesar, Elvira mía,  
 Pues tu destino al mío,  
 Colmando nuestros votos y deseo,  
 Va á unir por siempre plácido Himenéo.  
 Nuestras almas, Elvira, abandonemos  
 Al júbilo, al placer, y á la alegría,  
 A los transportes del amor supremos:  
 Tuyo por siempre soy, y tú eres mía.»

## IX.

Lisardo solo en su campestre albergue  
 Los pasos meláncolico contaba  
 Del tiempo, siempre lentos  
 Para el que halaga la esperanza vana.  
 La noche era sombría, triste el cielo,  
 Y cubierto de nubes, anunciaba

La tempestad, y solo por momentos  
La luna melancólica asomaba,  
Como fúnebre antorcha sobre el mundo  
Su amortiguada faz, mientras profundo  
El eco de los vientos resonaba,  
Penetrando con lúgubre silbido  
De Lisardo en la estancia, que transido  
De congoja y terror se estremecía.  
Mil imágenes triste revolvía  
En su ajitada mente,  
Y en vez de rostro afable  
De la esperanza riente  
Que otro tiempo en silencio lo halagaba,  
Atónito y confuso solo via  
El de fantasma tétrica y sombría,  
Que su pecho constante  
Del de su Elvira amante  
Con furor separaba,  
Y con ojos de envidia devoraba  
Su gloria, sus amores y ventura.  
Vagando por los aires mústiamente  
Parecióle que oía  
Acento funeral que repetía:  
«Como la flor del campo tierna y pura,  
«Asi el amor y la esperanza dura.»  
Y el eco de los vientos resonando,

Penetraba con fúnebre armonía  
En su tranquila estancia, y poseído  
Lisardo de terror se estremecía.

El fatídico bronce sonó la hora  
Fatal de los espíritus malignos:  
Lisardo á su balcon salió impelido  
Al parecer por astros no benignos,  
A contemplar la tempestad sonora,  
Y buscar de sus ansias el olvido;  
Cuando vision nocturna de repente  
Hirió sus ojos, y absorvió su mente.

## X.

Del espeso bosque y prado,  
De la tierra, el aire, el cielo,  
Al fulgor de fátuas lumbres  
Con gran murmullo salieron  
Sierpes, Grifos y Demonios,  
Partos del hórrido averno,  
Vampiros, Gnomos y Larvas,  
Trasgos, lívidos espectros,  
Animas en pena errantes,  
Vanas sombras y Esqueletos,  
Que en la tenebrosa noche

Dejan sus sepuleros yertos,  
Hadas, Brujas, Nigromantes  
Cabalgando en chivos negros,  
Hienas, Sanguales y Lamias,  
Que se alimentan de muertos,  
Aves nocturnas y mónstruos,  
Del profundo turbios sueños,  
Precita raza que forma  
De Lucifer el cortejo:  
Todos, todos blasfemando  
Con gran tumulto salieron,  
De infernales alaridos  
Llenando el espacio inmenso.

Y el eco de los vientos penetraba,  
Resonando con hórrida armonia,  
De Lisandro en la estancia, que miraba  
Como pasmado la vision sombría.

Lucifer con cetro y tiara  
Descollaba en medio de ellos,  
Y los demonios cantaban  
Salmos al Rey del averno;  
Mientras fantasmas y mónstruos,  
Formando un círculo inmenso,  
Para el sabático baile  
Se preparaban contentos.

La órgia fatal comenzaba . . .  
Mas de repente se vieron  
Centelleando en las tinieblas  
Como serpientes de fuego,  
Que por el aire trazaban  
Este emblema del infierno:  
« El amor y la esperanza  
« No son sino un vano sueño.»  
Un espectro entre sus manos  
Dos corazones sangrientos  
Oprimia palpitantes,  
Llenos de amoroso fuego,  
Y con diabólica risa,  
Deleitándose en poseerlos,  
Los unia y separaba,  
Su amor burlando y anhelo.

Y el eco de los vientos penetraba  
Resonando con hórrida armonía  
De Lisardo en la estancia, que miraba  
Como pasmado la visión sombría.

Entre la turba infernal  
Reinó el silencio un momento . . . .  
Cuando de lumbres cercados  
Dos fantasmas parecieron,  
Una virgen bella y jóven

Sobre sus hombres trayendo  
Con las galas adornada  
Del venturoso Himenéo:  
La aparición repentina  
Todos miraron atentos,  
Mientras los torvos fantamas  
Con huesosos largos dedos  
La doncella despojaron  
De sus nupciales arreos,  
Y con la negra mortaja  
Del sepulcro la vistieron:  
Luego entre la turba inmensa  
Todos tres se confundieron,  
Continuaron los aullidos,  
Y los infernales juegos. . .  
Cantó el gallo en la alquería  
Y con murmullo tremendo  
La turba inferna de sombras  
Se perdió cual humo al viento.

Y el eco de los vientos aplacado  
Penetraba con fúnebre armonía  
De Lisardo en la estancia, que pasmado  
Vió disiparse la vision sombría.

## XI.

En su trono de fuego el Mediodia  
Reinaba rutilante y majestuoso,  
Y Lisardo infeliz desde la aurora  
Sumerjido yacia  
En letargo profundo y silencioso.  
Despertó al fin; la fiebre consumia  
Su desolado pecho, y el delirio,  
Mónstruo infernal que la razon devora,  
De espantosas imájenes llenaba  
Su ardiente fantasia. Ya la noche  
Se encaminaba en su enlutado coche  
Por el opaco empireo, y anunciaba  
Encapotado el cielo  
A la tierra infeliz nuevas escenas  
De tempestad y duelo;  
Cuando molesto y grave  
Bajó el sopor á adormecer sus penas.

Pero á atormentarlo entonces  
Vino la turba de enjendros,  
Y tenebrosas visiones  
Que aborta en la noche el sueño.

Contemplaba ora pasmado  
Bajo del nocturno velo  
La precita muchedumbre,  
A la órjia inferna acudiendo;  
Ora por el aire vago  
Como serpientes de fuego,  
Trazando emblemas fatales  
De desolacion y duelo;  
Ora entre sus secas manos  
Un descarnado esqueleto  
Oprimiendo palpitantes  
Dos corazones sangrientos;  
Ora dos negros fantasmas  
Sobre sus hombros trayendo  
Engalanado y vestido  
De una doncella el espectro.  
«Elvira, Elvira,» Lisardo  
Ajitándose en su lecho  
Esclamó entonces, y «Elvira»  
Repitió lánguido un éco.  
«Dadme á mi esposa y mi vida,  
Horrorosos esqueletos,  
Dadme á mi Elvira» y «Elvira»  
Por los aires repitieron.  
Calló Lisardo: una antorcha  
Brilló con fulgor incierto

En la puerta de su estancia,  
Y vió al pálido reflejo  
¡ Oh terror ! oh encanto ! á Elvira  
Acercarse á pasos lentos  
De alba túnica vestida,  
Suelto el dorado cabello.  
« Elvira, Elvira, mi esposa, »  
Esclamó entonces de nuevo  
Transportado de alegría,  
« ¿ Cómo es que á esta hora te veo ?  
« Ven á mis brazos, querida,  
« Ven á mi amoroso seno,  
« Y disipa las angustias,  
« Que por tí sufre mi pecho.  
« ¿ Por qué tan lánguida te hallas,  
« Hermosa flor del desierto ?  
« ¿ Es que el rigor has sufrido  
« De algun inflamado viento ?  
« ¿ Por qué tus ojos se fijan  
« Sobre mí mústios y yertos,  
« Del dulce encanto desnudos,  
« Y del amoroso fuego  
« Que hechizaba mis sentidos  
« Y mis potencias á un tiempo ?  
« Algun pesar inhumano,  
« Algun cuidado secreto

« Envidioso de tu dicha  
 « Roe tu inocente pecho,  
 « Mi Elvira, y sobre tu rostro  
 « Vierte su infausto veneno.  
 « Ven á olvidar tus congojas,  
 « Ven á mi amoroso seno,  
 « Ven, idolatrada amiga,  
 « Que ya plácido Himeneo  
 « Ante el ara sacrosanta  
 « Consagró nuestros afectos.  
 « Pero ¡ oh placer, oh delicia!  
 « Elvira mía, aun te veo  
 « Con las galas adornada  
 « Del venturoso Himeneo.  
 « Deja esas joyas preciosas,  
 « Deja ese rubor secreto  
 « Que la inocencia te inspira;  
 « Ven á mi amoroso seno,  
 « Ven, Elvira, y venturosos  
 « A los transportes supremos  
 « Del tierno amor nuestras almas  
 « Sin temor abandonemos.»

De Lisardo á los trasportes  
 Cual si fuera mármol yerto  
 Yacia Elvira, guardando  
 Mudo y tétrico silencio.

« Muerta al placer es tu Elvira,  
Lisardo, que el mismo fuego  
Que corría en sus entrañas,  
Ha devorado su pecho.  
Una ley fatal temprano  
Ha conjelado en mi cuerpo  
La sangre que por tí ardía,  
Pero no ha helado mi afecto;  
Y esta misma ley me obliga  
A sofocar en el seno  
Mi pasión, y cuanto encierra  
Por tí de amoroso y tierno.  
Pero el vigor inhumano  
Yo he burlado de su imperio,  
Y cual sombra de la noche  
A verte, Lisardo, vengo:  
Mi alma á la tuya está unida  
Apesar del hado adverso .  
Con los inefables lazos  
Del amor y el Himeneo.»

Calló Elvira: misterioso  
Reinó el silencio de nuevo  
Y suspiros amorosos  
Interrumpidos se oyeron.

« Frio está, mi dulce amiga,  
« Como la nieve tu cuerpo;

« Tendré el poder de animarlo  
 « Con mis inflamados besos,  
 « Aun que despojo insensible  
 « Fuera del sepulcro yerto.

    « Corred torrentes,  
 « De amor ardientes.  
 « ¿Cómo me inflama  
 « Todo la llama  
 « De amor, no sientes?»

El voluptuoso delirio  
 De amor lo transporta luego,  
 Y las caricias y halagos  
 Pábulo dan al incendio.

« Oh que delicia! ¡Oh que encanto!  
 « Oh que deleite supremo,  
 « Del objeto idolatrado  
 « Sentir palpar el pecho;  
 « Beber amor de sus labios,  
 « Bañarse en halagos tiernos!

    « Corred torrentes  
 « De amor ardientes.  
 « ¿Cómo me inflama  
 « Todo la llama  
 « De amor, no sientes?»

« Mas ¡oh terror! yo deliro. . . .  
 « Trémula, Elvira, te siento,

« Insensible á mis halagos  
« Cuando yo todo me enciendo.  
« El casto rubor sin duda  
« Vierte en tu sangre su hielo.  
« Déjame ser venturoso: . . .»  
« Joven insano ¿que has hecho?  
Ya para ti se acabaron  
Amor, esperanza y sueños  
De felicidad y dicha:  
Has abrazado á un espectro!»  
    Resonó fúnebre entonces  
La hora fatal de los muertos,  
Y de repente en la puerta  
Del silencioso aposento  
Clamó una voz imperiosa:  
«Elvira, Elvira, ya es tiempo!»  
    Despertó Lisardo al punto.  
Y la vision de su sueño  
Como fantástica sombra  
Se disipara al momento.

## XII.

El luminar del dia  
Reclinaba su frente  
Serenos y majestuosos en Occidente,

Y fugaz el crepúsculo esparcía  
Melancólico velo sobre el mundo.  
Multitud silenciosa y pensativa  
En rededor de un féretro marchaba,  
Donde mortal despojo se veía  
Cubierto con el cándido ropaje  
De la inocencia, y en su sien ceñida  
De azucenas y violas amorosas  
Corona virjinal, aun no marchita:  
Mas de repente en medio del concurso  
Un jóven se arrojó: tendió su vista  
Sobre aquel ataud, y repitiendo  
Con grito de dolor «Elvira, Elvira,»  
Exánime cayó en el duro suelo  
Con pasmo de la triste comitiva.

Así se desvanece la esperanza  
Que dió un instante á la existencia vida,  
Y el encanto de amor y la hermosura  
Como flor del desierto solo dura.

---



## LA CAUTIVA.

---

--Female hearts are such a genial soil  
For kinder feelings, whatsoe'er their nation,  
They naturally pour the "wine and oil"  
Samaritans in every situation.

BIRON.

En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos jenerosos;--ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.



# LA CAUTIVA.

---

## PRIMERA PARTE.

---

### EL DESIERTO.

Il s vont. L'espace est grand.  
HUGO.

Era la tarde, y la hora  
En que el sol la cresta dora  
De los Andes.—El Desierto  
Inconmensurable, abierto,  
Y misterioso á sus pies

Se estiende;—triste el semblante,  
Solitario y taciturno  
Como el mar, cuando un instante  
Al crepúsculo nocturno,  
Pone rienda á su altivez.

Jira en vano, reconcentra  
Su inmensidad, y no encuentra  
La vista, en su vivo anhelo,  
Do fijar su fugaz vuelo,  
Como el pájaro en el mar.  
Do quier campos y heredades  
Del ave y bruto guaridas,  
Do quier cielo y soledades  
De Dios solo conocidas,  
Que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante  
Sobre el potro rozagante,  
Cuyas crines altaneras  
Flotan al viento lijeras,  
Lo cruza cual torbellino,  
Y pasa; ó su tolderia <sup>1</sup>  
Sobre la grama frondosa  
Asienta, esperando el dia

I. *Tolderia*: el conjunto de chozas ó el aduar del salvaje.

Duerme, tranquila reposa,  
Sigue veloz su camino.

¡ Cuántas, cuántas maravillas,  
Sublimes y á par sencillas,  
Sembró la fecunda mano  
De Dios allí !—Cuánto arcano  
Que no es dado al mundo ver !  
La humilde yerba, el insecto,  
La aura aromática y pura;  
El silencio, el triste aspecto  
De la grandiosa llanura,  
El pálido anochecer.

Las armonías del viento,  
Dicen mas al pensamiento,  
Que todo cuanto á porfía  
La vana filosofía  
Pretende altiva enseñar.  
¡ Qué pincel podrá pintarlas  
Sin deslucir su belleza !  
Qué lengua humana alabarlas !  
Solo el genio su grandeza  
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nitida frente  
Reclinaba en occidente,

Derramando por la esfera  
De su rubia cabellera  
El desmayado fulgor.  
Serenos y diáfanos el cielo,  
Sobre la gala verdosa  
De la llanura, azul velo  
Espancia, misteriosa  
Sombra dando á su color.

El aura moviendo apenas,  
Sus olas de aroma llenas,  
Entre la yerba bullia  
Del campo que parecia  
Como un piélago ondear.  
Y la tierra contemplando  
Del astro rey la partida  
Callaba, manifestando,  
Como en una despedida,  
En su semblante pesar.

Solo á ratos, altanero  
Relinchaba un bruto fiero  
Aquí ó allá, en la campaña;  
Bramaba un toro de saña,  
Rujía un tigre feroz:  
O las nubes contemplando,  
Como estático y gozoso,

El Yajá <sup>1</sup> de cuando en cuando  
 Turbaba el mudo reposo  
 Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
 Que el vasto horizonte ardía:  
 La silenciosa llanura  
 Fué quedando mas oscura,  
 Mas pardo el cielo, y en él,  
 Con luz trémula brillaba,  
 Una que otra estrella, y luego  
 A los ojos se ocultaba,  
 Como vacilante fuego  
 En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,  
 Con su claroscuro manto,  
 Veló la tierra; una faja  
 Negra como una mortaja,  
 El occidente cubrió:  
 Mientras la noche bajando

1. El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado duro y fuerte con que pelea... En su canto repiten estas voces, *Yahá, Yahá*, que significa en guaraní "vamos, vamos" de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de jente que viene, empiezan á repetir *yahá, yahá*, como si dijeran: vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas." Los que saben esta propiedad de el *Yahá*, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...

En la provincia se llama Chajá ó Yajá indistintamente.

Lenta venia, la calma  
Que contempla suspirando,  
Inquieta á veces el alma,  
Con el silencio reinó.

Entónces, como el rüido,  
Que suele hacer el tronido  
Cuando retumba lejano,  
Se oyó en el tranquilo llano  
Sordo y confuso clamor;  
Se perdió. . . . y luego violento,  
Como baladro espantoso  
De turba inmensa, en el viento  
Se dilató sonoro,  
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
Del ágil potro arrogante  
El duro suelo temblaba,  
Y envuelto en polvo cruzaba  
Como animado tropel,  
Velozmente cabalgando;  
Vianse lanzas agudas,  
Cabezas, crines ondeando,  
Y como formas desnudas  
De aspecto extraño y cruel.

¿ Quién es ? ¿ Qué insensata turba  
Con su alarido perturba,  
Las calladas soledades  
De Dios, do las tempestades  
Solo se oyen resonar ?  
¿ Qué humana planta orgullosa  
Se atreve á hollar el desierto  
Cuando todo en él reposa ?  
¿ Quién viene seguro puerto  
En sus yermos á buscar ?

Oid!—ya se acerca el bando  
De salvajes atronando  
Todo el campo convecino;  
Mirad!—Como torbellino  
Hiende el espacio veloz.  
El fiero impetu no enfrena  
Del bruto que arroja espuma;  
Vaga al viento su melena,  
Y con lijereza suma  
Pasa en ademan atroz.

¿ Dónde va ? de dónde viene ?  
De qué su gozo proviene ?  
Por qué grita, corre, vuela  
Clavando al bruto la espuela,  
Sin mirar al rededor ?

Ved! que las puntas ufanas  
De sus lanzas, por despojos,  
Llevan cabezas humanas,  
Cuyos inflamados ojos  
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje  
Al indomable coraje  
Que abatió su alevosía;  
Y su rencor todavía  
Mira con torpe placer,  
Las cabezas que cortaron  
Sus inhumanos cuchillos,  
Esclamando:— «ya pagaron  
Del cristiano los caudillos  
El feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos <sup>1</sup> do vivieron  
Presa de las llamas fueron,  
Y muerde el polvo abatida  
Su pujanza tan erguida.  
¿ Donde sus bravos están ?  
Vengan hoy del vituperio,  
Sus mujeres, sus infantes,  
Que jimen en cautiverio,

1. Ranchos, cabañas pajizas de nuestros campos.

A libertar, y como antes  
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decia; y bajo el callo  
Del indómito caballo,  
Crujiendo el suelo temblaba;  
Hueco y sordo retumbaba  
Su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
El rostro en manto nubloso,  
Echó en el vasto desierto,  
Su silencio pavoroso,  
Su sombría majestad.

---



## SEGUNDA PARTE.

---

### EL FESTIN.

.....orribile favelle,  
Parole di dolore, accenti d'ira,  
Voci alte e fioche, e suon di man con elle  
Facevan un tumulto.....

DANTE.

Noche es el vasto horizonte,  
Noche el aire, cielo y tierra.  
Parece haber apiñado  
El jenio de las tinieblas,  
Para algun misterio inmundo,  
Sobre la llanura inmensa,  
La lobreguez del abismo  
Donde inalterable reina.

Solo inquietos divagando,  
 Por entre las sombras negras,  
 Los espíritus foletos  
 Con viva luz reverberan,  
 Se disipan, reaparecen,  
 Vienen, van, brillan, se alejan,  
 Mientras el insecto chilla,  
 Y en fachinales <sup>1</sup> ó cuevas  
 Los nocturnos animales  
 Con triste aullido se quejan.  
 La tribu aleve entretanto,  
 Allá en la pampa desierta,  
 Donde el cristano atrevido  
 Jamás estampa la huella,  
 Ha reprimido del bruto  
 La estrepitosa carrera;  
 Y campo tiene fecundo  
 Al pié de una loma estensa,  
 Lugar hermoso do á veces  
 Sus tolderías asienta.  
 Feliz la maloca <sup>2</sup> ha sido;  
 Rica y de estima la presa  
 Que arrebató á los cristianos:—  
 Caballos, potros y yeguas,

1. Llámase así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

2. Maloca: lo mismo que incursión ó correría.

Bienes que en su vida errante  
Ella mas que el oro precia;  
Muchedumbre de cautivas,  
Todas jóvenes y bellas.  
Sus caballos, en manadas,  
Pacen la fragante yerba;  
Y al lazo, algunos prendidos,  
A la pica, ó la manea,  
De sus indolentes amos  
El grito de alarma esperan.  
Y no lejos de la turba,  
Que charla ufana y hambrienta,  
Atado entre cuatro lanzas  
Como víctima en reserva,  
Noble espíritu valiente  
Mira vacilar su estrella;  
Al paso que su infortunio,  
Sin esperanza, lamentan  
Rememorando su hogar,  
Los infantes y las hembras.  
Arden ya en medio del campo  
Cuatro estendidas hogueras,  
Cuyas vivas llamaradas  
Irradiando, colorean  
El tenebroso recinto  
Donde la chusma hormiguea.

En torno al fuego sentados  
Unos lo atizan y ceban;  
Otros la jugosa carne  
Al rescoldo ó llama tuestan,  
Aquel come, este destriza,  
Mas allá alguno degüella  
Con afilado cuchillo  
La yegua al lazo sujeta,  
Y á la boca de la herida,  
Por donde ronca y resuella,  
Y á borbollones arroja  
La caliente sangre fuera,  
En pié, trémula y convulsa,  
Dos ó tres indios se pegan,  
Como sedientos vampiros,  
Sorben, chupan, saborean  
La sangre, haciendo mormullo,  
Y de sangre se rellenan.  
Baja el pescuezo. vacila,  
Y se desploma la yegua  
Con aplauso de las indias  
Que á descuartizarla empiezan.  
Arden en medio del campo,  
Con viva luz las hogueras;  
Sopla el viento de la pampa,  
Y el humo y las chispan vuelan.

A la charla interrumpida,  
Cuando el hambre está repleta,  
Sigue el cordial regocijo,  
El beberaje y la gresca,  
Que apetecen los varones,  
Y las mujeres detestan.  
El licor espirituoso  
En grandes vacias echan,  
Y, tendidos de barriga  
En derredor, la cabeza  
Meten sedientos, y apuran  
El apetecido néctar,  
Que bien pronto los convierte  
En abominables fieras.  
Cuando algun indio, medio ébrio  
Tenaz metiendo la lengua,  
Sigue en la preciosa fuente,  
Y beber tambien no deja  
A los que aguijan furiosos;  
Otro viene, de las piernas  
Lo agarra, tira y arrastra  
Y en lugar suyo se espeta.  
Asi bebe, rie, canta,  
Y al regocijo sin rienda  
Se dá la tribu: aquel ébrio  
Se levanta, bambolea,

A plomo cae, y gruñendo  
Como animal se revuelca.  
Este chilla, algunos lloran,  
Y otros á beber empiezan.  
De la chusma toda al cabo  
La embriaguez se enseñorea  
Y hace andar en remolino  
Sus delirantes cabezas.  
Entonce empieza el bullicio,  
Y la algazara tremenda,  
El infernal alarido  
Y las voces lastimeras.  
Mientras sin alivio lloran  
Las cautivas miserables,  
Y los ternezuelos niños  
Al ver llorar á sus madres.  
Las hogueras entretanto  
En la oscuridad flamean,  
Y á los pintados semblantes  
Y á las largas cabelleras  
De aquellos indios beodos  
Dá su vislumbre siniestra  
Colorido tan extraño,  
Traza tan horrible y fea,  
Que parecen del abismo  
Précita, inmunda ralea,

Entregada al torpe gozo  
De la sabática fiesta.<sup>1</sup>  
Todos en silencio escuchan;—  
Una voz entona recia  
Las heróicas atabanzas,  
Y los cantos de la guerra:—

Guerra, guerra, y esterminio  
Al tiránico dominio  
Del huinca; <sup>2</sup> engañosa paz:  
Devore el fuego sus ranchos,  
Que en su vientre los caranchos  
Ceben el pico voraz.  
Oyó gritos el caudillo  
Y en su fogoso tordillo  
Salió Brian;  
Pocos eran y él delante  
Venía, al bruto arrogante  
Dió una lanzada Quillán.  
Lo cargó al punto la indiada:  
Con la fulminante espada  
Se alzó Brian;

1. Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada á los pueblos cristianos por los judíos.

2. Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ó hombre que no es de su raza.

Grandes sus ojos brillaron,  
 Y las cabezas rodaron  
 De Quitúr, y Callupán.  
 Echando espuma y herido  
 Como toro enfurecido  
                   Se encaró;  
 Ceño torvo revolviendo,  
 Y el acero sacudiendo:  
 Nadie acometerle osó.  
 Valichu<sup>1</sup> estaba en su brazo;  
 Pero al golpe de un bolazo<sup>2</sup>  
                   Cayó Brian  
 Como potro en la llanura:  
 Cebo en su cuerpo y hartura  
 Encontrará el gavilan.

—

Las armas cobarde entrega  
 El que vivir quiere esclavo;  
 Pero el indio guapo nó:  
 Chañil murió como bravo,  
 Batallando en la refriega,  
 De una lanzada murió.

1. Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

2. Bolaz: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.

Salió Brian airado  
Blandiendo la lanza,  
Con fiera pujanza  
Chañil lo embistió;  
Del pecho clavado  
En el hierro agudo,  
Con brazo forzado,  
Brian lo levantó.  
Funeral sangriento  
Ya tuvo en el llano;  
Ni un solo cristiano  
Con vida escapó.  
Fatal vencimiento !  
Lloremos la muerte  
Del indio mas fuerte  
Que la pampa crió.

—

Quienes su pérdida lloran,  
Quienes sus hazañas mentan.  
Óyense voces confusas,  
Medio articuladas quejas,  
Baladros, cuyo son ronco  
En la llanura resuena.  
De repente todos callan,  
Y un solo murmullo reina,

Semejante al de la brisa  
Cuando rebulle en la selva;  
Pero, gritando, algun indio  
En la boca se palmea,  
Y el disonante alarido  
Otra vez el campo atruena.  
El indeleble recuerdo  
De las pasadas ofensas  
Se aviva en su ánimo entónces,  
Y atizando su fiereza  
Al rencor adormecido,  
Y á la venganza subleva:  
En su mano los cuchillos,  
A la luz de las hogueras,  
Llevando muerte relucen;  
Se ultrajan, riñen, vocean,  
Como animales feroces  
Se despedazan y bregan.  
Y asombradas las cautivas  
La carnicería horrenda  
Miran, y á Dios en silencio  
Humildes preces elevan.  
Sus mujeres entre tanto,  
Cuya vijilancia tierna  
En las horas del peligro  
Siempre cautelosa vela,

Acorren luego á calmar  
El frenesí que los ciega,  
Ya con ruegos y palabras  
De amor y eficacia llenas;  
Ya interponiendo su cuerpo  
Entre las armas sangrientas.  
Ellos resisten y luchan,  
Las desoyen y atropellan,  
Lanzando injuriosos gritos;  
Y los cuchillos no sueltan  
Sino cuando, ya rendida  
Su natural fortaleza  
A la embriaguez y al cansancio,  
Dobla el cuello y cae por tierra.  
Al tumulto y la matanza  
Sigue el llorar de las hembras  
Por sus maridos y deudos,  
Las lastimosas endechas,  
A la abundancia pasada,  
A la presente miseria,  
A las víctimas queridas  
De aquella noche funesta.  
Pronto un profundo silencio  
Hace á los lamentos tregua,  
Interrumpido por ayes  
De moribundos, ó quejas,

Risas, gruñir sofocado  
De la embriagada torpeza; —  
Al espantoso ronquido  
De los que durmiendo sueñan  
Los jemidos infantiles  
Del ñacurutú<sup>1</sup> se mezclán;  
Chillidos, aúllos tristes  
Del lobo que anda á la presa  
De cadáveres, de troncos,  
Miembros, sangre y osamentas,  
Entremezclados con vivos,  
Cubierto aquel campo queda,  
Donde poco antes la tribu  
Llegó alegre y tan soberbia.  
La noche en tanto camina  
Triste, encapotada y negra;  
Y la desmayada luz  
De las festivas hogueras  
Solo alumbra los estragos  
De aquella bárbara fiesta.

1. Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

## TERCERA PARTE.

---

### EL PUÑAL.

Yo iba á morir es verdad,  
Entre bárbaros crueles,  
Y allí el pesar me mataba  
De morir, mi bien, sin verte.  
A darne la vida tú  
Saliste, hermosa, y valiente.  
CALDERON.

Yace en el campo tendida,  
Cual si estuviera sin vida,  
Ebria la salvaje turba,  
Y ningun ruido perturba  
Su sueño ó sopor mortal.  
Varones y hembras mezclados  
Todos duermen sosegados:  
Solo, en vano tal vez, velan

Los que libertarse anhelan  
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando  
Los caballos, que vagando  
Libres despuntan la grama,  
Y á la moribunda llama  
De las hogueras se vé,  
Se vé sola y taciturna,  
Simil á sombra nocturna,  
Moverse una forma humana,  
Como quien lucha y se afana,  
Y oprime algo bajo el pié;

Se oye luego triste aúllo,  
Y horrisonante murmullo,  
Semejante al del novillo  
Cuando el filoso cuchillo  
Lo degüella sin piedad:  
Y por la herida resuella,  
Y aliento y vivir por ella,  
Sangre hirviendo á borbollones  
En horribles convulsiones,  
Lanza con velocidad.

Silencio;—ya el paso leve  
Por entre la yerba mueve,

Como quien busca y no atina;  
Y temeroso camina  
De ser visto ó tropezar,  
Una mujer: —en la diestra  
Un puñal sangriento muestra,  
Sus largos cabellos flotan  
Desgreñados, y denotan  
De su ánimo el batallar.

Ella vá. — Toda es oídos;  
Sobre salvajes dormidos  
Va pasando, —escucha, —mira, —  
Se para, —apenas respira,  
Y vuelve de nuevo á andar.  
Ella marcha, y sus miradas  
Vagan en torno azoradas,  
Cual si creyesen ilusas  
En las tinieblas confusas,  
Mil espectros divisar.

Ella vá, y aun de su sombra  
Como el criminal se asombra —  
Alza, —inclina la cabeza;  
Pero en un cráneo tropieza  
Y queda al punto mortal. —  
Un cuerpo gruñe y resuella,  
Y se revuelve; —mas ella

Cobra espíritu y coraje,  
Y en el pecho del salvaje  
Clava el agudo puñal.

El indio dormido espira:  
Y ella veloz se retira  
De allí, y anda con mas tino  
Arrostrando del destino  
La rigurosa crueldad.  
Un instinto poderoso,  
Un afecto jeneroso  
La impele y guia segura,  
Como luz de estrella pura,  
Por aquella oscuridad.

Su corazon de alegría  
Palpita; — lo que quería,  
Lo que buscaba con ánsia  
Su amorosa vijilancia  
Encontró gozosa al fin.  
Allí, allí está su universo,  
De su alma el espejo terso,  
Su amor, esperanza y vida;  
Allí contempla embebida  
Su terrestre serafín.

— «Brian, dice, mi Brian querido,  
Busca durmiendo el olvido;

Quizá ni soñando espera  
Que yo entre esta jente fiera  
Le venga á favorecer.  
Lleno de heridas, cautivo,  
No abate su ánimo altivo  
La desgracia, y satisfecho  
Descansa, como en su lecho,  
Sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,  
Para hacerle mas amargo  
De la muerte el pensamiento,  
Deleitarse en su tormento,  
Y mas su rencor cebar  
Prolongando su agonía,  
La vida suya, que es mía,  
Guardaron, cuando triunfantes  
Hasta los tiernos infantes,  
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno  
De sus madres— ¡ dia lleno  
De execracion y amargura,  
En que murió mi ventura,  
Tu memoria me dá horror! » —  
Así dijo, y ya no siente,  
Ni llora, porque la fuente

Del sentimiento fecunda,  
Que el femenil pecho inunda,  
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza  
En su corazón alianza  
Han hecho, y solo una idea  
Tiene fija y saborea  
Su ardiente imaginación.  
Absorta el alma, en delirio  
Lleno de gozo y martirio  
Queda, hasta que al fin estalla  
Como volcán, y se esplaya  
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,  
Mirando al cielo y ceñido,  
El cuerpo con duros lazos,  
Abiertos en cruz los brazos,  
Ligadas manos y pies.  
Cautivo está, pero duerme;  
Inmóvil, sin fuerza, inerme  
Yace su brazo invencible:  
De la pampa el león terrible  
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía  
Esperando con el día

Horrible muerte, está el hombre  
Cuya fama, cuyo nombre  
Era al bárbaro traidor,  
Mas temible que el zumbido  
Del hierro ó plomo encendido;  
Mas aciago y espantoso  
Que el valichu rencoroso  
A quien acata su error.

Allí está;—silenciosa ella.  
Como tímida doncella,  
Besa su entreabierta boca,  
Cual si dudára le toca  
Por ver si respira aún.  
Entonces las ataduras  
Que sus carnes roen duras  
Corta, corta velozmente  
Con su puñal obediente,  
Teñido en sangre comun.

Brian despierta;—su alma fuerte,  
Conforme ya con su suerte,  
No se conturba, ni azora;  
Poco á poco se incorpora,  
Mira sereno, y cree ver  
Un asesino:—echan fuego  
Sus ojos de ira; mas luego

Se siente libre y se calma,  
Y dice «¿eres alguna alma  
Que pueda y deba querer?»

¿Eres espíritu errante,  
Anjel bueno, ó vacilante  
Parto de mi fantasía?»  
—«Mi vulgar nombre es Maria,  
Anjel de tu guarda soy;  
Y mientras cobra pujanza,  
Ebria la feroz venganza  
De los bárbaros, segura,  
En aquesta noche oscura  
Velando á tu lado estoy;—

Nada tema tu congoja.»—  
Y enajenada se arroja  
De su querido en los brazos,  
Le dá mil besos y abrazos,  
Repitiendo —«Brian, mi Brian»—  
La alma heróica del guerrero  
Siente el gozo lisonjero  
Por sus miembros doloridos  
Correr, y que sus sentidos  
Libres de ilusion están.

Y en lábios de su querida  
Apura aliento de vida,

Y la estrecha cariñoso  
Y en éstasis amoroso  
Ambos respiran así;  
Mas, súbito él la separa,  
Como si en su alma brotara  
Horrible idea, y la dice:—  
«María, soy infelice,  
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza  
Habrá ajado la pureza  
De tu honor, y mancillado  
Tu cuerpo santificado  
Por mi cariño y tu amor;  
Ya no me es dado quererte.»  
Ella le responde:— «advierte  
Que en este acero está escrito  
Mi pureza y mi delito,  
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento  
Y saltará de contento  
Tu corazon orgulloso;  
Diómele amor poderoso,  
Diómelo para matar  
Al salvaje que insolente  
Ultrajar mi honor intente;

Para, á un tiempo, de mi padre,  
De mi hijo tierno y mi madre  
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, mas preciosa  
Que la luz del sol hermosa,  
Sacar de las fieras manos  
De estos tigres inhumanos,  
O contigo perecer.  
Loncoy, el cacique altivo  
Cuya saña al atractivo  
Se rindió de estos mis ojos,  
Y quiso entre sus despojos  
De Brian la querida ver,

Despues de haber mutilado  
A su hijo tierno; anegado  
En su sangre yace impura;  
Sueño infernal su alma apura:  
Dióle muerte este puñal.  
Levanta, mi Brian, levanta,  
Sigue, sigue mi ágil planta;  
Huyamos de esta guarida  
Donde la turba se anida  
Mas inhumana y fatal. » —

« ¿ Pero adónde, adónde iremos ?  
Por fortuna encontraremos

En la pampa algun asilo,  
Donde nuestro amor tranquilo  
Logre burlar su furor?  
Podremos, sin ser sentidos,  
Escapar, y desvalidos,  
Caminar á pié, ijadeando,  
Con el hambre y sed luchando,  
El cansancio y el dolor?»

— «Sí, el anchuroso desierto  
Mas de un abrigo encubierto  
Ofrece, y la densa niebla  
Que el cielo y la tierra puebla,  
Nuestra fuga ocultará.  
Brian, cuando aparezca el dia  
Palpitantes de alegría,  
Lejos de aquí ya estaremos,  
Y el alimento hallarémos  
Que el cielo al infeliz da.» —

«Tú podrás, querida amiga,  
Hacer rostro á la fatiga,  
Mas yo, llagado y herido,  
Débil, exangüe, abatido,  
¿Cómo podré resistir?  
Huye tú, mujer sublime,

Y del oprobio redime  
 Tu vivir predestinado;  
 Deja á Brian infortunado,  
 Solo, en tormentos morir».

— «Nó, nó, tú vendrás conmigo,  
 O pereceré contigo.  
 De la amada patria nuestra  
 Escudo fuerte es tu diestra,  
 ¿ Y qué vale una mujer ?  
 Huyamos, tú de la muerte,  
 Yo de la oprobiosa suerte  
 De los esclavos; propicio  
 El cielo este beneficio  
 Nos ha querido ofrecer;

No insensatos lo perdamos.  
 Huyamos, mi Brian, huyamos;  
 Que en el áspero camino  
 Mi brazo, y poder divino  
 Te servirán de sosten». —  
 « Tu valor me infunde fuerza,  
 Y de la fortuna adversa,  
 Amor, gloria, ó agonía  
 Participar con María  
 Yo quiero, huyamos, ven, ven. »

Dice Brian y se levanta,  
El dolor traba su planta  
Mas devora el sufrimiento;  
Y ambos caminan á tiento  
Por aquella oscuridad.  
Tristes van,—de cuando en cuando  
La vista al cielo llevando,  
Que da esperanza al que jime.  
¿Qué busca su alma sublime?  
La muerte ó la libertad.

«Y en esta noche sombría  
¿Quién nos servirá de guía?»  
«—Brian ¿no ves allá una estrella  
Que entre dos nubes centella  
Cual benigno astro de amor?  
Pues esa, es por Dios enviada  
Como la nube encarnada  
Que vió Israel prodijiosa;  
Sigamos la senda hermosa  
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto  
Nos llevará á feliz puerto.»—  
Ellos van;—solas, perdidas  
Como dos almas queridas,  
Que amor en la tierra unió,

Y en la misma forma de antes,  
Andan por la noche errantes,  
Con la memoria hechicera  
Del bien que en su primavera  
Le desdicha les robó.

Ellos van.—Vasto, profundo  
Como el páramo del mundo  
Misterioso es el que pisan;  
Mil fantamas se divisan;  
Mil formas vanas allí,  
Que la sangre jóven hielan:  
Mas ellos vivir anhelan.  
Brian desmaya caminando,  
Y al cielo otra vez mirando,  
Dice á su querida así:

«Mira,— ¿no ves?—la luz bella  
De nuestra polar estrella  
De nuevo se ha oscurecido,  
Y el cielo mas denegrado  
Nos anuncia algo fatal.»  
—«Cuando contrario el destino  
Nos cierre, Brian, el camino,  
Antes de volver á manos  
De esos indios inhumanos,  
Nos queda algo:—este puñal.»—

---

## CUARTA PARTE.

---

### LA ALBORADA.

Già la terra é coperta d'uccisi;  
Tutta é sangue la vasta pianura.....

MANZONI

Ya de muertos la tierra está cubierta,  
Y la vasta llanura toda es sangre.

Todo estaba silencioso.  
La brisa de la mañana  
Recien la yerba lozana  
Acariciaba y la flor,  
Y en el oriente nubloso  
La luz apenas rayando,  
Iba el campo matizando  
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;  
Ni del pájaro se oía  
La variada melodía,  
Música que al alba da;  
Y solo, al ronco bufido  
De algun potro que se azora.  
Mezclaba su voz sonora  
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,  
Sola techumbre del cielo,  
Libre, ajena de recelo  
Dormía la tribu infiel;  
Mas la terrible venganza  
De su constante enemigo  
Alerta estaba, y castigo  
Le preparaba crüel.

Súbito al trote asomaron  
Sobre la estendida loma  
Dos jinetes, como asoma  
El astuto cazador;  
Y al pié de ella divisaron  
La chusma quieta y dormida,  
Y volviendo atras la brida  
Fueron á dar el clamor

De alarma al campo cristiano.  
Pronto en brutos altaneros  
Un escuadron de lanceros  
Trotando allí se acercó,  
Con acero y lanza en mano;  
Y en hileras dividido  
Al indio, no apercebido,  
En doble muro encerró.

Entonces, el grito, «Cristiano, Cristiano»  
Resuena en el llano,  
«Cristiano» repite confuso clamor.  
La turba que duerme despierta turbada,  
Clamando azorada,  
«Cristiano nos cerca, cristiano traidor.»

Niños y mujeres, llenos de conflicto,  
Levantán el grito;  
Sus almas conturba la tribulacion;  
Los unos pasmados, al peligro horrendo,  
Los otros huyendo,  
Corren, gritan, llevan miedo y confusion.

Quien salta al caballo que encontró primero,  
Quien toma el acero,  
Quien corre su potro querido á buscar;

Mas ya la llanura cruzan desbandadas,  
Yeguas y manadas,  
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,  
Blandiendo en su mano  
La terrible lanza, que no dá cuartel.—  
Los indios mas bravos luchando resisten,  
Cual fieras embisten:—  
El brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece;—las armas agudas  
Relucen desnudas,  
Horrible la muerte se muestra do quier.  
En lomos del bruto, la fuerza y coraje,  
Crece del salvaje,  
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pié en tierra poniendo la fácil victoria,  
Que no le da gloria,  
Prosigue el cristiano lleno de rencor.—  
Caen luego caciques, soberbios caudillos,  
Los fieros cuchillos  
Degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,  
Jemir del que implora,  
Puesto de rodillas, en vano piedad,

Todo se confunde:—del plomo el silbido,  
Del hierro el crujido,  
Que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza  
Hizo el cristiano aquel día;  
Ni hembra, ni varón, ni cría  
De aquella tribu quedó.  
La inexorable venganza  
Siguió el paso á la perfidia,  
Y en no cara y breve lidia  
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida  
De sangre, hediondo y sembrado  
De cadáveres el prado  
Donde resonó el festin.  
Y del sueño de la vida  
Al de la muerte pasaron  
Los que poco antes holgaron,  
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban  
Lágrimas de regocijo;—  
Una al esposo, otra al hijo

Debió allí la libertad;  
Pero ellos tristes estaban.  
Porque ni vivo, ni muerto  
Halló á Brian, en el desierto,  
Su valor y su lealtad.

---

## QUINTA PARTE.

---

### EL PAJONAL.

.....e lo spírito lasso  
Conforta, e ciba di speranza buona  
DANTE  
..... y el ánimo cansado  
De esperanza feliz, nutre, y conforta.

Así, huyendo á la ventura,  
Ambos á pié divagaron  
Por la lóbrega llanura,  
Y al salir la luz del día  
A corto trecho se hallaron  
De un inmenso pajonal.

1. Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos á la distancia aparecen en la planicie como bosque: son los *Orsis* de la rampa.

Brian debilitado, herido,  
A la fatiga rendido  
La planta apenas movia;  
Su angustia era sin igual.  
Pero un ángel, su querida,  
Siempre á su lado velaba,  
Y el espíritu y la vida,  
Que su alma heróica anidaba,  
La infundia, al parecer,  
Con miradas cariñosas,  
Voces del alma profundas  
Que debieran ser eternas;  
Y aquellas palabras tiernas,  
O armonias misteriosas,  
Que solo manan fecundas  
Del lábio de la mujer.

Temerosos del Salvaje  
Acojiéronse al abrigo  
De aquel pajonal amigo,  
Para de nuevo su viaje  
Por la noche continuar;  
Descansar allí un momento,  
Y refrijerio y sustento  
A la flaqueza buscar.

Era el adusto verano:  
Ardiente el sol como fragua  
En cenagoso pantano  
Convertido habia el agua  
Allí estancada, y los peces,  
Los animales inmundos  
Que aquel bañado habitaban,  
Muertos, el aire infestaban,  
Ó entre las impuras heces  
Aparecian á veces  
Boqueando moribundos,  
Como del cielo implorando  
Agua y aire:—aquí se via  
Al voraz cuervo, tragando  
Lo mas asqueroso y vil;  
Allí la blanca cigüeña,  
El pescuezo corvo alzando,  
En su largo pico enseña  
El tronco de algun reptil;  
Mas allá se ve al carancho,  
Que jamás presa desdeña,  
Con pico en forma de gancho  
De la espirante alimaña  
Zajar la fétida entraña:—  
Y en aquel páramo yerto,  
Donde á buscar como á puerto

Refrijerio, van errantes  
Brian y Maria anhelantes,  
Solo divisan sus ojos  
Feos, inmundos despojos  
De la muerte.—¡Qué destino  
Como el suyo miserable!  
Si en aquel instante vino,  
La memoria perdurable  
De la pasada ventura,  
A turbar su fantasía,  
¡Cuán amarga les sería!  
Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso  
En el lodo pegajoso  
Penetraron, ya cayendo,  
Ya levantando, ó subiendo  
El pié flaco y dolorido;  
Y sobre un flotante nido  
De yajá, (columna bella,  
Que entre la paja descuella,  
Como edificio construido  
Por mano hábil), se sentaron  
A descansar ó morir.  
Súbito allí desmayaron  
Los espíritus vitales

De Brian á tanto sufrir;  
Y en los brazos de Maria,  
Que inmóvli permanecia,  
Cayó muerto al parecer.  
¡Cómo palabras mortales  
Pintar al vivo podrán  
El desaliento y angustias,  
O las imájenes mústias  
Que el alma atravesarán  
De aquella infeliz mujer!  
Flor hermosa y delicada,  
Perseguida y conculcada  
Por cuantos males tiranos  
Dió en herencia á los bumanos  
Inexorable poder.

Pero á cada golpe injusto  
Retoñece mas robusto  
De su noble alma el valor;  
Y otra vez, con paso fuerte,  
Huella el fango, do la muerte  
Disputa un resto de vida  
A indefensos animales;  
Y rompiendo enfurecida  
Los espesos matorrales,  
Camina á un sordo rumor

Que oye próximo, y mirando  
El hondo cauce anchuroso  
De un arroyo que copioso  
Entre la paja corria,  
Se volvió atrás, exclamando  
Arrobada de alegría:—  
—«Gracias te doy, Dios supremo!  
Brian se salva, nada temo.»—

Pronto llega al alto nido  
Donde yace su querido,  
Sobre sus hombros le carga,  
Y con vigor desmedido  
Lleva, lleva, á paso lento,  
Al puerto de salvamento  
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa  
El inmoble cuerpo posa,  
Y los labios, frente y cara  
En el agua fresca y clara  
Le embebe;—su aliento aspira,  
Por ver si vivo respira,  
Trémula su pecho toca;  
Y otra vez sienes y boca  
Le empapa:—en sus ojos vivos,  
Y en su semblante animado,

Los matices fujitivos  
De la apasionada guerra  
Que su corazon encierra,  
Se muestran.—Brian recobrado  
Se mueve, incorpora, alienta,  
Y débil mirada lenta  
Clava en la hermosa Maria,  
Diciéndola: «amada mia,  
Pensé no volver á verte,  
Y que este sueño seria  
Como el sueño de la muerte;  
Pero tú, siempre velando,  
Mi vivir sustentas, cuando  
Yo en nada puedo valerte,  
Sino doblar la amargura  
De tu estraña desventura.»  
—«Que vivas tan solo quiero,  
Porque si mueres, yo muero;  
Brian mio, alienta, triunfamos,  
En salvo y libres estamos,  
No te aflijas;—bebe, bebe  
Esta agua, cuyo frescor  
El estenuado vigor  
Volverá á tu cuerpo en breve,  
Y esperemos con valor  
De Dios el fin que imploramos.» —

Dijo así y en la corriente  
Recoje agua, y diligente,  
De sus miembros con esmero,  
Se aplica á lavar primero  
Las dolorosas heridas,  
Las hondas llagas henchidas  
De negra sangre cuajada,  
Y á sus inflamados pies  
El lodo impuro; y despues  
Con su mano delicada  
Las venda.—Brian silencioso  
Sufre el dolor con firmeza;  
Pero siente á la flaqueza  
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento  
Corre á buscar; y un momento,  
Sin duda el cielo piadoso,  
De aquellos finos amantes,  
Infortunados y errantes,  
Quiso aliviar el tormento.

---

## SESTA PARTE.

---

### LA ESPERA.

:Qué largas son las horas del desco!  
MONERO.

Triste, oscura, encapotada  
Llegó la noche esperada,  
La noche que ser debiera  
Su grata y fiel compañera;  
Y en el vasto pajonal  
Permanecen inactivos  
Los amantes fujitivos.  
Su astro, al parecer, declina,  
Como la luz vespertina,  
Entre sombra funeral.

Brian por el dolor vencido  
Al márjen yace tendido  
Del arroyo;—probó en vano  
El paso firme y lozano  
De su querida seguir;—  
Sus plantas desfallecieron,  
Y sus heridas vertieron  
Sangre otra vez.—Sintió entonces  
Como una mano de bronce  
Por sus miembros discurrir.

María espera á su lado,  
Con corazon agitado,  
Que amanecerá otra aurora  
Mas bella y consoladora;—  
El amor la inspira fé  
En destino mas propicio,  
Y la oculta el principio  
Cuya idea solo pasma:—  
El descarnado fantasma  
De la realidad no ve.

Pasion vivaz la domina,  
Ciega pasion la fascina;—  
Mostrando á su alma el trofeo  
De su impetuoso deseo  
La dice: tú triunfarás.

Ella infunde á su flaqueza  
Constancia allí y fortaleza;  
Ella su hambre, su fatiga,  
Y sus angustias mitiga  
Para devorarla mas.

Sin el amor que en sí entraña,  
Que seria?—Frágil caña  
Que el mas leve impulso quiebra,  
Ser delicado, fina hebra,  
Sensible y flaca mujer.  
Con él es ente divino  
Que pone á raya el destino,  
Ángel poderoso y tierno  
A quien no haria el infierno  
Vacilar, ni estremecer.

De su querido no advierte  
El mortal abatimiento,  
Ni cree se atreva la muerte  
A sofocar el aliento  
Que hace vivir á los dos;  
Porque de su llama intensa  
Es la vida tan inmensa,  
Que á la muerte venceria,  
Y en sí eficacia tendria  
Para animar como Dios.

El amor es fé inspirada,  
Es religion arraigada,  
En lo íntimo de la vida.—  
Fuente inagotable, henchida  
De esperanza, su anhelar  
No halla obstáculo invencible  
Hasta conseguir victoria;  
Si se estrella en lo imposible  
Gozoso vuela á la gloria  
Su heróica palma á buscar.

Maria no desespera,  
Porque su ahinco procura  
Para lo que ama ventura,  
Y al infortunio supera  
Su imperiosa voluntad.  
Mañana,—el grito constante  
De su corazon amante  
La dice,—mañana el cielo  
Hará cesar tu desvelo,  
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto  
Camina en densa tiniebla,  
Y en el abismo de espanto,  
Que aquellos páramos puebla,  
Ambos perdidos se ven.

Parda, rojiza, radiosa,  
Una faja luminosa  
Forma horizonte no lejos;  
Sus amarillos reflejos  
En lo oscuro hacen vaiven.

La llanura arder parece,  
Y que con el viento crece,  
Se encrespa, aviva y derrama  
El resplandor y la llama  
En el mar de lobreguez.  
Aquel fuego colorado,  
En tinieblas engolfado,  
Cuyo esplendor vaga horrendo,  
Era trasunto estupendo  
De la inferna terriblez.

Brian, recostado en la yerba  
Como ajeno de sentido,  
Nada vé:—ella un ruido  
Oye; pero solo observa  
La negra desolacion,  
O las sombrías visiones  
Que enjendran las turbaciones  
De su espíritu.—¡Cuán larga  
Aquella noche y amarga  
Seria á su corazon!

Miró á su amante, —espantoso,  
Un bramido cabernoso  
La hizo temblar, resonando:—  
Era el tigre que buscando  
Pasto á su saña feroz  
En los densos matorrales,  
Nuevos presajios fatales  
Al infortunio traia.—  
En silencio, echó Maria  
Mano á su puñal, veloz.

---

## SÉPTIMA PARTE.

---

### LA QUEMAZON.

Voyez....Dejá la flamme en torrens se déploie.

LAMARTINE

Mirad ya en torrente se estiende la llama.

El aire estaba inflamado,  
Turbia la region suprema,  
Envuelto el campo en vapor;  
Rojo el sol, y coronado  
De parda oscura diadema,  
Amarillo resplandor  
En la atmósfera esparcia;  
El bruto, el pájaro huía,  
Y agua la tierra pedia  
Sedienta y llena de ardor.

Soplando á veces el viento  
Limpiaba los horizontes,  
Y de la tierra brotar  
De humo rojo y ceniciento  
Se veían como montes;  
Y en la llanura ondear,  
Formando espiras doradas,  
Como lenguas inflamadas,  
O melenas encrespadas  
De ardiente, ajitado mar .

Cruzándose nubes densas  
Por la esfera dilataban,  
Como cuando hay tempestad,  
Sus negras alas inmensas;  
Y mas, y mas aumentaban  
El pavor y oscuridad.  
El cielo entenebrecido,  
El aire, el humo encendido,  
Eran, con el sordo ruido,  
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos  
Contempla asombrado  
Los turbios reflejos;  
Del dia enlutado  
La ceñuda faz.

El humilde llora,  
El piadoso implora;  
Se turba y azora  
La malicia audaz.

Quien cree ser indicio  
Fatal, estupendo  
Del día del juicio,  
Del día tremendo  
Que anunciado está.  
Quien piensa que al mundo,  
Sumido en lo inmundo,  
El cielo iracundo  
Pone á prueba ya.

Era la plaga que ería  
La devorante sequía  
Para estrago y confusion:—  
De la chispa de una hoguera,  
Que llevó el viento lijera,  
Nació grande, cundió fiera  
La terrible quemazon.

Ardiendo, sus ojos  
Relucen, chispean;  
En rubios manojos  
Sus crines ondean,

Flameando tambien:  
La tierra jimiendo,  
Los brutos ruiendo,  
Los hombres huyendo,  
Confusos la ven.

Sutil se difunde,  
Camina, se mueve,  
Penetra, se infunde;  
Cuanto toca, en breve,  
Reduce á tizon.  
Ella era,—y pastales,  
Densos pajonales,  
Cardos y animales  
Ceniza, humo son.

Raudal vomitando,  
Venía de llama,  
Que hirviendo, silbando,  
Se enrosea y derrama  
Con velocidad.—  
Sentada Maria  
Con su Brian la via:  
—«Dios miot decia,  
De nos ten piedad.»—

Piedad Maria imploraba,  
Y piedad necesitaba

De potencia celestial.  
Brian caminar no podia,  
Y la quemazon cundia  
Por el vasto pajonal.

Allí pávulo encontrando,  
Como culebra serpeando,  
Velozmente caminó;  
Y ajitando, desbocada,  
Su crin de fuego erizada  
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles  
De animales y reptiles  
Quema el fuego vencedor,  
Que el viento iracundo atiza;  
Vuelan el humo y ceniza,  
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,  
Los cautivos desdichados,  
Con despavoridos ojos,  
Estan, su hervidero oyendo,  
Y las llamaradas viendo  
Subir en penachos rojos.

No hay como huir, no hay efujio,  
Esperanza ni refujio;

¿Dónde auxilio encontrarán?  
 Postrado Brian yace inmoble  
 Como el orgulloso roble  
 Que derribó el huracan.

Para ellos no existe el mundo.  
 Detras arroyo profundo  
 Ancho se estiende, y delante,  
 Formidable y horroroso,  
 Alza la cresta furioso  
 Mar de fuego devorante.

«Huye presto, Brian decia  
 Con voz débil á Maria,  
 Déjame solo morir;  
 Este lugar es un horno:  
 Huye ¿no miras en torno  
 Vapor cárdeno subir?»

Ella calla, ó le responde:—  
 —«Dios, largo tiempo, no esconde  
 Su divina proteccion.  
 ¿Crees tú nos haya olvidado?  
 Salvar tu vida ha jurado  
 O morir mi corazon.—»

Pero del cielo era juicio  
 Que en tan horrendo suplicio

No debian perocer;  
Y que otra vez de la muerte  
Inexorable, amor fuerte  
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora:  
De la pasión que atesora  
El espíritu inmortal  
Brotó, en su faz la belleza  
Estampando fortaleza  
De criatura celestial,

No sujeta á ley humana;  
Y como cosa liviana  
Carga el cuerpo amortecido  
De su amante, y con él junto,  
Sin cejar, se arroja al punto  
En el arroyo estendido.

Cruje el agua, y suavemente  
Surca la mansa corriente  
Con el tesoro de amor;  
Semejante á Ondina bella  
Su cuerpo airoso descuella,  
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,  
Sobre sus hombros nevados

Sueltos, reluciendo van;  
Voga con un brazo lenta,  
Y con el otro sustenta  
A flor, el cuerpo de Brian,

Aran la corriente unidos  
Como dos cisnes queridos,  
Que huyen de águila cruel,  
Cuya garra, siempre lista,  
Desde la nube se alista  
A separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana  
En perseguirlos:—ufana  
En la orilla opuesta el pié  
Pone Maria triunfante,  
Y otra vez libre á su amante  
De horrenda agonía ve.

¡O del amor maravilla!  
En sus bellos ojos brota  
Del corazón, gota á gota,  
El tesoro sin mancilla,  
Celeste, inefable unción;  
Sale en lágrimas deshecho  
Su heróico amor satisfecho.  
Y su formidable cresta

Sacude, enrosca y enhiesta  
La terrible quemazon.

---

Calmó despues el violento  
Soplar del airado viento:  
El fuego á paso mas lento  
Surcó por el pajonal,  
Sin topar ningun escollo;  
Y á la orilla de un arroyo  
A morir al cabo vino,  
Dejando, en su ancho camino,  
Negra y profunda señal.

---



## OCTAVA PARTE.

---

### BRIAN.

Les guerriers et les coursiers eux mêmes  
Sont là pour attester les victoires de mon bras.  
Je dois ma renommée à mon glaive.....

ANTAR (1)

Los guerreros y aun los bridones de la batalla  
Existen para atestiguar las victorias de mi brazo.  
Debo mi renombre á mi espada.

Pasó aquel, llegó otro dia  
Triste, ardiente, y todavia  
Desamparados como antes,  
A los míseros amantes  
Encontró en el pajonal.

1. Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viage á Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto.

Brian, sobre pajizo lecho  
Inmóvil está, y en su pecho  
Arde fuego inextinguible;  
Brotó en su rostro, visible  
Abatimiento mortal. —

Abrumados y rendidos  
Sus ojos, como adormidos,  
La luz esquivan, ó absortos  
En los pálidos abortos  
De la conciencia, (lejos  
Que atribula al moribundo)  
Verán formas de otro mundo;  
Imágenes fujitivas,  
O las claridades vivas  
De fantástica rejion.

Triste á su lado Maria  
Revuelve en la fantasía  
Mil contrarios pensamientos,  
Y horribles presentimientos  
La vienen allí á asaltar; —  
Espectros que enjendra el alma,  
Cuando el ciego desvario  
De las pasiones se calma,  
Y perdida en el vacío  
Se recoje á meditar.

Allí, frágil navecilla  
En mar sin fondo ni orilla,  
Do nunca rie bonanza  
Se encuentra, sin esperanza  
De poder al fin surjir:  
Allí ve su afán perdido  
Por salvar á su querido;  
Y cuán lejano y nubloso  
El horizonte radioso  
Está de su porvenir.

Cuán largo, incierto camino  
La desdicha le previno;  
Cuan triste peregrinaje!  
Allí ve de aquel paraje  
La yerta inmovilidad.  
Allí ya del desaliento  
Sufre el pausado tormento,  
Y abrumada de tristeza,  
Al cabo á sentir empieza  
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,  
Y al aspecto de su amante  
Desfallece su heroismo;  
La vuelve, y hórrido abismo  
Mira atónita detrás.

Alli apura la agonía  
Del que vió cuando dormia  
Paraiso de dicha eterno,  
Y al despertar un infierno  
Que no imaginó jamás.

En el empireo nublado  
Flamea el sol colorado;  
Y en la llanura domina  
La vaporosa calina,  
El bochorno abrasador.  
Brian sigue inmoble, y María  
En formar se entrenia  
De junco un denso tejido,  
Que guardase á su querido  
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento  
Que al levantarse ó moverse  
Hace animal corpulento,  
Crujir la paja y romperse  
De un cercano matorral.  
Miró ¡oh terror! y acercarse  
Vió con movimiento tardo,  
Y hácia ella encaminarse  
Lamiéndose, un tigre pardo  
Tinto en sangre;— atroz señal,

Cobrando ánimo al instante  
Se alzó María arrogante,  
En mano el puñal desnudo,  
Vivo el mirar, y un escudo  
Formó de su cuerpo á Brian.  
Llegó la fiera inclemente;  
Clavó en ella vista ardiente,  
Y á compasion ya movida,  
O fascinada y herida  
Por sus ojos y ademan,

Recta prosiguió el camino,  
Y al arroyo cristalino  
Se echó á nadar.—¡Oh amor tierno!  
De lo mas frágil y eterno  
Se compajinó tu ser.  
Siendo solo afecto humano,  
Chispa fugaz, tu grandeza,  
Por impenetrable arcano,  
Es celestial.—Oh belleza!  
No se anida tu poder,

En tus lágrimas, ni enojos;  
Sí, en los sinceros arrojos  
De tu corazon amante:—  
María en aquel instante  
Se sobrepuso al terror,

Pero cayó sin sentido  
A conmocion tan violenta. —  
Bella como ángel dormido  
La infeliz estaba, exenta  
De tanto afan y dolor.

Entonces ah ! parecía  
Que marchitado no habia  
La aridez de la congoja,  
Que á lo mas bello despoja,  
Su frescura juvenil.  
¡ Venturosa si mas largo  
Hubiera sido su sueño!  
Brian despierta del letargo:  
Brilla matiz mas risueño  
En su rostro varonil. —

Se sienta, — estático mira,  
Como el que en vela delira;  
Lleva la mano á su frente  
Sudorifera y ardiente,  
¿ Qué cosas su alma verá?  
La luz, noche le parece,  
Tierra y cielo se oscurece,  
Y rueda en un torbellino  
De nubes. — «Este camino  
Lleno de espinas está:

«Y la llanura, Maria,  
¿ No ves cuán triste y sombría !  
¿ Dónde vamos ?— A la muerte.—  
Triunfó la enemiga suerte,»  
Dice delirando Brian.

«Cuán caro mi amor te cuesta!  
Y mi confianza funesta,  
Cuánta fatiga y ultrajes!  
Pero pronto los salvajes  
Su deslealtad pagarán.»

Cobra Maria el sentido  
Al oír de su querido  
La voz, y en gozo nadando  
Se incorpora, en él clavando  
Su cariñosa mirada.

« Pensé dormías, la dice,  
Y despertarte no quise;  
Fuera mejor que durmieras  
Y del bárbaro no oyeras  
La estrepitosa llegada.

« Sabes ?—sus manos lavaron,  
Con infernal regocijo,  
En la sangre de mi hijo;  
Mis valientes degollaron.  
Como el huracan pasó,

Desolacion vomitando,  
 Su vijilante perfidia.  
 Obra es del inicuo bando,  
 Qué dirá la torpe envidia!  
 Ya mi gloria se eclipsó.

«De paz con ellos estaba  
 Y en la villa descansaba.—  
 Oye, no te fies, vela,—  
 Lanza, caballo y espuela  
 Siempre lista has de tener.—  
 Mira donde me han traído,—  
 Atado estoy, y ceñido;  
 No me es dado levantarme,  
 Ni valerte ni vengarme,  
 Ni batallar ni vencer.

«Venga, venga mi caballo,  
 Mi caballo por la vida;  
 Venga mi lanza fornida,  
 Que yo basto á ese tropel.—  
 Rodeado de picas me hallo.—  
 Paso, canalla traidora,  
 Que mi lanza vengadora  
 Castigo os dará cruel.

«¿No mirais la polvareda  
 Que del llano se levanta?

No sentis lejos la planta  
De los brutos retumbar?  
La tribu es, huyendo leda,  
Como carnicero lobo,  
Con los despojos del robo,  
No de intrépido lidiar.

«Mirad ardiendo la villa,  
Y degollados dormidos  
Nuestros hermanos queridos  
Por la mano del infiel.  
¡Oh mengua! oh rabia! oh mancilla!  
Venga mi lanza lijero,  
Mi caballo parejero,  
Daré alcance á ese tropel.»

Se alzó Brian enajenado,  
Y su bigote erizado  
Se mueve; chispean rojos,  
Como centellas, sus ojos  
Que hace el entusiasmo arder;  
El rostro y talante fiero,  
Do resalta con viveza  
El valor y la nobleza,  
La majestad del guerrero  
Acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfalleco.  
Ella atónita enmudece,  
Ni halla voz su sentimiento;  
En tan solemne momento  
Flaquea su corazón.  
El sol pálido declina:  
En la cercana colina  
Triscan las gamas y ciervos  
Y de caranchos y cuervos  
Grazna la impura leñon,

De cadáveres avara,  
Cual si muerte presajara.  
Así la caterva estulta,  
Vil al heroísmo insulta,  
Que triunfante veneró.  
Maria tiembla.—Él alzando  
La vista al cielo, y tomando  
Con sus manos casi heladas  
Las de su amiga adoradas,  
A su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:  
«Oye,—de Dios es arcano,  
Que mas tarde ó mas temprano  
Todos debemos morir.

Insensato el que maldice  
La ley que á todos iguala:  
Hoy el término señala  
A mi robusto vivir.

«Resígnate;—bien venida  
Siempre, mi amor, fué la muerte  
Para el bravo, para el fuerte  
Que á la patria y al honor  
Jóven consagró su vida:  
Qué es ella?—una chispa, nada,  
Con ese sol comparada,  
Raudal vivo de esplendor.

«La mia brilló un momento,  
Pero á la patria sirviera;  
Tambien mi sangre corriera  
Por su gloria y libertad.  
Lo que me da sentimiento  
Es que de tí me separo,  
Dejándote sin amparo  
Aquí en esta soledad.

«Otro premio merecía  
Tu amor y espíritu brioso,  
Y galardón mas precioso  
Te destinaba mi fé.

Pero ¡ay Dios! la suerte mia  
De otro modo se eslabona;  
Hoy me arracan la corona  
Que insensato ambicioné.

«Si al menos la azul bandera  
Sombra á mi cabeza diese!  
O antes por la patria fuese  
Aclamado vencedor!  
¡Oh destino! quien pudiera  
Morir en la lid, oyendo  
El alarido y estruendo,  
La trompeta y atambor.

«Tal gloria no he conseguido,  
Mis enemigos triunfaron;  
Pero mi orgullo no ajaron  
Los favores del poder.  
Qué importa! mi brazo ha sido  
Terror del salvaje fiero:  
Los Andes vieron mi acero  
Con honor resplandecer.

«¡Oh estrépito de las armas!  
Oh embriaguez de la victoria!  
Oh campos, soñada gloria!  
Oh lances del combatir!

Inesperadas alarmas,  
Patria, honor, objetos caros,  
Ya no volveré à gozaros;  
Jóven yo debo morir.

«Hoy es el aniversario  
De mi primera batalla,  
Y en torno á mí todo calla. . . .  
Guarda en tu pecho mi amor,  
Nadie llegue á su santuario. . . .  
Aves de presa parecen, —  
Ya mis ojos se oscurecen;—  
Pero allí baja un condór,

«Y huye el enjambre insolente.  
Adios, en vano te aflijo. . . . .  
Vive, vive para tu hijo,  
Dios te impone ese deber.—  
Sigue, sigue al occidente  
Tu trabajosa jornada:  
Adios, en otra morada,  
Nos volveremos á ver.»

Calló Brian, y en su querida,  
Clavó mirada tan bella,  
Tan profunda y dolorida,  
Que toda el alma por ella

Al parecer exhaló.—  
El crepúsculo esparcía  
En el desierto luz mística.—  
Del corazón de María,  
El desaliento y angustia,  
Solo el cielo penetró.

---

## NOVENA PARTE.

---

### MARIA.

Fallece esperanza y crece tormento.

ANONIMO.

Morte bella pareo nell suo bel viso.

PETRARCA.

La muerte parecía

Bella en su rostro bello.

Qué hará Maria?—En la tierra  
Ya no se arraiga su vida.  
Dónde irá?—Su pecho encierra  
Tan honda y vivaz herida,  
Tanta congoja y pasión,  
Que para ella es infecundo  
Todo consuelo del mundo,  
Burla horrible su contento,

Su compasion un tormento,  
Su sonrisa una irrision.

¿Qué le importan sus placeres,  
Su bullicio y vana gloria;  
Si ella, entre todos los seres,  
Como desechada escoria,  
Lejos, olvidada está?  
¿En qué corazon humano,  
En qué límite del orbe,  
El tesoro soberano,  
Que sus potencias absorbe,  
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,  
Y una fresca sepultura  
Encuentra; lecho postrero,  
Que al cadáver del guerrero  
Preparó el mas fino amor.  
Sobre ella hincada María,  
Muda como estatua fria,  
Inclinada la cabeza,  
Semejaba á la tristeza  
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos  
Caen por los hombros tendidos,

Y sombrean de su frente,  
Su cuello y rostro inocente,  
La nevada palidez.  
No suspira allí, ni llora;  
Pero como ángel que implora,  
Para miserias del suelo  
Una mirada del cielo,  
Hace esta sencilla prez:

—«Ya en la tierra no existe  
El poderoso brazo,  
Donde hallaba regazo  
Mi enamorada sien:  
Tú ¡oh Dios! no permitiste  
Que mi amor lo salvase,  
Quisiste que volase  
Donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma  
Tu seno regalado,  
Del bienaventurado,  
Reciba el galardón:  
Encuentre allí la calma,  
Encuentre allí la dicha,  
Que busca en su desdicha,  
Mi viudo corazón.» —

Dice: un punto su sentido  
Queda como sumerjido.—  
Echa la postrer mirada  
Sobre la tumba caillada  
Donde toda su alma está.—  
Mirada llena de vida;  
Pero lánguida, abatida  
Como la última vislumbre  
De la agonizante lumbre,  
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;  
Y tomando por la orilla  
Del arroyo hácia el ocaso,  
Con indiferente paso,  
Se encamina al parecer.  
Pronto sale de aquel monte  
De paja, y mira delante  
Ilimitado horizonte,  
Llanura y cielo brillante,  
Desierto y campo do quier.

¡Oh noche! oh fúljida estrella,  
Luna solitaria y bella,  
Sed benignas! el indicio  
De vuestro influjo propicio  
Siquiera una vez mostrad.

Bochornos, cálidos vientos,  
Inconstantes elementos,  
Preñados de temporales,  
Apiadaos; fieras fatales  
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos  
De los miseros humanos  
Está el oculto destino,  
Siquiera un rayo divino  
Haz á su esperanza ver.  
Vacilar, de alma, sencilla,  
Que resignada se humilla,  
No hagas la fé acrisolada;  
Susténtala en su jornada,  
No la dejes perecer.

Adios, pajonal funesto,  
Adios, pajonal amigo.  
Se va ella sola ¡cuán presto  
De su júbilo, testigo,  
De su luto fuistes vos!  
El sol y la llama impía  
Marchitaron tu ufania;  
Pero hoy tumba de un soldado  
Eres y asilo sagrado:  
Pajonal glorioso, adios.

Gózate; ya no se anidan  
En tí las aves parleras,  
Ni tu agua y sombra convidan  
Solo á los brutos y fieras:  
Soberbio debes estar.  
El valor y la hermosura,  
Ligados por la ternura,  
En tí hallaron refrijerio;  
De su infortunio el misterio  
Tú solo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores  
De felices amadores  
Tu esquividad no turbaron;  
Sino voces que confiaron  
A tu silencio su mal.  
En la noche tenebrosa,  
Con los ásperos graznidos  
De la lejion ominosa,  
Oirás ayes y jemidos:  
Adios, triste pajonal.

De ti María se aleja,  
Y en tus soledades deja  
Toda su alma; agradecido  
El depósito querido  
Guarda y conserva; quizá

Mano jenerosa y pía  
Venga á pedirte lo un día:  
Quizá la viva palabra  
Un monumento le labra  
Que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina:  
Y la estrella matutina  
Caminando solitaria,  
Sin articular plegaria,  
Sin descansar ni dormir  
La ve. — En su planta desnuda  
Brotó la sangre y chorrea;  
Pero toda ella, sin duda,  
Va absorta en la única idea  
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento. —  
Su garganta es viva frágua,  
Un volcan su pensamiento;  
Pero mar de hielo y agua  
Refrijerio inútil es  
Para el incendio que abriga;  
Insensible á la fatiga,  
A cuanto ve indiferente,  
Como misera demente  
Mueve sus heridos pies,

Por el desierto.—Adormida  
Está su orgánica vida;  
Pero la vida de su alma  
Fomenta en sí aquella calma  
Que sigue á la tempestad,  
Cuando el ánimo cansado  
Del afan violento y duro,  
Al parecer resignado,  
Se abisma en el fondo oscuro  
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,  
Fiebre lenta y devorante,  
Último efujio, suplicio  
Del infierno, semejante  
A la postrer convulsion  
De la víctima en tormento:  
Trance que si dura un dia  
Anonada el pensamiento,  
Encanece, ó deja fria  
La sangre en el corazon.

Dos soles pasan—¿Adónde  
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?  
Está por ventura exhausto?  
Mas dolor en holocausto  
Pide á una flaca mujer?

No;—de la quieta llanura  
Ya se remonta á la altura  
Gritando el yajá.—Camina,  
Oye la voz peregrina  
Que te viene á socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,  
Cómo te meces ufana!  
Reina sí, reina orgullosa  
Eres, pero no tirana  
Como el águila fatal:  
Tuyo es también del espacio  
El transparente palacio:  
Si ella en las rocas se anida,  
Tú en la esquivéz escondida  
De algun vasto pajonal.

De la víctima el jemido,  
El huracan y el tronido  
Ella busca, y deleite halla  
En los campos de batalla:  
Pero tú la tempestad,  
Día y noche vijilante,  
Anuncias al gaucho errante;  
Tu grito es de buen presajio,  
Al que asechanza ó naufragio  
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera  
La voz del ave agorera,  
Oye, María, infelice;—  
Alerta, alerta, te dice;  
Aquí está tu salvacion.—  
¿No la ves como en el aire  
Balancea con donaire  
Su cuerpo albo-ceniciento?  
¿No escuchas su ronco acento?  
Corre á calmar tu afliccion.

Pero nada ella divisa,  
Ni el feliz reclamo escucha;  
Y caminando va á prisa:  
El demonio con que lucha  
La turba, impele y amaga.  
Túrbios, confusos y rojos  
Se presentan á sus ojos  
Cielo, espacio, sol, verdura,  
Quieta insondable llanura  
Donde sin brújula vaga.

Mas ah! que en vivos corceles  
Un grupo de hombres armados  
Se acerca ¿serán infieles,  
Enemigos?—No, soldados  
Son del desdichado Brian.

Llegan, su vista se pasma;  
Ya no es la mujer hermosa,  
Sino pálido fantasma;  
Mas reconocen la esposa  
De su fuerte capitán.

Créíanla cautiva ó muerta;  
Grande fué su regocijo.  
Ella los mira y despierta.  
— «¿No sabeis qué es de mi hijo?» —  
Con toda el alma exclamó.  
Tristes mirando á Maria  
Todos el labio sellaron;  
Mas luego una voz impía:  
«Los indios lo degollaron»  
Roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,  
Como quiebra al seco tallo  
El menor soplo de viento,  
O como herida del rayo  
Cayó la infeliz allí;  
Viéronla caer, turbados,  
Los animosos soldados;  
Una lágrima la dieron,  
Y funerales la hicieron  
Dignos de contarse aquí.

Aquella trama formada  
De la hebra mas delicada,  
Cuyo espiritu robusto  
Lo mas acerbo é injusto  
De la adversidad probó,  
Un soplo débil deshizo:  
Dios para amar, sin duda, hizo  
Un corazon tan sensible;  
Palpitar le fué imposible  
Cuando á quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!  
Cuál entraña te abortára!  
Mover al tigre pudiera  
Su vista sola;—y no hallara  
En ti alguna compasion,  
Tanta miseria y conflicto,  
Ni aquel su materno grito;  
Y como flecha saliste,  
Y en lo mas profundo heriste  
Su anhelante corazon.

Embates y oscilaciones  
De un mar de tribulaciones  
Ella arrostró; y la agonía  
Saboreó su fantasía,  
Y el punzante frenesi

De la esperanza insaciable,  
Que en pos de un deseo vuela;  
No alcanza el blanco inefable,  
Se irrita en vano y desvela;  
Vuelve á devorarse á sí.

Una á una, todas bellas,  
Sus ilusiones volaron,  
Y sus deseos con ellas;  
Sola y triste la dejaron  
Sufrir hasta enloquecer.  
Quedaba á su desventura  
Un amor, una esperanza,  
Un astro en la noche oscura,  
Un destello de bonanza,  
Un corazon que querer.

Una voz cuya armonía  
Adormecerla podria;  
A su llorar un testigo,  
A su miseria un abrigo,  
A sus ojos que mirar.  
Quedaba á su amor desnudo  
Un hijo, un vástago tierno;  
Encontrarlo aqui no pudo,  
Y su alma al regazo eterno  
Lo fué volando á buscar.

Murió; por siempre cerrados  
Estan sus ojos cansados  
De errar por llanura y cielo,  
De sufrir tanto desvelo,  
De afanar sin conseguir.  
El atractivo está yerto  
De su mirar: ya el desierto,  
Su último asilo, los rastros  
De tan hechiceros astros  
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aun hay vestigio.  
¿No veis el raro prodigio?  
Sobre su cándida frente  
Aparece nuevamente  
Un prestigio encantador.  
Su boca y tersa mejilla  
Rosada, entre nieve brilla,  
Y revive en su semblante  
La frescura rozagante  
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,  
Y estampó en su rostro hermoso  
Aquel inefable hechizo,  
Inalterable reposo,  
Y sonrisa anjelical,

Que destellan las facciones  
De una virgen en su lecho;  
Cuando las tristes pasiones  
No han ajado de su pecho  
La pura flor virjinal.

Entonces el que la viera,  
Dormida ¡oh Dios! la creyera;  
Deleitándose en el sueño  
Con memorias de su dueño,  
Llenas de felicidad:  
Soñando en la alba lucida  
Del banquete de la vida  
Que sonrie á su amor puro:—  
Mas ay! que en el seno oscuro  
Duerme de la eternidad.

---



## EPÍLOGO.

---

Douce lumière es tu leur ame?

LAMARTINE.

¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?

¡Oh Maria! Tu heroísmo,  
Tu varonil fortaleza,  
Tu juventud y belleza  
Merecieran fin mejor.  
Ciegos de amor el abismo  
Fatal tus ojos no vieron,  
Y sin vacilar se hundieron  
En él ardiendo en amor.

De la mas cruda agonía  
Salvar quisistes á tu amante,  
Y lo viste delirante  
En el desierto morir.  
¡Cuál tu congoja seria!  
¡Cuál tu dolor y amargura!  
Y no hubo humana criatura  
Que te ayudase á sentir.

Se malogró tu esperanza;  
Y cuando sola te viste,  
Tambien misera caiste,  
Como árbol cuya raiz  
En la tierra ya no afianza  
Su pompa y florido ornato:  
Nada supo el mundo ingrato  
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta  
Como diamante en la mina,  
La belleza peregrina  
De tu noble alma quedó.  
El desierto la sepulta,  
Tumba sublime y grandiosa,  
Do el héroe tambien reposa  
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida  
Fué amar, amor tu delirio,  
Amor causó tu martirio,  
Te dió sobrehumano ser;  
Y amor, en edad florida,  
Sofocó la pasión tierna,  
Que omnipotencia de eterna  
Trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,  
De amor, ¡oh bella María!  
Que la virgen poesía  
Corona te forma ya  
De ciprés entretejido  
Con flores que nunca mueren;  
Y que admiren y veneren  
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,  
Inhospitable morada,  
Que no siempre sosegada  
Mira el astro de la luz;  
Descollando en una altura,  
Entre agreste flor y yerba,  
Hoy el caminante observa  
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre  
 La copa estensa y tupida  
 De un ombú<sup>1</sup>, donde se anida  
 La altiva águila real;  
 Y la varia muchedumbre  
 De aves que cria el desierto  
 Se pone en ella á cubierto  
 Del frio y sol estival.

Nadie sabe cuya mano  
 Plantó aquel árbol benigno,  
 Ni quién á su sombra el signo  
 Puso de la redencion.  
 Cuando el cautivo cristiano  
 Se acerca á aquellos lugares,  
 Recordando sus hogares,  
 Se postra á hacer oracion.

Fama es que la tribu errante,  
 Si hasta allí llega embebida  
 En la caza apetecida  
 De la gama y avestruz,  
 Al ver del ombú gigante  
 La verdosa cabellera,

1. Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestra llanuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores de estío.

Suelta al potro la carrera  
Gritando:— «allí está la cruz.»

Y revuelve atrás la vista,  
Como quien huye aterrado,  
Creyendo se alza el airado,  
Terrible espectro de Brian.  
Pálido el indio exorcista  
El fatídico árbol nombra;  
Ni á hollar se atreven su sombra  
Los que de camino van.

Tambien el vulgo asombrado  
Cuenta, que en la noche oscura  
Suelen en aquella altura  
Dos *luces* aparecer;  
Que salen y habiendo errado  
Por el desierto tranquilo,  
Juntas á su triste asilo  
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes  
Serán del páramo aereo,  
Quizá espíritus,—misterio!  
Visiones del alma son.

Quizá los sueños brillantes  
De la inquieta fantasía,  
Forman coro en la armonía  
De la invisible creación.

---

# LA GUITARRA

ó

PRIMERA PÁJINA DE UN LIBRO.

---

A.—What harmony is this? My good friends, hark!

C.—Marvellous sweet music!!

This is no mortal business, nor no sound  
That the earth owes.

SHAKESPEARE.—*The Tempest.*



# LA GUITARRA.

---

## PRIMERA PARTE.

### I.

El cielo era sin nubes: centellaban  
Con resplandor incierto las estrellas  
En el diáfano velo de la noche,  
Como claros diamantes en las trenzas  
De la modesta virgen: y la Luna,  
Astro de amor, sobre la triste tierra  
Hermosa y melancolica esparcia  
Su nítida y radiante cabellera.  
Dormian los mortales fatigados

Del intenso afanar que fué su herencia,  
Y estático Ramiro contemplaba  
El astro de la noche y su diadema,  
Respirando las auras de la Pampa  
Que á zahumar vienen la morada rejia  
Donde dormita el Plata silencioso.  
Suspendida su mente en las esferas  
Fantásticas del cielo, se perdía  
En mil cavilaciones halagüeñas;  
Desparecía el mundo ante sus ojos,  
Y aquel bien infinito de la idea,  
Deleite sin acíbar que concibe  
El mísero mortal y nunca prueba,  
Llegaba á paleadar; mas de repente  
Del fantástico sueño lo despierta  
La armonía fugaz de una guitarra,  
Que dichoso amador quizá á la rejia  
De su querida pulsa; ¡cuánto afecto  
Movió en su corazón aquella tierna  
Melancólica trova!—de otra vida,  
Vida de amores y de encanto llena,  
Era revelacion;—adios postrero  
De horas de dicha que pasaron bellas  
Para mas no volver;—era presajio  
De infortunio ó de gloria venidera.  
Enmudeció la voz y el instrumento.

Corrió entonces Ramiro á su vihuela,  
Largo tiempo olvidada, que fué siempre  
De su ambulante vida compañera,  
Y entonó esta cancion que allá en España  
En alabanza suya hizo un poeta:

Quien no oyó en noche clara y serena  
Cantar contigo su dicha ó pena  
Al amador,  
Ese no sabe, guitarra mia,  
Con que eficacia tu melodía  
Habla de amor.

La mas esquiva, la mas ingrata  
Cede al halago de tu voz grata,  
De tu jemir;  
Y al pecho blando de la que adora  
Llevas una aura consoladora  
Que hace vivir.

Cada son tuyo que dulce vibra,  
Electrizando, mueve una fibra  
Del corazon;  
Sueños dorados infunde al alma,  
Tristes recuerdos disipa y calma  
Su agitacion.

Si el labio puro de alguna bella  
De amor entona tierna querella  
A par de ti;  
No es de la tierra, no, fujitiva  
Esa armonía que nos cautiva,  
Divina sí.

## II.

Diez y ocho años tenía y era bella,  
Bella entre las hermosas Argentinas,  
Que son reinas de amor en Buenos Aires  
Como el río que baña sus orillas.

Diez y ocho años tenía, y en su rostro,  
Donde el candor de la niñez se pinta,  
La sombra pasajera é importuna  
De congojoso afán se descubría.

Y de alma resignada á su destino,  
Probada en el crisol de la desdicha,  
La mansedumbre anjélica, imprimiendo  
Inefable expresión á su sonrisa.

Sus negros ojos, de rasgada forma,  
Eran focos de amor, luces de vida,

Y el fuego de pasiones afectuosas  
Asomaba al traves de sus pupilas.

Bella era Celia, al parecer dichosa,  
Porque todo en redor la sonreía,  
Porque el mundo para otras tan ingrato  
Sus codiciados bienes la prodiga.

Era entanto infeliz, por que el tesoro  
Que apetecen las almas afectivas,  
El soplo enjendrador que las fecunda,  
El aliento vital que las anima;

Lo que las hace delirar de pena,  
Lo que las hace palpitar de dicha,  
Lo que despierta en ellas sin saberlo,  
Deseos y esperanzas infinitas;

Lo que transforma en vasto paraiso  
La mansion solitaria donde habitan,  
O en palacio encantado donde se oye  
Concierto de inefables armonías;

El amor y sus ansias y deleites,  
Ella que tierno corazon abriga,  
Que nació para amar y ser amada,  
Sintiéndolo ideal, no conocia.

Y entretanto era esposa; á un hombre adusto  
Con lazo indisoluble se ve unida,  
Que entre el ara de Dios y el sacerdote  
Pronunció el sí fatal con voz sumisa.

Mintió su labio ó tímido no dijo,  
Lo que su niño corazón sentía,  
Por complacer de padres ignorantes  
El capricho insensato ó la codicia.

Prometió amor y fé en sus quince abriles  
A un hombre que no amaba, inadvertida,  
Y cuando abrió los ojos mas esperta,  
Ni sintió amor por él, ni simpatía.

Se halló sin porvenir y condenada  
A arrastrar existencia aborrecida,  
Mientras en torno suyo respiraba  
Todo contento al parecer y dicha.

Y Celia era infeliz, porque no amaba,  
Porque sonriendo, á su pesar, mentía,  
Porque sentir amor, manifestarlo  
Para su tierno pecho era la vida.

Y Celia algun consuelo solamente  
Encontraba en la música espresiva

De su vihuela amada, cuyo hechizo  
De sus horas el tedio adormecía.

Diestra pulsaba el instrumento amigo,  
Cantaba al son de sus sonoras fibras  
Las congojas de su alma solitaria,  
Y en su música y canto embebecida,

Olvidaba el rigor de su destino,  
Semejante aquella ave peregrina  
Que cantando á los bosques silenciosos  
Refiere su pesar y lo mitiga.

### III.

Era una noche de verano bella,  
Noche de arrobamiento y de delirio,  
De esas que no se olvidan porque dejan  
Rastro en el corazón intenso y vivo.  
Callaba la ciudad que coquetea  
Al mirarse en las aguas de su río,  
Y el empíreo estrellado semejaba  
De la tórrida zona el mar tranquilo,  
Cuando en su vasto seno reverberan,  
Deslumbrando la vista fujitivos

Mil destellos de luz; el aura leve  
Dormía silenciosa en el retiro  
De su aéreo palacio, y ni se oía  
Del vagabundo coro de los silfos  
El májico rumor; Ramiro entónces,  
Absorto en las rejiones de su espíritu,  
Por solitaria calle caminaba,  
Cuando hechicera voz de sus sentidos  
Encadenó la accion; llegó á una reja,  
Y al compás melodioso y espresivo  
De sonora vihuela aquestos versos  
Oyó cantar con pecho enternecido:

Acongoja mi alma  
Dia y noche delira;  
El corazon suspira  
Por ilusorio bien;  
Mas las horas fugaces  
Pasan en raudo vuelo,  
Sin que ningun consuelo  
A mí congoja den.

Entre mis venas corre,  
Quitándome el sosiego,  
De comprimido fuego  
El devorante ardor;

Pero una voz secreta  
Me dice, infortunada,  
Vivirás condenada  
A eterno desamor.

Como muere la antorcha  
Escasa de alimento,  
Así morir me siento  
En mi temprano albor;  
Ningun soplo benigno  
Da vigor á mi vida,  
Pues vivo sumerjida  
En triste desamor.

Como fátuo destello  
Que brilla y se evapora,  
Se oscureció en su aurora  
El astro de mi amor;  
Se fué con él mi dicha,  
Se fué con él mi calma,  
Solo ha quedado á mi alma  
Perpetuo desamor.

El concierto de canto y melodía,  
No humano, al parecer, sino divino,  
Interrumpió preludio quejumbros o

Del frágil instrumento, y un suspiro.  
Quedó todo en silencio, y á su albergue  
Congoja y turbacion llevó Ramiro.

## IV.

En un bizarro alazan,  
Que libre, ufano y soberbio  
Cuando jóven en la Pampa<sup>1</sup>  
Pació la grama y el trébol,  
Salió una tarde Ramiro,  
Solo con su pensamiento,  
A recorrer las campiñas,  
Cuyos jardines y huertos  
En el florido verano  
Brindan holganza á aquel pueblo,  
Que en las famosas orillas  
Del Plata tiene su asiento.  
Llegó á una quinta<sup>2</sup> cansado,  
Cuando ya mústio y sereno  
El crepúsculo esparcía,  
Sobre la tierra y el cielo,

1. Pampa—Llanura desierta.

2. Quinta—Mansion de recreo no lejos de de la ciudad, donde generalmente se cultivan árboles frutales y hortalizas.

Aquella luz misteriosa  
Cuyos pálidos reflejos  
Llevan al alma ajitada  
Tristeza y recojimiento;  
Y allí encontró reunido,  
Como en un jardín ameno,  
De la belleza porteña<sup>1</sup>  
Lo mas gracioso y perfecto.  
Una de ellas, cuya frente  
Sombreaban con misterio  
El pudor y la congoja,  
Entónce al son hechicero  
De la guitarra cantaba  
Tristes y amorosos versos.  
La voz, la música, el canto,  
Todo su ser conmovieron,  
Y despertaron al punto  
En su memoria recuerdos;—  
Clavó el mirar ¡Oh delicia!  
Vió de la hermosura el cielo,  
De las gracias el conjunto,  
Y embelesado en silencio  
Admiraba de su labio  
Los peregrinos acentos,

1. Porteña—Llaman así los provincianos á la mujer nacida en Buenos Aires, por estar esta ciudad situada á orillas del único puerto hábil de la República Argentina.

La espresion indefinible  
De su semblante, sus negros  
Ojos, rutilando llamas  
De amor como dos luceros;  
Y entre sí mismo decia:  
«Feliz del hombre que objeto  
Sea de tu alma querido,  
Del que cifre en tí su anhelo,  
Del que beba tus caricias,  
Y se recline en tu pecho.»  
Cesó el canto; Celia entonces,  
Unas y otras repitieron,  
Y de Celia el dulce nombre  
Volaba de extremo á extremo,  
Del salon donde reinaba  
Su hermosura y su talento.  
A las manos de Ramiro  
Vino la guitarra luego,  
Y animado con la vista  
De tantas hermosas, diestro  
Pulsó las fibras sonoras,  
Sus mas íntimos secretos  
La pidió, cual si entendiera  
Ella el hablar de sus dedos.  
Quedaron de su armonía  
Los corazones suspensos,

Ni articulaban los labios  
Ni suspiraban los pechos;  
Y miétras las bellas todas,  
En silencioso embeleso,  
Permanecian, Ramiro  
Preludiando en tonos nuevos,  
Ora animados suspiros,  
Ora misteriosos ecos,  
Brotar hacia inspirado  
Del melodioso instrumento.  
Cesó al fin; todas á una  
Su habilidad aplaudieron;  
Solo Celia, Celia sola  
Con elocuente silencio,  
Con un suspiro del alma,  
Con un mirar placentero,  
Colmó á Ramiro de gloria,  
De amor y júbilo á un tiempo.  
¿Quién al deleite se niega  
De la música y el seno  
Latir no siente de gozo,  
Al oír esos acentos  
Que penetran hasta el alma,  
A un por los poros, haciendo  
Conmoción inesplicable  
Temblar las fibras del cuerpo?

Y cuando entona ese canto,  
Con voz que habla al sentimiento,  
La bella en quien arraigado  
Está todo el vivir nuestro,  
El corazon se sublima  
Con las álas del deseo,  
A una esfera de ventura,  
De indecible arrobamiento,  
Y de delicias, que nunca  
Las que no amaron sintieron.

## V.

Celia dormía y soñaba.  
Su esposo al lado despierto  
Observaba con asombro  
La ajitacion de su sueño;  
Su alma flotaba dudosa,  
Y ya la rabia y los celos  
Hervir, palpitar hacian  
Sus arterias y su pecho;  
Ya creía, alucinado,  
Que las caricias y besos,  
Que dormida le prodiga,

Eran del cariño efecto.  
Entre dientes murmuraba  
Un nombre. . . «—¿Quién será cielos?—»  
Decía él, y un sudor frío,  
Y como chispas de electro  
Por sus entrañas corrian;  
Y ella con halagos nuevos  
De su corazón calmaba  
Los impetuosos recelos.

Celia decía:— « Huye, cese  
Por piedad de tu instrumento  
Esa hechicera armonía  
Que en mí derrama un incendio. . .  
No puedo amarte, mi esposo. . .  
¿Lo veis, lo veis, con que ceño  
Tan iracundo me mira  
Porque yo amarle no puedo?  
Mi corazón desdichado  
Por siempre al amor ha muerto. . .  
El himeneo me liga. . .  
A otro hombre yo pertenezco. . .  
¡Oh! si yo pudiera amarte!  
¡Qué dicha! el amor que siento,  
Este amor que sofocado  
Es de mi vida el infierno,

Tuyo sería; sería. . . . .  
Tuyo cuanto yo poseo. . . .  
¿ Con qué gusto y qué delicia  
Te estrecharia en mi seno ? . . . .  
Mis halagos, mis caricias,  
Mi vida. . . .ven que me muero. . . . .  
Escucha. . . .mi esposo, el lazo  
Sacrosanto de himeneo,  
El deber, la virtud, mira ! . . . .  
Son obstáculos eternos  
Que entre yo y tú se interponen. . . .  
Dios mio ! . . .ven que me muero ! »

Al oír estas palabras,  
Delirios de amor intenso,  
Interrumpidas á veces  
De suspiros y silencio,  
Que revelaban de su alma  
Los mas íntimos secretos,  
Dejó la cama su esposo  
La sangre en furor hirviendo,  
Y echando mano á un puñal,  
De su venganza instrumento,  
Sin decir una palabra,  
Los ojos chispeando fuego,  
A herirla va. — De la luna

Penetrando los reflejos,  
Por la ventana, bañaban  
De Celia el rostro hechicero.  
Entónce, y cual si pudiera  
Manifestar sentimiento,  
De su querida guitarra  
Se tronzaron y rompieron  
Las cuerdas todas repente,  
Con son horrible jimiendo:—  
Trémula, inmóble, al ruido  
Soltó su mano el acero:  
Desarmólo la hermosura  
O quizá el remordimiento.  
¿Cómo no apiadarse al ver  
Tanta belleza? ¿Aquel seno  
Todo hechizos inefables?  
¿Aquellos lábios risueños  
Donde poco antes los suyos  
Enajenados bebieron  
Gloria indecible, torrentes  
De dulcedumbre y contento?  
¿Aquel ángel que fascina  
Como serpiente aun durmiendo?  
Dudó tal vez; mas miróla  
Con tan espantoso ceño,  
Con tan iracundos ojos

Que si á los suyos abiertos  
Halláran, hubiera sido  
Aquel su dormir eterno.  
Y con un mar de pasiones  
En el corazon soberbio  
Salió de allí, como el que huye  
De algun pavoroso espectro,  
Que su espíritu conturba,  
«—Pérfida Celia, diciendo;  
Mujer pérfida, no esposa,  
Yo descubriré el misterio  
De tus amores . . . entónces !  
Tiembla, como tigre fiero  
Despedazaré tu vida . . .  
Me gozaré en tu tormento . . .  
Yo me hartaré con la sangre  
De ese rival que detesto,  
Despues que este puñal mio,  
Vengativo y justiciero,  
Ese tu adúltero amor  
Vivo te arranque del pecho.»

## VI.

Celia en vela y llorando vió la aurora.  
Hermosa estaba; —palidez sombría,

Abatimiento, agitacion interna  
En su faz melancólica se pintan.  
Las intensas pasiones así al rostro  
Con señal indeleble estigmatizan,  
Dejando en la conciencia lacerada  
Rastro que no se borra, llaga viva,  
Gusano roedor que nunca muere,  
Noche llena de ensueños y tristísima.  
No habiendo amado nunca, el fuego todo  
De su robusta edad, vírjen ardia  
Allá en su corazon secretamente,  
Y se cebaba en él, y por sus fibras  
Insufribles ardores derramaba:  
Hasta que á impulso de pasion activa,  
Como impetuosa lava reventando,  
Devorase la trama de su vida;  
Hasta que otra alma ardiente y amorosa,  
Otra alma solitaria y peregrina  
Por misterioso acaso penetrase  
Los secretos de su alma enardecida.  
Hallóla al fin cuando el destino quiso,  
O su fatal estrella, y á sí misma  
Se dijo alborozada: «Hélo, Dios mio!  
El que yo ví en mis sueños noche y dia,  
El que á mi amor tus juicios destinaron  
Y me robó por siempre la desdicha;

Hélo el hombre que adoro» y desde entónces  
Quedó clavada en él su fantasía.  
Halló aquel corazon cuyos latidos  
A los del suyo tierno respondian,  
Aquel que para amar necesitamos  
Y sentir las dulzuras infinitas  
Que no es dado espresar á humana lengua,  
Y que al mortal los ánjeles envidian.  
Hallólo pero tarde, cuando á otro hombre  
Indisoluble vínculo la liga.  
Cuando la ley de Dios y de la patria  
Perjura, infiel á su conciencia gritan,  
Cuando amar era un crimen; y esta idea,  
Ante la cual su espíritu se abisma,  
Pone en lucha tremenda sus afectos;  
Porque en él sin cesar, estaba unida,  
Con la inefable imájen de sus sueños,  
Y despierta ó durmiendo ver la hacia  
El infierno con todos sus martirios,  
El Eden del amor con sus delicias.

## VII.

Un hombre el campo corria,  
Corria á la madrugada,  
En un caballo tostado.

De la agitacion de su alma  
Viva imájen; una furia  
Lleva asida en las entrañas,  
Y en el corazon soberbio  
Una vibora enroscada.  
Él huye, él huye furioso  
Y la espuela al bruto clava,  
Que las crines sacudiendo,  
Y echando espuma encarnada,  
Bebe el anchuroso espacio,  
Abre ufano nariz ancha, —  
Corre, corre, vuela, vuela,  
Se azora y la oreja para,  
Siente en el hjar las puas,  
Bufa, se encoje y se lanza,  
Caracoleando, y de un salto  
Zanjas y barrancos salva.  
El correr dobla sus brios,  
El aguijon le pone alas.  
¿Dónde van bruto y jinete?  
Dónde con presura tanta?—  
El uno á su amo obedece,  
El otro lleva en las ancas  
Un demonio que le acosa,  
Un demonio que le amaga  
Y le grita: «Iliere, hierc,

Tu honor insensato lava.»  
Él huye, él huye turbado,  
Ni echa en torno una mirada,  
Y en el aire enrojecido  
Solo vé sombras que vagan.  
Sangre le pide su honor,  
Sangre pide su venganza,  
Sangre balbuten sus labios,  
Sangre su soberbia ajada.  
¿Quién es?—de Celia el esposo.  
¿De quién huye?—de su rabia,  
De los vengativos celos  
Que en su pecho se levantan.  
Pero en vano, ellos le siguen,  
El espíritu le asaltan  
Y le gritan al oído:  
«Muerte á la perjura que ama.»  
Corre, infeliz, no te páres,  
Vasto es el campo; erizada  
Tu carrera está de abismos  
Y de agujones tu almohada;  
No hay sueño, no, para tí,  
No descanso para tu alma;  
Que las manchas del honor  
Ni aun con la sangre se lavan.

Sudando y lleno de polvo  
Vuelve el esposo á su casa.  
En los hijares del bruto  
Brotó sangre colorada,  
Y el corazón de su dueño  
Arde como viva brasa.  
Y por corredor sombrío  
Ciego penetra á la estancia  
De Celia, á tiempo que triste  
Su instrumento ella templaba,  
Su vihuela que era su ángel.—  
Ambos se miran y callan;—  
Ella tiembla y palidece  
Como si viera el fantasma  
De la muerte aparecerse  
Trayéndola una mortaja.  
«Celia ¡ que pálida estás !  
¿ Has pasado noche mala ?  
Tus ojos, Celia, han llorado  
¿ Podré yo saber la causa ? »

«—Tu semblante, esposo mio,  
Algo siniestro presajia . . .  
Si he llorado fué por tí . . .  
Oye una canción que espanta

Los tristes presentimientos  
Y las congojas aciagas.—»

Ven á mis brazos,  
Esposo mio.  
¿Porqué ese ceño  
Triste y sombrío  
Que da pavor?  
Ven y descansa  
De la fatiga,  
De los cuidados;  
Yo soy tu amiga,  
Yo soy tu amor.

Mira l mis ojos  
Por tí han llorado,  
Toda la noche  
Se han desvelado  
Tambien por tí.  
¿Por qué dejarme,  
Esposo mio,  
Si á tus enojos,  
Ni á tu desvío  
Causa no di ?

« Basta, basta, Celia mia;  
En tu voz y tus palabras  
Hay un talisman oculto,  
Hay una hechicera májia;  
Y en los melifluos sonidos  
De tu querida guitarra  
No sé qué, que de mi sangre  
La fiebre ardorosa calma; —  
Gracias te doy, mi Sirena,  
A tu vihuela doy gracias,  
Ella merece tu amor. . .  
Me voy á dormir, descansa. »

### VIII.

Coronado de espléndida diadema  
El luminar del dia se ocultaba  
En mar de resplandores, y la tierra  
Al quedar en tinieblas solitaria,  
Absorta y congojosa parecia.  
Ausente á la sazón de su morada  
El esposo de Celia, y perseguido,  
Acosado tal vez por el fantasma  
Terrible de su honor; entre el bullicio

Olvidar sus ofensas procuraba;  
Mientras Ramiro á la inocente Celia  
De su pasion funesta y temeraria  
Declaraba el misterio con acentos  
Tan llenos de ternura y de eficacia,  
Que á la misma virtud conmoverian.  
Celia fuera de sí, muda, ajitada;  
Por contrarios afectos, ni podia  
Repeler aquel hombre que idolatra,  
Ni su amor revelarle; mas sus ojos  
El secreto de su alma traicionaban.  
Pero al fin le responde: «Huye, Ramiro,  
Y respeta la paz de mi morada;  
Ten piedad de mi estado; soy esposa,  
El deber, el honor, una muralla,  
Un abismo insondable han interpuesto  
Entre mi amor y el tuyo, y la venganza . . .  
La justicia de Dios nos está viendo . . .  
Huye, Ramiro, y mi inocencia salva.»  
«—Celia divina; el corazon me parte  
Ese fiero rigor que á la constancia  
De pasion indomable é infinita  
Opone tu virtud; déjame, ingrata,  
De amor hablarte por la vez postrera,  
Déjame aquesta dicha soberana  
De pensar en tu amor, ¿ por qué tus ojos

Ante los míos puso la desgracia?  
¿ Por qué tu canto oyera y la armonía  
De aquella tu dulcísima guitarra?  
¿ Por que no fuí insensible á tus encantos?  
Oyelo y lo sabrás:—cuando dos almas  
Nacieron para amarse, ellas se buscan,  
Y hasta encontrarse sin destino vagan;  
Pero ¡ah de ellas si tarde! porque entónces  
En vez de glorias infortunios hayan,  
En vez del Cielo Infierno; así, la mía  
Buscó la tuya, hasta que en hora infausta  
La encontró al fin; no quieras la maldiga,  
No me quites, oh Celia, la esperanza,  
No me quites tu amor, porque es mi vida;—  
¿ Negaría tu mano un poco de agua  
Al mísero sediento, y tú me niegas  
El inocente don de una palabra?  
Pronuncie amor tu labio una vez sola,  
O muera yo de amor pues inhumana,  
Te gozas en mi mal:» — así Ramiro  
Decía á Celia, y la elocuencia rara  
De la pasión brotaba por su rostro.  
¡Lenguaje misterioso que las almas  
Comprenden en silencio! Y como absorto,  
Colgado de su boca y sus miradas  
Permanecía mudo. Ella mas tierna

Y con lánguidos ojos contemplaba,  
Como engolfada en piélago de afectos,  
Aquel hombre rendido allí á sus plantas,  
Que era el Dios de su amor, á quien perjuro  
Su débil corazon incienso daba,  
Aquel amable seductor que tierno  
Besa y estrecha sus ardientes palmas,  
Aquel ángel benigno que le ofrece  
El tesoro de amor que ella buscaba,  
Y la pide tan solo en recompensa  
De esperanza y consuelo una palabra:  
Y rendido á un hechizo misterioso,  
Que sus potencias débiles enlaza,  
Sentia desmayar su fortaleza,  
De su esposo y sí misma se olvidaba,  
Y su entreabierto labio parecia  
Querer articular una palabra,  
Palabra celestial que apenas osa  
Pronunciar el pudor cuando mas ama.  
Pero á la puerta asoma de repente  
El esposo ofendido que velaba;  
Ojos de fuego vibra aterradores  
Sobre aquellos incautos, y se lanza  
Como el tigre feroz sobre la presa  
Con puñal que en su diestra arroja llamas,  
A traspasar á Celia;—mas Ramiro

Al ver la arma siniestra se levanta  
Lleno de indignacion; el fiero golpe  
Detiene con su brazo y lo desarma;  
Y al punto Celia cae, con ay ! profundo  
Con ay ! del corazon que á entrambos pasma.  
Y entonces ¡ oh Dios ! cual si armonía oculta  
Existiera entre Celia y su guitarra,  
Reventaron las fibras con violencia,  
Y fúnebre suspiro, queja infausta  
A par de ella exhaláron. ¿ Se heló acaso  
El afectuoso pecho que arrancaba  
A su forma insensible acentos vivos,  
Y de su dulce voz cesó la májia,  
Cesó con la de Celia ? Así es la vida,  
Delicado instrumento que derrama  
Torrentes de armonia, ecos sublimes  
Al soplo de pasiones inflamadas;  
Mas si ellas no lo animan, enmudece,  
O exalando un suspiro se quebranta.

---



## SEGUNDA PARTE

### I.

Hay á mas del esterno que los sentidos palpan  
Un mundo misterioso sin forma ni color,  
Mundo que presentimos y que sin duda existe  
Porque nos cerca y mueve su infatigable accion.

Un mundo de armonias, de fuerzas que difunden,  
Fluyendo de la vida, la actividad do quier,  
De ocultas simpatías, magnéticas influencias  
Que obran bajo el imperio de inescrutable ley.

Cadena imperceptible que el ser al no ser liga,  
La materia al espíritu y la natura al yo,  
Y uniendo de las almas los intimos afectos,  
En relacion nos pone con lo animado y Dios.

Eléctrica sustancia que al universo abarca,  
Emanacion divina, espíritu sutil;—  
Misterios son de un mundo que el ojo no percibe,  
Y la razon en vano pretende concebir.

La voz de la conciencia á veces nos lo anuncia,  
A veces lo adivina profeta el corazon,  
A veces el poeta columbra sus prodijios,  
Les da visible forma su soplo enjendrador.

¿ Por qué al mirar la luna, surcando majestuosa  
En carro de zafiros el firmamento azul,  
Cuando el aura embalsama el lecho donde el Plata  
Dormita bajo pálio de transparente luz,

Estáticos probamos deleite indefinible,  
Gozamos de la calma que reina en derredor,  
Los ecos escuchamos de música inefable,  
Vivimos de la vida que anima la creacion ?

Mil lenguas ella tiene, mil voces que nos hablan  
Vagamente de gloria, felicidad y amor;  
Su vida es armonia, y cada eco que exhala  
Despierta en nuestras almas sonora vibracion.

¿ Porqué cuando se goza nuestro ánimo tranquilo  
Fatal presentimiento lo viene á atribular,

Y el jemido lejano del corazón que amamos  
Llega á turbar del nuestro la solitaria paz ?

¿Por qué al ver la hermosura en rostro de quince años,  
La sonrisa inefable del virjinal pudor,  
Purificada el alma sentimos como si ella  
Emanaciones puras transpirase de Dios ?

¿Por qué nos arrebatada la inspiración del jenio,  
Un acto de heroísmo, de amor ó de virtud,  
Y la belleza tiene tan poderosa májia  
Que á la vejez helada palpitar hace aun ?

La vida es la armonía; nuestra alma un instrumento  
Que vibra unisonante con la obra del Creador;  
Pero se rompe-frájlil y disonantes ecos  
Exhala destemplada su solitaria voz.

Del instrumento entónces las fibras enmudecen,  
O al aire dan en vano su lánguido jemir;  
La vida es como antorcha que en medio de un sepulcro  
Sin pábulo arde mústia para extinguirse al fin.

Celia es esa antorcha que arde  
En solitario sepulcro,  
Ese instrumento que exhala  
Solo acentos jembundos.

No ha muerto porque palpita,  
Inarmónico y convulso,  
El corazón que la diera  
Dios para tormento suyo;  
Pero ha muerto para sí,  
Para los otros y el mundo;—  
Ha muerto para sus ansias,  
Para sus deleites puros,  
Para sus vanas quimeras  
Y sus desengaños crudos.  
Si vive aun, es su vida  
Bajel náufrago sin rumbo,  
Que vaga á merced del viento  
Por el piélago profundo.  
Si vive aun, es su vida  
Como la de esos arbustos,  
De hoja mústia y verdi-negra,  
Que no dan ni flor ni fruto,  
Porque su seca raiz  
No encuentra en la tierra jugo.  
Si vive aun, es su vida  
Sueño febril y confuso  
Con paroxismos de calma,  
Letargo de un moribundo;  
Luz que agoniza y se aviva  
De aura fugaz al impulso.

Su labio, donde sonrisa  
Fascinadora Dios puso,  
Y melodías tan tiernas,  
Hoy inespresivo, mudo,  
Lívido está; y del silencio  
Parece el marmóreo busto.  
Si articula, son palabras  
Vagas sin sentido alguno  
Que nadie entiende, algun nombre  
Desconocido y oscuro;  
O si tal vez en su mente  
Pensamientos importunos  
Brotan, pasan y revuelven,  
Y allí luchan en tumulto,  
Como las olas del Plata  
Cuando se ajita iracundo,  
Nadie lo sabe;—si ve  
En sus delirios nocturnos,  
Negras horribles visiones,  
Hondos abismos desnudos,  
Nadie lo sabe, porque ella  
Nunca lo dijo á ninguno.  
Nadie sabe las tormentas,  
Los devaneos confusos,  
Las congojas y pasiones,  
Ni los martirios agudos

Que aquella alma de mujer  
Desgarráran uno á uno.

Pero los que la rodean  
Dan respeto á su infortunio;  
Porque en los pechos humanos  
La compasion es un culto;  
Y solo ven que su rostro  
Está blanquecino y mústio  
Como el lirio que arrancaron  
Frívolas manos por gusto;  
Que desgreñados ahora  
Flotan sus cabellos rubios  
Por su nevada mejilla,  
Espalda y hombros ebúrneos:  
Que ya no hay galas para ella,  
Vestidos, joyas de lujo,  
Tocador ni pasatiempos,  
Risas ni saraos del mundo.  
Y que aquel airoso cuerpo,  
Cabizbajo y taciturno,  
De albo ropaje vestido,  
Lleva alto é inseguro  
Do quier el pié; y ora absorta  
Clava la vista en un punto,  
Y allí está como atraída

Por algun prestigio oculto;  
Ora al cielo la levanta,  
Remueve el cuello desnudo,  
Y otra vez el lento paso  
Mueve sin designio alguno.  
Solo notan en sus ojos,  
Antes tan bellos y puros,  
Como chispas que relumbran  
Mirar fijo y vagabundo:  
Y que de ellos brota á veces  
Como por violento impulso,  
Una gota transparente  
De lava del pecho suyo, —  
Lágrima que en su mejilla  
Deja al caer vivo surco.  
Solo saben que su nombre  
Anda en la boca del vulgo,  
Y que lenguas femeniles,  
Dardos que hieren ocultos,  
Cuentan que el esposo airado  
La ha condenado á repudio.  
Solo ven que la señala  
Como criminal al mundo.

Pobre Celia ! la deshonra  
A mas de horrible infortunio !

Pobre Celia! haber sufrido  
El destino que te cupo  
Con resignacion virtuosa,  
Consagrado el amor tuyo,  
Y tu juvenil belleza  
A un esposo, al hombre adusto,  
Que para tí no creara  
Sin duda Dios; y en tributo  
Hoy desdicha y deshonor  
Sobre tí descarga el mundo;  
Sin piedad aniquilando  
Tu porvenir en su orgullo.

Y sin embargo ese crimen  
No fué tal vez crimen suyo.  
Su alma pura é inocente  
Firme en su fé se mantuvo.  
Quizá allá su fantasía  
Ardientes deliquios tuvo;  
Tuvo sueños insensatos  
Y pensamientos impuros;  
Quizá allá su corazon,  
Virgen y tierno, no supo  
Amurallarse á la lengua  
Del seductor impörtuno;  
Quizá amó; pero el secreto,

Para mal é infierno suyo,  
En sus entrañas ardientes  
Lo enterró como en sepulcro.

Y ese crimen de conciencia,  
Que juez implacable y justo  
Lleva en sí mismo el culpable,  
Necio lo castiga el mundo.

## II.

Ramiro es infeliz; en sus entrañas  
Raices ha echado la pasión vivaz.  
La pasión insensata que debía  
Rastro indeleble en su ánimo dejar:—  
Ella le roe, y le consume el pecho,  
Atiza en él abrasador volcán,  
Le hace olvidar deberes sacrosantos,  
Absorbe su vivir y actividad.  
Si antes tranquilo y delicioso sueño  
Encontraba y placer en el hogar,  
Hoy su lecho es un potro de tormento,  
Su albergue un calabozo sepulcral.  
Si antes la risa de su amable labio  
Era para las bellas talisman,

Y en tertulias, festines y paseos  
Sabia voluntades conquistar,  
Hoy solitario, taciturno y triste  
Asombro inspira, ó compasion no mas.  
Si ayer noble ambicion, sueños de gloria  
Alimentó su pensamiento audaz,  
Hoy la ciencia y los libros menosprecia  
Que refrijerio á su pasion no dan.  
Si oyendo las aéreas armonias,  
Cuando la luna derramando va  
Su luz benigna en la dormida tierra,  
Idealizaba el bien y la verdad;  
Hoy la vasta creacion para-él no tiene  
Sino ecos de presajio funeral,  
Que el mundo suyo es la mujer que adora  
Y de ese Eden no gozará jamás.  
Pero ansioso la busca y no la encuentra,  
Desde aquel dia á entrambos tan fatal;  
Pregunta en vano y nadie satisface  
Su devorante amor y su ansiedad.  
Do quier en tanto ánte los ojos suyos  
Hermosa, viva, encantadora está,  
Do quier á Celia ve, y sobre su pecho  
La hoja brillar de matador puñal:—  
Hierve entónce su sangre, y la venganza  
Se levanta en su pecho colosal,

«Muerte, grita, primero al asesino,  
Yo soy de Celia el ángel tutelar.  
Era su esposo, sí, y deleite torpe  
Beber pudo en su labio virjinal;  
Pero por él no palpitó su pecho,  
Ni su alma pura poseyó jamás. —  
Ella es mía, lo sé. ¿Quién á mi anhelo,  
Quién oponerse á mi pasión podrá?  
Yo la quiero, ella me ama, muera el necio  
Que nuestro amor pretenda separar.»

Y contra un imposible va á estrellarse  
Este impulso de su alma criminal,  
Como se estrellan en erguida roca  
Gigantes olas de bravío mar.  
Y frenético va, viene, se ajita,  
Corre las calles de la gran ciudad,  
Monta á caballo, é impresiones nuevas  
Frenético dó quier buscando va.

Pero en vano procura el insensato  
La fiebre de su espíritu calmar,  
Envolverlo en el vértigo y fatiga  
Del movimiento activo corporal,  
Si dó quier, á toda hora, cada día  
Hierva en sus venas la pasión voraz,

Y su querer gigante va á estrellarse  
Como en la roca el tempestuoso mar.

Y así de pasiones lleno  
De deseos temerarios,  
Para aturdirse un momento,  
Monta una tarde á caballo.  
Era una tarde de aquellas  
Deliciosas de verano,  
Cuando el viento de la Pampa  
Templa del calor los rayos;  
Y á las orillas del Plata  
Trae las aromas del campo;—  
Cuando el aire es tan vital  
Tan transparente y liviano  
Que expansion indefinida  
Parece quiere elevarnos,  
Y deseos infinitos  
Brotan en la mente y vagos:—  
Cuando la vida rebosa,  
Hierva en todo lo animado,  
Y fermentan las pasiones  
En el corazón lozano.  
Y en esa tarde Ramiro,  
En un tordillo bizarro,

Por la calle de *Barracas*<sup>4</sup>  
Cruzaba á galope largo,  
Envuelto en nube de polvo  
Que levantaban los cascos  
Del animal que fogoso,  
Impaciente como el amo,  
Anchas narices abria  
Para sorberse el espacio.  
Grupos varios de jinetes,  
Damas á pié ó cabalgando,  
Arboledas, caserías,  
Todo atrás iba dejando  
Ramiro, sin que un momento  
Nada pudiera distraerlo;  
Porque en su mente hormiguea  
Informe, pero animado,  
Un mundo.—Lleva el sombrero  
Sobre la vista inclinado,  
Porque lastima la luz  
Su ardiente pupila acaso,  
O porque ella de la noche  
De su espíritu es sarcasmo;  
Pistolerás al arzon,

4. *Barracas*—Nombre de una vasta calle de paseo poblada de hermosas quintas, que conduce al riachuelo del mismo nombre, en cuya orilla hay desde tiempo inmemorial grandes almacenes para depósito de cueros, llamadas en el país *Barracas*.

Frac azul, pantalón blanco  
Lleva, y espuelas que dán  
Jigante brio al caballo.  
Pronto el puente de Barracas  
Atravesó galopando;  
Prendió al bruto las espuelas  
Y tomó por suyo el campo.  
Nada detiene la furia  
De su correr, ni pantanos  
Ni barrancas, ni bajíos;  
Nada á su ardor pone espanto,  
Que ciego va y al destino  
Desafia temerario  
Quien para luchar con él  
Tiene voluntad de mármol.  
Y así que sintió en los brios  
Del noble bruto desmayo,  
Llegó á una quinta cercana,  
Sin designio meditado,  
Cuando el sol plácidamente  
Se escondía en el ocaso.  
Ató al palenque <sup>1</sup> la brida  
Del animal trasijado,  
Y subió por escalones

1. Palenque - Pequeña estacada de gruesos maderos trabados horizontalmente, en la cual se ata la soga ó la brida del caballo. Los hay generalmente á la entrada de toda casa de campo.

Hasta el caserío vasto.  
De alto cuerpo y bella vista,  
Sobre un terraplen fundado,  
Donde á la sazón no había,  
Al parecer, sino criados.  
Al pisar allí, un recuerdo  
Atravesó como dardo  
Por su mente; aquella quinta  
Era, aquel sitio encantado  
Donde por primera vez  
Vió de Celia los encantos,  
Donde la dicha perdió  
De sus juveniles años,  
Bajó el terraplen de nuevo  
Y hácia un bosque de duraznos,  
No muy distante de allí,  
Se encaminó á lento paso;  
Luego entró á una angosta calle  
De álamos copudos y altos,  
En cuyo extremo flameaban  
Del sol los últimos rayos.  
De hojas secas y de flores  
El suelo estaba regado,  
Y mezclando su fragancia  
Las mosquetas y los nardos,  
Y las rosas se mecían

En sus ramas y sus tallos.  
Pensativo se detiene,  
O camina à lento paso,  
Que el aroma de las flores  
Le tiene como embriagado.  
Aquí ó allí despues nota  
En el tronco de los álamos  
Cifras de amor que amadores,  
Felices tal vez grabaron,  
Y algunas borradas ya  
Por haber crecido el árbol.  
« Frágiles memorias son  
Que al pasar necios dejamos,  
Creyendo vivirán mas  
Que nuestros amores vanos.»  
Dijo para sí y camina  
Pensativo y ajitado  
Hasta llegar al extremo  
De la calle, por do manso  
El Riachuelo <sup>1</sup> se desliza  
Del gran Plata tributario.  
Sombreadan su fresca orilla  
Viejos sauces agobiados,

1. Riachuelo— En español es nombre genérico de todo pequeño río; en Buenos Aires apelativo de la única corriente que por las cercanías de esta ciudad desagua en el Plata. Tambien le llaman riachuelo ó río de Barracas.

Jóvenes retoños suyos,  
 Acacias, higueras y álamos. . .

. . . . .  
 . . . . .

Allí en la grama se sienta,  
 Y sobre el codo apoyado  
 Vé delante que, al pasar  
 Las aguas remolineando  
 Pliegues y círculos forman  
 En la honda olla de un remanso;  
 Y que hojas, ramas y peces,  
 Cadavéricos y blancos,  
 Envuelve allí el remolino,  
 Se hunden y salen flotando,  
 Para volverse á perder  
 En el remolino manso,—  
 —« Asi son mis esperanzas,  
 Mis deseos insensatos,  
 Y las pasiones que bullen  
 En mi pecho temerario—  
 Hervidero de agua viva  
 Que hondo abismo vá tragando. . . »  
 Pensó Ramiro. Del sol,  
 En el horizonte claro,  
 Brillaba aun transparente  
 La diadema de topacios,

Y el crepúsculo en la tierra  
Iba lento derramando  
Aquella luz misteriosa,  
Aquellos tintes opacos  
Que á los objetos imprimen  
Contorno indeciso y vago.  
Las auras quietas dormían  
En sus aéreos palacios,  
Todo era calma y silencio,  
Todo misterio aquel cuadro;  
Todo armonía y reposo  
En aquel sitio encantado,  
Do solo á veces se oía  
Del agua el murmullo blando,  
De la tórtola el arullo  
O el jemido solitario. . . . .

## III .

Ramiro entónces sintió  
Bajar refrijerio á su alma,  
Participó de la calma  
Que reinaba en derredor;  
Y por la primera vez

Miró serena su mente  
Su desventura presente,  
Lo insensato de su amor.

« Manso río ! quién dichoso  
De tu fortuna gozara !  
Del animado reposo,  
De tu amena soledad !  
Quién viera correr su vida  
Como la tuya serena,  
Por una márjen florida,  
Libre de la tempestad !»

« Yo tambien feliz vivia  
Cuando Dios quiso, y creaba  
Mi risueña fantasia  
Sueños de felicidad:  
Yo tambien gozaba ayer  
De esa tu calma que envidio,  
Porque hoy con la furia lidio  
De gigante tempestad.»

« Sin duda Dios, en mal hora,  
Me dió indómitas pasiones,  
O de locas ambiciones  
Jérmen fatal puso en mí;

Por que hoy abriga un infierno  
Mi cabeza, donde lucha  
Lo mundanal y lo eterno  
Con ardiente frenesí.»

« ¿ Por qué la vi ? Porqué al verla  
Nació en mí un incendio al punto ?  
Por qué vi en ella un conjunto  
De perfeccion ideal ?  
Por qué funesto destino  
La puso ante mí tan bella,  
Para que incauto por ella  
Sintiese amor criminal ? »

« Criminal sí, lo confieso,  
Lo conozco, pero tarde;  
Por que ¿ quién la lava que arde  
Puede apagar del volcan ?  
Quién desarraigar del pecho  
Esta pasion que me absorbe,  
Y de ella solo en el orbe  
Hace centro de mi afan ? »

« Harto pago mi delito,  
Si fué delito el quererla,  
Si ciego ingnoraba al verla  
Fuese de otro la mujer;

Harto lo pago si doy  
El reposo de mi vida  
A una esperanza mentida  
A un amor que no ha de ser. »

« ¡ Oh naturaleza bella !  
Yo comprenderte sabia  
Cuando entre tu alma y la mia  
Vivo concierto existió;  
Pero hoy instrumento mudo  
Eres para mí, y no puedo,  
Cuando de mí mismo dudo,  
Concebir tu vida yo !

« Centro creador de armonía,  
En el gran todo, y señor  
El hombre me parecia  
De este sublime jardín;  
Pero hoy enigma sin nombre  
Me parece el universo,  
Donde en tinieblas el hombre  
Marcha ignorando su fin.»

«Así yo incierto divago,  
Sin una luz que me guie,  
En pos de algo que sonrie  
A mi ardiente corazon;

Y cuando sonde en mí mismo  
 Horrorizado y diluso,  
 Solo descubro un abismo  
 De muerte y tribulacion.»  
 Estos y otros pensamientos,  
 Como recuerdos amargos,  
 Por la mente de Ramiro  
 Rápidamente pasaron...  
 Era la noche; adios, dijo,  
 Adios al riachuelo manso,  
 Y se fué hasta el caserío  
 Pensativo y cabizbajo.

## I V.

Serena estaba la noche,  
 El firmamento estrellado,  
 Y aromas puros traía  
 Fresca la brisa del campo.  
 Ramiro en el corredor  
 Del caserío, sentado  
 En un gran sillón vetusto  
 De gusto anterior á Mayo; <sup>1</sup>

1

De gusto anterior á Mayo.

En Mayo de 1810 se inauguró en el Plata la revolución de la Independencia. Antes de esa época muebles, trajes, modas, todo era de gusto severamente español; despues de ella, el comercio libre trajo al país objetos labrados al gusto de otros pueblos europeos, y el gusto del país en materia de cosas de ornato y comodidad se fué modificando y mejorando sucesivamente.

Puesta la mano en su frente,  
Su codo firme en el brazo,  
Cavilaba, revolvía  
En su espíritu ajitado  
Quizá planes de venganza,  
Pensamientos temerarios.  
Do quier su pasión hallaba  
Invencible algún obstáculo,  
Y crecía como crece  
Torrente que no halla paso,  
Y rebosá y se desploma  
Todo en su furia arrasando.  
Y veía desde allí,  
Alzando la vista á ratos,  
Brillar luces vagabundas  
O eclipsarse en el espacio;  
Y oía el ronco chillido  
De los grillos y los sapos,  
El graznido repentino  
De los vijilantes gansos,  
El balar de alguna oveja  
O el relincho de un caballo,  
Cuyos disonantes ecos  
Confundidos y mezclados,  
Una música formaban  
Capaz de poner espanto

Al hombre ménos dispuesto  
 A sueños de visionario.  
 Y en esto que allí Ramiro  
 Proseguía cavilando,  
 Una criada de la casa  
 De pelo y rostro africano,  
 Que cariño le tenia,  
 Vino y le dijo despacio:

« Mi amito ¿ qué no se acuesta ? »

— No, todavía es temprano. —

« Temprano, y las once ya  
 En el Cabildo sonaron ! »<sup>1</sup>

— ¿ Se han oido ? —

« Sí, señor,

El Norte está ahora soplando. »

— Sí serán, pero yo estoy  
 Esta noche desvelado. —

« Mi amito; ha visto la luz ? »<sup>2</sup>

1

; Temprano, y las once ya

En el cabildo sonaron !

En la torre del edificio donde en otro tiempo se congregaba la municipalidad ó cabildo de Buenos Aires está el reló de la ciudad, cuya campana cuando sopla el viento del Norte se oye á mas de legua hácia el Sud. El viento Norte en el rio de la Plata produce congestiones cerebrales y predispone el ánimo á los sueños y fantásticas visiones.

2

Mi amito, ¿ ha visto la luz ?

Amito—Espresion de cariño y respeto con que denominan los criados de color á los hijos de sus amos y en jeneral á toda persona jóven que no es de su clase.

Luz—Nombre que dan en el Plata á las exhalaciones fosfóricas ó fuegos fatuos. La gente vulgar y preocupada se imaginan que son ánimas en pena de personas asesinadas ó muertas sin confesion.

— ¿Qué luz ? —

« La que anda vagando  
Allí en el potrero viejo <sup>1</sup>  
En las noches de verano. »

— ¿ Que luz es esa ? —

Es el alma  
De un hombre que allí matáron. »  
— Vete, tonta, esos son cuentos  
Que forjó algun visionario. —  
« No, mi amito, es realidad.  
El marido era hombre malo  
Y allí dió de puñaladas,  
Un dia que andaba arando,  
Por celos de la mujer,  
Al peon quintero del amo; <sup>2</sup>  
Y desde entonces allí anda  
La ánima suya penando;  
A las once se aparece,  
Y ya las once sonaron;  
Por eso á esta hora ninguno

Allí en el potrero viejo

Potrero—Estension de campo zanjeada para encierro y pastoreo de caballos; cuando se destina á siembras ó se abandona se llama potrero viejo. Son lugares adonde naturalmente abundan luces ó fuegos fátuos.

2

Al peon quintero del amo

Peon quintero—Jornalero que trabaja en la labranza de la quinta. Amo— el dueño y señor de casa y servidumbre.

Se atreve á andar por los álamos, <sup>1</sup>  
 Ni á mirar;—yo voy ahora  
 A rezarle mi rosario.»

Dijo y se fué, y en la silla  
 Quedó Ramiro abismado;  
 Que aquellas palabras eran  
 De su conciencia presajio,  
 Recuerdo horrible para él  
 De cosas que le pasaron.  
 Y en el cuento de la tia <sup>2</sup>  
 Siguió Ramiro cismando,  
 Y continuaba el chillido  
 De los grillos y los sapos,  
 Y las <sup>3</sup> linternas brillantes  
 En la oscuridad vagando.  
 La luz, ardiendo en la sala,  
 Vertia trémulos rayos  
 En el corredor oscuro,

Por eso á esta hora ninguno  
 Se atreve á andar por los álamos

La calle de álamos por donde Ramiro se pasó esa tarde pasaba contigua al potrero viejo, lugar donde a parecía la luz: por cuyo motivo ningún morador de la quinta se atrevía de noche á cruzarla ni mirar hacia ese rumbo.

2 Y en el cuento de la tia

Tía—Lo mismo que negra vieja.

3 Y las linternas brillantes

Linternas—Insectos fosfóricos de luz intermitente y alijeros que abundan en las noches serenas de verano. Son las luciérnagas de España.

Triste, silencioso y largo,  
Donde Ramiro tan solo  
Cavilaba desvelado:  
Entró á ella, y una vihuela  
Tomó allí de sobre el piano,  
Volvió á su asiento y despues  
De preludiar un buen rato,  
Cantó aquella melodía,  
Tierna y de eficaz halago,  
Que llorar hace á las bellas,  
Y en el alma deja rastro:  
—El desamor, ó el jemido  
De un corazon solitario—  
Y se quedó pensativo,  
Con la guitarra en la mano.

Oyó entónces un ruido  
Aproximarse liviano;  
Miró y vió ! horrible vision !  
Al resplandor de los rayos  
Que salian de la sala,  
Acercarse un bulto blanco  
De esbelto y airoso talle;  
El cabello desgredado  
Y en trenzas por las mejillas  
Y por los hombros ondeando.

Y Ramiro en el sillón  
Se quedó petrificado.

Y el bulto llegó pasito,  
Y se paró allí á mirarlo  
Cara á cara, sonriendo;  
Y en su bello rostro blanco  
Sus ojos fascinadores  
Brillaban como dos lámpos,  
Que en los de Ramiro fijos  
Poder ejercían mágico.

Y Ramiro en el sillón  
Lo vio petrificado.

Y aquel bulto de mujer  
Alzó su nevada mano;  
Un dedo lleno de anillos  
Puso en su marchito labio,  
Y le dijo: « ¡ Calla ! Calla !  
Mira ! me han traído al campo,  
Porque en él crecen las flores  
Y las flores se han secado. »

Y Ramiro en el sillón  
La vio petrificado.

— « Oye, la lechuza chilla,  
Su grito es de mal presajio. . . .  
Dicen que ayer los amigos  
Al cementerio llevaron  
Su cadáver; pero su alma  
Anda por aquí penando;  
Porque hermana es de la mía:  
Su voz me llama y su canto. — »

Y Ramiro en el sillón  
Lo oía petrificado.

Rezále alguna oración;  
Los muertos no son ingratos;  
Los muertos tienen memoria,  
Los vivos olvido y llanto.

Yo me voy á recoger  
Flores para él por el campo. »

Y aquel bulto de mujer  
Todo vestido de blanco  
Se perdió en la lobreguez  
Del corredor solitario.

Y Ramiro en el sillón  
Quedó inmóvil y desmayado.

## V.

Si lo que vió Ramiro aquella noche  
Fué febril y fantástica vision,  
Si fué la vana sombra ó la apariencia,  
De la bella mujer que idolatró;  
Si vió su rostro vivo y su mirada  
Y oyó de Celia la hechicera voz,  
Sin duda lo sabrán los corazones  
Que penetran misterios del amor.  
Pero jamás de la memoria suya  
El recuerdo terrible se borró  
De aquella noche borrascosa y triste  
De aquella vaga y funeral vision.

---

## TERCERA PARTE.

### I.

La vida del esposo es un misterio  
Desde que á Celia sorprendió y Ramiro;  
Nadie en las calles divisó su rostro,  
Ni tampoco le vieron sus amigos.

Su casa ántes alegre y concurrida,  
De la abundancia y de la paz asilo,  
Que hacian mas risueño y agradable  
De una bella mujer los atractivos,

Hoy solitaria está, siervos y criados,  
De triste ceño y ademan esquivo  
La habitan solo, y su exterior refleja  
La tristeza que reina en su recinto.

Si alguno por sus amos les pregunta  
Solo responden: — «para el campo han ido,»  
A importunas preguntas dan silencio,  
Su labio no revela lo que han visto.

Se eclipsó el sol de la morada aquella,  
De ella por siempre se apartó el hechizo;  
Cayó el Dios tutelar que la escudaba  
Como un ángel rebelde en el abismo.

Que la sonrisa de mujer hermosa,  
De su voz tierna el singular prestigio,  
Cuando el amor en él une las almas  
Convierten el hogar en paraíso.

Pero en aquel hogar si hubo contento  
No bajó al corazón enardecido  
De la infeliz mujer que en torno suyo  
Lo derramaba sin cesar benigno.

Todos allí gozaban; el esposo,  
Los esclavos, los deudos, los amigos  
Su simpático amor: todos la influencia  
De su amable virtud y su cariño.

Solo ella era la víctima inocente  
Condenada á perpetuo sacrificio;

Solo ella era infeliz porque no amaba  
Al hombre á quien la uniera su destino.

Por eso pronto huyó de aquel albergue  
A par de ella el contento fujitivo,  
Y se alejó el esposo que en infierno  
Lo encontró de repente convertido.

Aquel techo lo abrumba, no respira  
Sino ambiente letal en su recinto;  
Parécele que gigantescas voces  
« Huye, le gritan, de este hogar maldito. »

Y que escucha estruendosa carcajada  
En las salas sonar del edificio,  
Como si burla á su impotente rabia  
Hiciese á su dolor jenio maligno.

Allí ve el nupcial lecho, viudo ahora,  
Donde apuró deleite indefinido,  
El sofà do con ella reposaba,  
El tocador, sus joyas y vestidos.

Allí vé su retrato; do quier rastros  
De la mujer que amó y ama ofendido;  
El jardin donde juntos se recreaban,  
Las flores que atraian su cariño.

Por eso huye de allí, que esos objetos  
Hieren su corazón en lo más vivo,  
Su vergüenza le pintan é infortunio,  
Le recuerdan la dicha que ha perdido.

Y á veces le parecía  
Que del hogar doloridos  
Se levantaban mil ecos  
Agrios á reconvenirlo,  
Y le decían «¿ qué has hecho,  
Insensato, en tu delirio,  
De la mujer que fué siempre  
Anjel de tu hogar benigno ?  
¿ Porqué nos privaste de ella,  
De su sonrisa y cariño,  
Corazón de duro bronce,  
Hombre del cielo maldito?»  
Entónces á pesar suyo  
Siente el pecho enternecido,  
Y una lágrima de fuego  
Brotar, y un hondo suspiro;  
Porque pasión desbocada  
Lo arrastró á ese precipicio,  
Donde caerán despeñados  
Celia también y Ramiro:

Que en una misma balanza  
Pesó el cielo sus destinos.  
Pero en las calles el rostro  
Del esposo nadie ha visto,

Porque él en cada mirada  
Creería hallar un testigo,  
Un juez en cada conciencia,  
En cada lengua un indicio;  
Que le increpasen tremendos  
Su deshonra ó su delito.  
Ni quiere dar que reir  
A los corazones frívolos,  
O que el sarcasmo lo aceche  
Para lanzarle sus tiros,  
O que al pasar por la calle  
Levantándose maligno,  
Algún dedo lo señale  
Diciendo:— « allí va el marido. » —

Por eso se oculta y marcha,  
Bajo el velo del sijilo,  
Revolviendo en su cabeza  
Mundo de ideas sombrío.  
En tanto en el corazón  
Lleva su dolor esquivo,  
Y su impotente venganza,

Y su furor escondido;  
Y no encontrará solaz,  
Sueño en su almohada tranquilo,  
Hasta que haciendo esplosion  
Muerte fulmine ó castigo.

Que la pasion vivaz irrealizada,  
Aunque vea delante horrible abismo,  
Vela febril, infatigable marcha  
Jigantesca y tenaz á su designio.

## II.

Hay horas de silencio y de recojimiento  
En que dormida el alma cansada de afanar,  
En que la ardiente lucha del corazon se calma,  
Y replega sus alas el pensamiento audaz.

En que ébrios los sentidos, la carne adormecida  
De nuestro yo conciencia, ni del mundo exterior  
Tenemos, ni las formas ni los colores vemos,  
Ni los ayes oimos, ni el terrenal clamor.

Despiertos no sentimos, entónces, ni pensamos,  
Tan solo vejetamos, vivimos sin vivir;

No hay ansias, ni deleites, ni locas ambiciones,  
De las pasiones cesa la agitacion febril,

Entónces no sufrimos, ni tampoco gozamos,  
Porque latente yace la actividad del ser,  
Porque si vuela el tiempo para nosotros raudo,  
El peso de sus alas no abrumba nuestra sien.

Dichosos, si durasen las horas de ese sueño  
Como duran y vuelven las del sueño comun;  
Pero ah! que ellas no tienen para curar el alma,  
Ni darle refrigerio balsámica virtud.

Es el vértigo fatal  
Que del ánimo se ampara  
Cuando el corazon convulso  
La sangre á torrentes lanza,  
La embriaguez del sentimiento,  
O aquella aparente calma  
Que sigue á las convulsiones,  
De la pasion desbocada.  
Y en este estado Ramiro  
Se mantuvo en su morada,  
Horas felices para él,  
Si una eternidad duráran.  
Cayó rendido al embate

De impresiones tan estrañas,  
De tan violentos afectos,  
Su voluntad temeraria;  
Pero despertando al fin  
Mas robusta se levanta  
Para oponer al destino  
Su gigantesca pujanza.  
Entónces en su memoria  
Tomaron forma animada  
Las escenas de la quinta,  
Cuanto allí vió y escuchara.

« Ella era, ella era, se dijo,  
Y no su apariencia vana  
La que vi; de ella sin duda  
Las misteriosas palabras.  
Y la infeliz me cree muerto  
A manos de la venganza  
Del esposo, piensa en mí,  
Me busca, me llora y me ama.—  
Y por mi amor ha perdido  
La razon, y voces vagas  
Aquella boca divina  
Solo inarmónica exhala.  
¡ Dios mio ! Dios mio ! otorga  
El temple del bronce á mi alma,

Ilumina mi razon,  
Porque la pasion me arastra.  
¡ Ella infeliz por mi amor,  
Y en el campo abandonada !  
Su nombre en lengua del vulgo  
Que al infortunio disfama !  
Oh ! mi cabeza se pierde  
De este mar en la borrasca:—  
Muerte al esposo asesino !  
Víctima inocente, aguarda.»

Y con estos pensamientos  
Una noche de su casa  
Salió Ramiro á deshora,  
Envuelto en su oscura capa.  
Tenebrosa era la noche  
Como la noche de su alma,  
Y alguna estrella divisa  
Entre las nubes que pasan.  
Iba ciego; una, otra calle  
De la gran ciudad cruzaba,  
Revolviendo en su cabeza,  
Ora memorias amargas,  
Presentimientos de muerte,  
O colosales fantasmas:  
Iba donde misterioso

Su destino lo llevaba;  
A realizar el ensueño  
Que persiguiera con ansia,  
A descifrar el enigma  
De sus locas esperanzas;  
O á buscar la luz divina  
De la estrella solitaria  
Que entre las nubes sombrías  
Se ocultó de la borrasca.  
Tenebrosa era la noche  
Como la noche de su alma,  
Y con rapidez Ramiro  
Cruzaba las calles largas;  
Y al pasar, en la saliente  
Reja de antigua ventana,  
Tropezó, y lo distrajeron  
Los sonos de una guitarra.  
Paró el oído:— una voz  
Sonó dentro mustia y vaga  
Que lo mas hondo y sensible  
Conmovió de sus entrañas.  
Era una voz de mujer,  
De esas que salen del alma,  
Y misterio ó infortunio  
Al que las oyen presajian:  
Y reclinado en la reja  
Oyó que la voz cantaba.

Ayer habia  
Flores muy bellas  
Mas todas ellas  
Mústias están;  
Buscar es vano  
Frescas ahora,  
Porque en mi mano  
Se secarán.  
La brisa pura  
Del campo es grata,  
Y la natura  
-Bella es allí;  
Mas se acabaron  
Brisas y olores  
De lindas flores,  
¡ Pobre de mi !

Y al pronunciar la voz mústia  
Estas últimas palabras,  
Un hombre alto, que emponchado  
Cerca de Ramiro estaba,  
Clavando en él rato hacia  
Ojos que relampagueaban,  
Se acercó y le dijo adusto:  
«—¿ Qué haces aquí ?—»

Una mirada  
" "

De sarcástico desprecio  
Ramiro arrojó á su cara,  
Diciendo; «quien atrevido  
Hace pregunta insensata  
Merece que le responda  
Tan solo una bofetada.»

«—Defiéndete, seductor,  
Que te busca mi venganza—»  
Replicó el hombre, sus ojos  
Despidieron viva llama;  
Y sobre Ramiro al punto  
Descargó una puñalada.  
Este ya herido, hácia atrás  
Dió un salto, y lleno de rabia,  
Para defenderse echó  
Al brazo izquierdo su capa,  
Y tiró un puñal que siempre  
A la cintura llevaba,  
Esclamando: — «yo tambien,  
Asesino, te buscaba.»

Y ambos instintivamente  
A media calle se lanzan,  
Y en la oscuridad se buscan  
Con fosfóricas miradas.  
Ramiro ágil como jóven,

La hoja que brilla acerada,  
De su enemigo desvía,  
O envuelve diestro en la capa;  
Y recula y se defiende,  
Que de su sangre villana  
Echar en su nombre puro  
No quiere imborrable mancha;  
Pero él lo acosa y lo estrecha,  
Con infatigable saña,  
Y su afán viendo burlado  
Mas se irrita y se agiganta  
Su furor, y el brazo alzando  
Sobre Ramiro se lanza,  
A tiempo que este en un poste  
De la vereda se traba;  
Y el acero vengativo  
El hombro izquierdo le alcanza.  
Herido otra vez Ramiro,  
Como la serpiente hollada,  
Antes que el otro se mueva,  
Con rapidez instantanea,  
Va sobre él, y el puñal todo,  
En la tetilla le clava . . .  
Dá un ay ! recula, vacila;

1. Postes.--Maderos clavados verticalmente en el veril de las veredas de las cañales de Buenos Aires.

Y se desploma de espaldas  
El hombre aquel, exclamando,  
Con voz ronca y destemplada:

«— Venciste, vil seductor,  
Muestra á tu Celia adorada  
Ese puñal donde escrita  
Está mi muerte y su infamia;  
Pero recuerda que fuiste  
Tú el autor de su desgracia,  
Y que hasta el infierno mismo  
Te seguirá mi venganza.—»

### III.

Y Ramiro al huir horrorizado  
Sintió del morimundo las palabras  
Resonar como trueno en sus oídos,  
Y hacer eco una horrible carcajada,  
Y allí entre las tinieblas parecióle  
Divisar una forma sobrehumana,  
Un ángel ó demonio vengativo  
Con voz tremenda repetir:— «Venganzas!»  
Y ciego y aterrado entró corriendo

Por la puerta fatal de aquella casa,  
En cuya reja, seductor oyera  
El sonido fugaz de una guitarra;  
Y en medio de un salon se encontró luego  
Que una luz vacilante iluminaba;

Y vió salir de lóbrego aposento  
Una mujer con vestidura blanca,  
Suelto el rubio cabello y estendido  
Por el pecho de nieve y las espaldas,  
De mirar vago, y macilento rostro,  
Porte de noble reina destronada:  
Ramiro quiso huir, pero no pudo;  
Una fuerza invencible sus piés traba,  
Un májico poder lo paraliza,  
Y sus potencias todas avasalla:  
Su corazon no late, no respira,  
Inmoble está como marmórea estatua.  
Y de aquella mujer la ardiente vista  
Sobre la suya atónita se clava,  
Y al mirarlo sonrie cariñosa;—  
Se acerca mas y mas, la mano pasa  
Por su frente y sus ojos, cual si entonce  
De letárgico sueño despertára;—  
Parece conocerle; en su faz bella  
De íntimo gozo la espresion resalta,

Cual si la vida suya al extinguirse  
Sus espíritus todos concentrara;—  
Va á abrazarle, y al punto retrocede  
Atónita , convulsa, horrorizada;—  
Su inefable sonrisa se disipa,  
Brotó en sus bellos ojos una lágrima,  
Palidez cadavérica en su rostro,  
Agonizante brillo en su mirada;—  
Y se desploma al suelo, así exclamando:  
«¡ Sangre, Ramiro, criminal te mancha !»  
Y al mismo tiempo que cayó se oyeron  
Las cuerdas reventar de una guitarra,  
Y al eco disonante y moribundo  
Respondió una estruendosa carcajada.

Lo que sintió Ramiro aquella noche,  
Lo que pasó por su alma atribulada  
Solo Dios lo sabrá; que á bosquejarlo  
De labio humano la espresion no alcanza.

---

## CUARTA PARTE

### I.

En la gran capital del Argentino,  
Donde arrulló su vida la fortuna  
Lisonjera y feliz desde la cuna,  
Nadie á Ramiro en adelante vió;  
Nadie supo si en climas extranjeros,  
Léjos del bello y afamado Plata,  
La estrella suya le sonriera grata,  
Ni adonde el infortunio lo llevó.

Mucho se habló del crimen, la malicia  
Tal vez por bajo pronunció su nombre,  
Pero quedó la muerte de aquel hombre  
Envuelta en misteriosa oscuridad:  
Unos á error ó vengativa saña,  
Otros á la maldad lo atribuyeron,

Y comentarios mil sobre él se hicieron,  
Mas nadie descubrió la realidad.

Si el fin de Celia lamentable y triste  
Alguna luz á la justicia diera;  
O si el rastro de sangre descubriera,  
La mano criminal no alcanzó á ver;  
O si la vió, tal vez herir no pudo,  
O pensó cuerdamente que el castigo  
No es para el que luchando al enemigo  
Alevoso y tenaz supo vencer.

Mucho se habló del crimen pero pronto  
Se perdió su memoria; y el olvido,  
De la esposa infeliz y del marido,  
Los restos confundió en un ataud;  
Tal vez alguno pronunció sus nombres,  
Y una lágrima pura y elocuente  
Dió ofrenda religiosa solamente  
De Celia desdichada á la virtud.

Ramiro, en tanto, en extranjera nave  
Las crespas ondas de la mar surcaba,  
Y al destino fatal abandonaba  
Resignado su vida y porvenir.  
¿ Que le importan las ansias de la tierra ?  
La embriaguez de su gozo y sus pasiones ?

Qué le importan sus locas ambiciones ?  
Los combates y lauros del vivir ?

¿ Qué le importa el vivir, si ya la vida  
De encantos juveniles vé desnuda,  
Si ya en su mente jermínó la duda  
Y se secó la flor de la ilusion ?  
Si ya á los diez y ocho años ha sentido  
Lo mas acerbo del dolor mundano ?  
Si en sus raptos sublimes tocó ufano  
El límite ideal de la pasion ?

¿ Si el demonio fatal del desengaño  
El mundo cadavérico le muestra,  
Y en premio al lidiador en la palestra  
Solo ofrece dolor y un ataud ?  
Si en cada flor encontrará una espina,  
En cada senda un hondo precipicio,  
Si la vida es perpetuo sacrificio  
Y un ensueño febril la juventud?

¿ Si rayo de infortunio inesperado;  
Aniquilando el jérmen de su dicha  
A su atónita mente ha revelado  
Abismo de pasmosa realidad?  
Si su jóven, ilusa fantasía  
De brillante, ideal, místico mundo

Deslumbrada cayó en el cieno inmundo  
Donde todo es miseria y vanidad?

Allí sus esperanzas se estrellaron,  
Sus bellas ilusiones se perdieron,  
Y exhalando un jemido, en él se hundieron  
Los partos de su hermosa juventud;  
De esa feliz edad en que posible  
Todo creemos, cuando el alma incauta  
Se lanza en su expansión indefinible  
A rejiones de gloria y beatitud.

Y el desengaño ahora con su soplo  
Hiela el foco vital de su entusiasmo  
Y hace burla con hórrido sarcasmo  
De su imprudente y necia candidez;  
Le echa en rostro su loco desvarío,  
Los quiméricos raptos de su anhelo.  
Y en su pecho de jóven vierte el hielo  
De la impotente y mísera vejez.

Su corazón ardiente está cerrado  
A las dulces y tiernas emociones;  
Ya no exhala sonoras vibraciones,  
Ya no siente, ó es mudo su sentir;  
Indiferente al goze y la alegría  
Parece por su rostro, donde asoma

Del triste desengaño la ironía,  
Al traves de apacible sonreír.

Su corazón herido es un sepulcro  
Donde yace por siempre sepultado  
El recuerdo vivaz de lo pasado,  
De su funesta, indómita pasión;  
Si alguna vez sobre su jóven frente  
Nubes esparce ó palidez sombría,  
Vuelve, gusano de insaciable diente,  
A devorarlo con igual tesón.

## II.

Del mar sublime, entre tanto,  
La ajitacion ó la calma  
Al penoso afán de su alma  
Suelen alivio traer;  
Y su gigantesca voz  
Pasiones altas y vivas  
Que dormían inactivas  
Iba en su seno á mover.

Él, que la amó desde niño,  
Viendo en toda su grandeza

Allí á la naturaleza  
Grande tambien se sintió.  
Y se dijo, meditando,  
«Donde voy ? porqué camino ?  
Cuál es del hombre el destino ?  
Qué haré de la vida yo?»

« La vida ! sin duda, Dios  
Con algun fin me la diera,  
Pues á cuanto creó impusiera  
Un destino y una ley;  
Y grande y digno ser debe  
Que concreta la natura  
El de la noble creatura  
En su cabeza de rey. »

« Pues que vivir es preciso,  
Burlando al dolor, vivamos !  
A nueva esperanza abramos  
El corazon juvenil;  
Tal vez hallemos la fuente  
De refrijerio y de calma  
Donde amortigue la mente  
Su ambicion loca y febril. »

« Vivamos ! que es cobardía  
Solo de ánimo mezquino

Doblar la frente al destino,  
Y resignado jemir;  
Luchemos, si hemos nacido  
Para luchar en la tierra,  
Si es perpetua y dura guerra  
La condicion del vivir.»

« Animo, pues, adelante !  
Corazon mio, marchemos !  
Tal vez rayos columbremos  
De bien y felicidad:  
Que vencedor ó vencido,  
En la terrenal palestra,  
Es do el hombre ejerce y muestra  
Su grandeza y dignidad. »

### III.

Ramiro los dolores de la vida,  
Los arcanos profundos no ha sondado  
En toda su estension; bella y florida,  
Vista al traves del prisma iluminado  
  
De la edad juvenil le pereciera,  
Cuando en amor y fé su pecho ardiente

Rebosaba dichoso y altanera  
Todo allanaba su ambiciosa mente.

Cuando esplayando su voraz deseo  
Por el vasto jardín de la natura,  
Cada objeto anhelado era un trofeo,  
Un manantial perenne de ventura.

Pero arancando el desengaño un día  
La venda misteriosa á su confianza  
Le mostró con sarcástica ironía  
La tumba de un amor y una esperanza.

Entonces vió las flores de la vida  
Marchitarse y caer hoja por hoja,  
Y su alma atribulaba y confundida  
Por la primera vez sintió congoja;

Sintió intenso dolor;—desnuda y fea  
Columbró la espantosa realidad,  
Y empezó á presentir su ilusa idea  
Que todo bajo el sol es vanidad.

Porque la vida es intrincada ciencia  
Que penetrar la juventud no puede;  
Patrimonio fatal de la experiencia  
Al tiempo solo sus verdades cede.

O mas bien es un libro misterioso  
Que revela al mortal en cada dia  
Un desengaño amargo y doloroso,  
Y su postrer arcano en la agonía.

De ese libro uua página leyera  
Los ojos al abrir de la razon;  
Por eso la esperanza renaciera  
En su jóven y ardiente corazon.

Por eso audaz, aunque el dolor le oprime,  
Ambiciones en sí sintiendo extrañas,  
Vá á buscar esa incógnita sublime  
Que encierra el porvenir en sus entrañas.

Mas no lo mueve amor de la belleza;  
Yerta está esta pasion; otras mas hondas  
Hierven confusamente en su cabeza  
Como en el mar las incansables ondas.

Pasó para él ia edad de los amores,  
De las frívolas ansias y placeres;  
Porque apuró congoja y sinsabores  
En el labio fatal de las mujeres.

Hoy anhela sondar su inteligencia  
La natura, y el hombre y la verdad,

Y en las jiganes obras de su ciencia,  
En su vida estudiar la humanidad;

Hoy si es vana la ciencia, ver procura,  
Si el error es del hombre patrimonio,  
Si del progreso suyo y su cultura  
Ha dejado en los siglos testimonio.

Si el árbol de la ciencia es el de vida,  
Y el fruto suyo el inefable bien;  
O si la muerte en él está escondida  
Como en el bello y tentador Eden.

Quién sabe si el bien alto encontraría,  
La lumbre que buscaba su razón,  
Si recobró la paz y la alegría  
Su triste y borrascoso corazón.

Si en la rígida escuela de los años,  
Del pensamiento noble en el labor  
Otra cosa aprendió que desengaños,  
Recogiera otro fruto que dolor.

O si ya libre de congoja y luto,  
Al volver á su patria, rico en ciencia  
De la ilustrada Europa y experiencia  
A ofrecerla su amor y su tributo,

Perdió toda esperanza; y lanzaría,  
Viéndola agonizar entre las manos  
De imbéciles y bárbaros tiranos,  
Maldición de despecho en su agonía,

---



**INSURRECCION DEL SUD**

**D E L A**

**PROVINCIA DE BUENOS AIRES**

**EN OCTUBRE DE 1839 (1)**

---

A la memoria de **Castelli, Cramer, Bico, Marques, Lastra, Valdes, Ramos Mejia** y demas patriotas de la insurreccion del Sud que alcanzaron gloriosa muerte combatiendo por la libertad de su Patria, dedica este recuerdo

EL AUTOR.

Señor Editor del COMERCIO DEL PLATA.

Me complaceria V. insertando en su Diario el adjunto Canto consagrado al mas notable y glorioso acontecimiento de la historia Argentina, despues de la revolucion de Mayo. Considero tal la insurreccion del Sud, porque en ella el sentimiento popular se sublevó espontáneamente contra la tiranía, sin que lo atizase ni explotase el espíritu de partido: carácter de justicia y de legitimidad que no tuvo ninguno de los sacudimientos anárquicos que han despedazado y ensangrentado á nuestro pais hasta aquella época.

Escrito la mayor parte de él en mi estancia al norte de Buenos Aires, á medida que allí me llegaban las vagas relaciones del pueblo, mezcladas con los falsos rumores que Rosas hacia divulgar, hube de dejarlo inacabado hasta tanto adquiriese informaciones exatas sobre el suceso y me hallase en situacion de publicarlo.

En Septiembre de 1840, la retirada del Ejército libertador, habiéndome puesto en la necesidad de emigrar por el Paraná, con lo encapillado, quedó en un pueblo de campo este canto entre otros papeles; los que, gracias á la cintura de una señora muy patriota, lograron escapar de las rapaces uñas de los seides de Rosas y llegar á mis manos cuando los consideraba perdidos y los tenia olvidados.

Revisando poco ha el manuscrito, me pareció bosquejar con colores propios la situacion de Buenos Aires en aquel entónces y espresar algo del repentino entusiasmo y de la noble indignacion que produjo en los patriotas la nueva de la insurreccion y el funesto desenlace que le preparaban los traidores, por cuyo motivo me determiné á darlo á la prensa.

Solo hay de nuevo en él la descripcion del combate de Chascomús y el trozo final, que he colocado en lugar de otro relativo á mi posicion esepcional entonces, cuya publicacion no hallo oportuna. Todo lo demas, salvo algunas correcciones; fué escrito en aquellos dias.

Hubiera deseado encabezar este Canto con una noticia histórica de la insurreccion, pero temiendo menoscabar por falta de datos positivos el interés y la importancia de aquel grande acontecimiento que tanto honra á nuestro pais, hallo por conveniente reservar ese trabajo para mejores tiempos, y agregarle por via de esclarecimiento algunas notas y los únicos documentos relativos que he podido encontrar en los periódicos del tiempo.<sup>1</sup>

Su servidor muy atento.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

Montevideo, Enero 28 de 1849.

1. Los *Documentos* se incluirán en la parte de las obras en prosa del Señor Echeverría que formarán un volumen separado. Las *notas* van al fin de este poema.

# INSURRECCION DEL SUD.

---

## I.

Llora, Patria querida; los soldados  
Los héroes, los patriotas esforzados  
Que independenciam y libertad te dieron.  
O con su espada conquistar supieron  
El laurel inmortal en cien batallas  
Hoy en tu desamparo no los hallas,  
Al puñal asesino unos cayeron  
O en el campo de honor, do tu tirano  
Lema de muerte y de baldon ha inscrito;  
Otros gimiendo por tu mengua en vano  
Comen el pan amargo del proscrito,  
Y el alto premio de alabanza y honra  
Destinado por tí á los triunfadores  
Los infames lo usurpan, los traidores  
Que labran tu desdicha y tu deshonra.

De ellos el poder es, de ellos el fruto  
De quince años de gloria y de combates;  
Para ellos ¡ oh baldon ! diste tributo  
De riqueza y de sangre, á los embates  
Oponiendo del mal serena frente;  
Y para ellos tambien libertadora  
Su indomable bandera  
Flameó sobre la helada Cordillera,  
En el Norte y el Sud, y un Continente  
La proclamó ante el otro vencedora.

Llora , Patria querida;  
Huérfana, viuda estás y desvalida,  
Esclava y sin honor; la mano impura  
De un enjambre de bárbaros se goza  
En destrozar tu rejia vestidura,  
Tu corona de lauro,  
Y en la torpe embriaguez que lo alboroz  
De tus mejores hijos las cabezas  
Corre á ofrecer al fiero Minotauro.

Oh destino fatal ! quién te diría,  
Cuando á vista del mundo  
La victoria ceñía  
A tu jovén, robusta y bella frente  
La corona de reina independiente,

Que al lado de tu trono  
La tumba de tu honor se cavaría  
Y que sierva otra vez se encontraria  
La que enseñó á ser libre á un continente;

Eres reina destronada,  
Eres madre desolada,  
Lágrimas, oprobio y luto  
Han sido el amargo fruto  
De tu gloria y tu poder.  
¿ Quién lavará la mançilla  
Que te desdora y te humilla ?  
Quién vengando tus injurias  
Te salvará de las furias  
Del mónstruo á quien diste ser ?

¿ Quién enjugando tu lloro  
Te dará dicha y decoro ?  
Los que á tu pecho se crearon,  
Los que de Mayo heredaron  
El patriotismo y valor;  
Los que, si inermes el día  
De tu duelo y tu agonía  
Libertarte no pudieron,  
Ni traidores te vendieron  
Ni mancillaron su honor.

Hélos, la infame librea  
De sangre que los afea  
De pie arrojando en Dolores,  
Tus rozagantes colores,  
Oh Patria ! alegres vestir;  
Y desplegar altanera  
Tu pisoteada bandera  
Tan temible á los tiranos !  
Jurando heróicos y ufanos  
O libertarte ó morir.

Y con risueño semblante,  
Con aliento de gigante,  
Voz, potencia irresistible,  
Dar á la trompa terrible  
De la santa insurreccion ;  
Y de su heróica bravura  
Retumbar por la llanura  
El libertador estruendo ,  
Inflamando, conmoviendo  
Todo noble corazon.

Helos, ¡ oh Patria ! en Dolores,  
De pie á tus libertadores,  
Rememorando la gloria  
De los héroes de tu historia  
Para emular su virtud;

Invocando el dogma mismo  
Que predicó su heroismo  
Entre el humo y la metralla  
De los campos de batalla  
Por las rejiones del Sud.

Buenos Aires, salud! llegó tu día,  
Alza la noble y orgullosa frente,  
Que en su triunfo insolente  
No logró quebrantar la tiranía;  
Alza y mira gozosa  
Tu bandera gloriosa  
Flameando por el sud; robusto el brazo  
De tus mejores hijos la sustenta;  
Prepárate á la lucha  
Y el éco grande redentor escucha  
De los que vienen á vengar tu afrenta,

## II.

El sol de otro Mayo brilló, compatriotas,  
Llegó el día grande de la Libertad;  
No hay ya en nuestra tierra tiranos ni siervos;  
Iguales y hermanos sus hijos serán.

Astuto el tirano sembró la discordia  
Que darle debía renombre y poder;  
Subió por el crimen, sacrilego hollando  
Justicia, derechos y patricia ley.

¿ Y acaso ser pueblo juró el Argentino  
Ni en grandes batallas venció al español,  
Prodigó su sangre, conquistó trofeos  
Para ser juguete de oscuro opresor ?

Bravos milicianos, que al poder lo alzasteis  
Y en premio el azote de esclavos sufris;  
Empuñad la lanza si quereis ser libres,  
Si quereis vengaros nuestra voz oid.

Cinco mil patriotas nuestras filas cuentan,  
Dó el rico y el pobre la mano se dan;  
Todos como iguales, todos como hermanos  
A una voz repiten «Patria y Libertad.»

Soldados ilusos, nobles veteranos  
Que no habeis manchado vuestro nombre aun,  
Arrancaos del pecho la infame librea,  
Marca que revela vuestra esclavitud.

Venid donde os guarda laureles la gloria,  
Venid donde os llama la voz del deber,

Donde el pueblo libre la patria bandera  
Del polvo levanta por segunda vez.

¿Dejareis hollarla por ese que quiere  
Sus bellas conquistas usurpar traidor?  
Por ese que bruto las luces proscribire  
Y enfrenar pretende la revolucion?

¿Por ese que acata los viejos errores  
Do España fundaba su vano poder?  
Por ese tirano que á Mayo detesta  
Por que nunca supo combatir por él?

Nuestros nobles padres nos dieron un día  
Fecundo de gloria, rico en porvenir,  
A los hijos nuestros legar hoy debemos  
Otro que corone su grandioso fin.

Marchemos unidos á la gran conquista  
De la bella patria que Mayo entrevió;  
Su vasto programa contiene y señala  
Del pueblo argentino la grande mision.

Marchemos unidos: del necio tirano,  
La fábrica aérea de un soplo caerá;  
No habrá mas esclavos; seremos un pueblo  
Si jigante nace la fraternidad.

## III.

La cautiva ciudad en su conflicto  
Oye en silencio el grito  
De redencion cruzar; y le parece  
Sueño no mas, y duda y se estremece,  
Pero impotente está; brazos ni lengua  
Sus infames verdugos le han dejado;  
Callar, sufrir y devorar su mengua  
Y sus hierros morder solo le es dado.  
Empero enajenada  
Vuelve inquieta mirada  
A los fecundos campos de Dolores  
Donde sus hijos libres  
Enarbolan de Mayo los colores.

Su marcha triunfal es, dó quier ardientes  
Los saludan mil vivas elocuentes;  
Dó quier revienta el anatema santo  
Que hace temblar de espanto  
Al tirano y los siervos que lo adoran;  
Y libres los en antes oprimidos,  
A caballo, en tropel por la llanura  
Cruzando, á sus hermanos se incorporan

De un pensamiento salvador movidos.  
Chascomus que debía ?  
Primero saludar su bizarria,  
Los recibe tambien despedazando  
La divisa sangrienta y los pendones  
Simbolos de discordia y tirania,  
Y al horizonte echando  
Buenos Aires mirada lisonjera  
Con ansia convulsiva los espera  
Y les tiende los brazos  
Por la verga y el hierro hechos pedazos.

Menguada Buenos Aires ! en tí el monstruo  
Que abortó la anarquia,  
Cebó diez años su implacable saña  
Porque fuiste entre tantas escojida  
Para dar á los pueblos nueva vida  
Y vertiendo de luces un torrente  
Brillabas como el sol en el Oriente:  
Te odiaba como España,  
Porque marchaste de la lucha al frente.  
Empero sus esfuerzos no lograron  
Eclipsar tu esplendor sino un momento  
Y labrar el sepulcro  
Del gótico edificio que en herencia  
Los antiguos tiranos nos dejaron.

Ya asoma un astro de mejor fortuna  
Y se levanta audaz el pensamiento  
Derribando los ídolos caducos  
Que exhumar quiso su impotente mano:  
Tendrá en tus playas su gloriosa cuna  
El progreso social americano.  
Van á abrirse esas cárceles odiosas,  
Inmundo receptáculo del crimen,  
Donde tus hijos inocentes jimen  
Y prueban cada dia la amargura  
De una nueva tortura  
De un suplicio infernal. Pero ah ! que muchos  
Allá en la oscuridad do los hundieron  
A vista de los otros infelices  
Alevemente asesinados fueron  
Y sus miseros ayes  
No hallaron compasion sino en las victimas  
Que igual destino sin cesar temieron—  
En su hogar de repente ó en las calles,  
De las armas mortíferas oian  
El estruendo fatal tus ciudadanos,  
Y temblando, *otra víctima*, decian,  
Sin poder socorrer á sus hermanos.

Qué noble corazon no sufrió ultrajes ¡  
Qué familia no llora

El bárbaro suplicio  
De algun deudo ó amigo ó compatriota !  
Cuánta madre del hijo sin ventura  
No lamenta el horrible sacrificio !  
Mil vidas que tuviera  
El tirano feroz, no bastarian  
A rescatar la sangre que vertiera,  
La sangre de varones, blason tuyo,  
Que mirabas ¡ oh Patria ! con orgullo.

¿ Quién evitar tu misera caida,  
Tu castigo ejemplar podrá, insensato ?  
¿ Acaso esa caterva envilecida  
A quien diste los premios y galones  
Que reservó la Patria á sus campeones ?  
¿ Acaso esos traidores de alto rango  
Que necios ó cobardes prefirieron  
La túnica de siervos, y en el fango  
La corona del pueblo te pusieron ?

¿ Donde estan los soldados aguerridos  
Que á oponer su valor y su pujanza  
Irán hoy á la lanza  
De los libres unidos ?  
¿ No ves á tus satélites, transidos  
Ya de terror, huyendo  
Del rayo popular ante el estruendo ?

¿ Qué haces, tirano, que haces ?  
De la oscura terrífica guarida  
Donde siempre alimentas  
Del crimen y el encono  
Tu abominable vida,  
Por qué no sales una vez y al frente  
De tu tropa de esclavos te presentas  
A conjurar la tempestad aciaga  
Que tu cabeza amaga  
Y vencer ó morir como valiente ?  
Pero ah ! que eres cobarde, eres pequeño,  
Pequeño aun para el crimen; como el lobo  
Astuto espías de la presa el sueño,  
O clavas de sus seides en el robo  
Tu garra fiera ó tu iracundo ceño.

¿ Cuándo aquellos ilusos campesinos  
Que á la suprema silla te encumbraron  
Y hoy piden tu cabeza arrepentidos,  
En la primera fila te encontraron ?  
Siempre detrás te vieron,  
Atizando la guerra que debia  
Darte poder y aciaga nombradía.  
¿ Dónde venciste á aquellos veteranos  
Campeones de la Patria esclarecidos,  
Cuya gloria mirabas con envidia,

Ni qué lauro ganaron tus villanos,  
En el campo de honor siempre corridos ?  
¿ Cuándo un triunfo debiste á tu coraje ?  
Nunca, infame, jamás; liga monstruosa  
Hiciste con las hordas del salvaje  
Para oprimir tu patria antes gloriosa:  
Tus armas favoritas siempre fueron  
El crimen, la perfidia, el vandalaje.

Baja, tirano, ya de ese tu trono  
Do tienen solo asiento  
La cobarde acechanza y el encono;  
Sonó la hora fatal de tu castigo,  
Llegó la hora fatal de tu escarmiento.

#### IV.

Confiada en su valor y su fortuna,  
En tanto, á orillas campa  
De la hermosa Laguna <sup>3</sup>  
Que legó á Chascomus su nombre pampa,  
Legion de mil patriotas, y allí espera  
Se le unan como hermanos  
De Tapalquen los tercios veteranos, <sup>4</sup>  
Para llevar en triunfo su bandera

A Buenos Aires, donde  
Su miedo y rabia el Minotauro esconde.  
Oh confianza fatal ! ¿ quién les diría  
Que su sepulcro allí se cavaría ?

¿ Que haceis ? ¡ Alerta, incautos ciudadanos ?  
Audacia, sí, perseverante audacia  
Os dará la victoria; hoy que el destino  
De la Patria teneis en vuestras manos  
No vacileis; osad; vuestro camino  
Proseguid ¿ qué esperais ? ¿ cómo en balanza  
De la patria poneis la causa hermosa  
Con la palabra astuta y mentirosa  
De esos que un día abominable alianza  
Con el tirano hicieron  
Y á su oro inmundo el pundonor vendieron ?  
¿ Cómo puede ligarse el lodo impuro  
Con el diamante cristalino y puro ?  
¿ Qué haceis, qué haceis, incautos ?  
A caballo, á caballo y sin tardanza  
Tirad del sable y empuñad la lanza;  
Que esos que os prometieron  
En fé de hombres de honor unir su diestra  
Contra el tirano á la amistosa vuestra  
Y que esperais vosotros como hermanos,  
Ministros de su furia son villanos;

Alerta ya Patriotas vencedores,  
Que escondido en el seno  
Traen el fiero puñal de los traidores.

Pero ah ! que de los bravos la nobleza  
Nunca temió ni pérfida impostura  
Ni cobarde vileza.

Patriotas sin ventura,  
Os perdió la confianza  
En vuestro propio brio y fortaleza;  
Os perdió el generoso pensamiento,  
El patriotismo puro que os movia:  
Pensasteis que no habria  
Hombre sin corazon, alma traidora  
A la causa del pueblo y que un esclavo  
Ya no quedaba al opresor sangriento;  
Se engañó vuestra noble bizarria,  
Y crecieron los males de la Patria  
Que hoy vuestra suerte y su infortunio llora.

## V.

Era la noche y dormia  
Sin temor ni sobresalto  
A orillas de su laguna

Chascomus, pueblo afamado  
Por sus fértiles llanuras  
Y sus ricos hacendados.  
Dormia, ebrio de emociones  
De patriotismo exaltado,  
De esperanzas y de ensueños  
De libertad temerarios.  
De banderas bicolores  
Todavía engalanados  
Se mostraba en la llanura  
Como radiante palacio.  
Donde el festin y la danza  
De darse acaban la mano  
Y el bullicio y la alegría  
A su capricho reinaron.  
Dormia quieto, las horas  
De su sueño regalado  
Con el recuerdo indeleble  
De los sentimientos gratos  
De las hondas emociones  
Que poco ha lo enagenaron,  
Cuando á sus libertadores  
Diera el fraternal abrazo,  
Y pisoteando ya libre  
La divisa del tirano  
Se engalanara soberbio

Con los colores de Mayo,  
Sin sospechar que su gozo  
Pudiera trocarse en llanto  
Ni desaparecer mañana  
Sus sueños de hoy tan lozanos.  
Duerme y no despiertes nunca,  
Chascomus infortunado,  
Si no quieres ver proscritos  
Tus mejores ciudadanos,  
Ni ultrajadas tus mujeres,  
Ni tus hogares saqueados,  
Ni tu laguna teñida  
Con noble sangre de hermanos,

El sol de noviembre asoma<sup>o</sup>,  
Sol para la patria infausto  
Y halla alegre como nunca  
De los patriotas el campo.  
Aquí gritos, allá voces  
Se oyen ó algazara y cantos  
O descompasadas risas,  
O relinchos de caballos.  
Unos van, los otros vienen,  
A pie, al trote ó galopando,  
Este ensilla, aquel enfrena,  
Muchos arrojan el lazo

Sobre el bruto ó la tropilla  
Que anda en derredor pastando.  
Y entre las picas y lanzas  
Enclavadas por el mango  
Verticalmente en la tierra,  
En cuyas cruces flameando  
Se ven cintas, banderolas  
Teñidas de azul y blanco,  
Los mas sobre los *aperos*<sup>6</sup>  
O la gramilla sentados  
O de pié fuman, matean,<sup>7</sup>  
Formando circulos varios  
En torno de anchas fogatas,  
Cuyos vapores opacos  
Al remontarse en el aire  
Espirales dibujando,  
Cortan en varios matices  
Del sol los primeros rayos.

El eco de los clarines,  
En tanto, á ensillar tocando  
Poco á poco se incorpora,  
Se conmueve todo el campo;  
Hierva á oladas, y bien pronto  
La perspectiva variando,  
Todo es allí movimiento,

Ruido de armas y caballos,  
Tropel, tiros, esplosiones  
De alegría y entusiasmo.  
Vuelve á sonar el clarín.  
¿ Que podrá ser ? ensillados  
Los bridones todavia  
No se ven; pero llamando  
A formar linea el clarín  
Infunde algun sobresalto.  
Mal armados ó bisoños  
A combatir preparados  
No estan los mas, pero tienen  
Aquel valor temerario  
Que inspira el amor de patria  
A corazones hidalgos.  
Ni temen que haya enemigos  
Que los esten acechando,  
Ni traidores que los vendan,  
Ni satélites esclavos,  
Que el pundonor sacrifiquen  
Y la patria á su tirano.

A medida que se alistan  
Uno en pos de otro entre tanto,  
Los escuadrones patriotas  
Van á la línea llegando.

Alli está Olmos el valiente  
Con sus diestros milicianos  
Y Marquez con los jinetes  
Que del pueblo libre trajo;  
Y Castelli el escojido <sup>9</sup>  
Del pueblo para mandarlos,  
En un *parejero* altivo  
De cuerpo y correr de gamo  
Que en momentos de conflicto  
Lo sabrá poner en salvo:  
Y Cramer, frances de origen, <sup>10</sup>  
Distinguido veterano  
Que peleó con San Martin  
Por la bandera de Mayo.  
Y entonces, como si hubieran  
Permanecido emboscados,  
Por la espalda de los montes  
De Chascomus asomaron  
Grupos, filas, pelotones  
De ginetes colorados,  
Quienes en línea y al trote  
Venian sobre su campo.  
La alarma cunde al momento  
Vuelan órdenes en vano  
Para que á su puesto acudan  
Los que no lo han ocupado.

Unos dudan, otros piensan  
Sean libres milicianos,  
Otros los de Tapalquen  
Que estan con ansia esperando.  
Ellos eran, mas siniestro  
Amenazante presajio  
Es que no haya voz alguna  
Su aparicion anunciado.  
Allí venia la Escolta,  
Rejimiento veterano  
Con su negruzca coraza,  
Gorra en manga de azul paño,  
Su tercerola y su lanza,  
Su espuela y corcel bizarro,  
Y por delante su gefe  
Granada, el traidor villano<sup>11</sup>,  
Cuyo vil nombre quisiera  
Dejar la musa olvidado  
En el abismo de infamia  
Del precito ó del esclavo,  
Para no manchar con él  
La pureza de su canto.  
Tambien los carabineros  
Vienen en brutos ufanos  
Con su gorra y camiseta,  
Su chiripá colorado.

Y detrás un grupo de Indios  
De aspecto horrible y aciago  
Con sus picas y melenas,  
Su poncho grana flotando.<sup>12</sup>  
Y otros hasta mil jinetes,  
Cuyos bultos encarnados  
Moviéndose al horizonte  
Como nubarron infausto  
Que luz rojiza destella,  
Parecen al observarlos  
O sayones del infierno  
O verdugos de un tirano.

Silenciosos, en un cuerpo  
Se adelantan, sin embargo,  
Mas bien que como enemigos  
Cual pacíficos heraldos.  
Mas de repente en columna  
Se escalonan á lo largo,  
Guerrilla de tiradores  
A su frente destacando.  
Cramer entonce y Castelli  
Que los estan observando,  
A medida que al encuentro  
Marchan los suyos al paso,  
Ardiendo en ira y coraje

Con voz de trueno exclamaron:  
« Traicion ! traicion, compañeros !  
Siervos son del vil tirano:  
Viva la patria !— á la carga:  
Vencer ó morir matando.»  
Y al frente de la columna  
Que se conmueve, gritando  
Viva la patria ! á una voz,  
Uno y otro espada en mano  
Contra el pérfido enemigo  
A galope se lanzaron.

## VI.

La tierra se estremece  
Bajo los duros callos  
De dos mil ajilísimos caballos,  
Y su temblor retumba  
Como trueno lejano  
Azorando á los brutos por el llano,  
De los sables y lanzas el crujido  
Hiriendo el aire zumba,  
Y á galope tendido  
Las columnas se estrellan, vomitando

Vengador y terrífico alarido,  
Como oleadas del mar que impele el viento  
Se entrechocan coléricos bramando.  
Rotas aquí y allí el choque violento,  
Se detienen, se cruzan ó se enroscan  
Como enormes serpientes  
Que divide en cien partes el hachazo,  
Y luchan y reluchan brazo á brazo,  
Sacudiendo las armas relucientes.  
Gritos, voces de mando,  
Bufidos, manoteo de bridones,  
Tropel, estridor de armas, maldiciones:—  
Todo ruido se mezcla y se confunde  
En uno atronador, que divagando  
Por la inmensa llanura se difunde.  
Mas, voces cien—«Victoria por la patria !  
Viva la libertad ! Muera el tirano !»  
Repiten, y cubriendo  
Larga estension de llano,  
Se ven á escape huyendo  
Enjambres de jinetes colorados,  
Dispersos y acosados  
Por la enemiga lanza.  
¿ Quiénes son ?—No lo veis ? Son los traidores;  
Huyen de la venganza  
De los nobles patriotas vencedores.

Delante va su gefe, el digno hermano  
Del cobarde tirano;  
Y la verguenza y la pavora viendo  
Que su exterior denota,  
Cien leguas van ante ellos esparciendo  
El pánico terror de una derrota.<sup>13</sup>

Tiembla de Rosas como nunca entonces  
El corazon, á la piedad de bronce  
Pero al miedo de cera; y su cuadrilla  
De chacales, temblando,  
Con faz desencajada y amarilla  
Cruza, como implorando  
Compasivo perdon, toda teñida  
De sangre fratricida;  
Mientras con ansias batallando estrañas,  
El entusiasmo patrio enardecido  
Circula amenazante y comprimido  
De la martir ciudad en las entrañas.

El campo de batalla silencioso  
Y desierto ha quedado  
En tanto, y lastimoso  
Uno que otro jemido  
Solo divaga en él de algun herido  
O algun agonizante infortunado.  
Pero, ah ! que entre los muchos que han caido

Para no alzar jamás la noble frente,  
Yace Cramer el jefe inteligente  
Cuya pericia militar podia,  
Subyugar la victoria en aquel dia,  
Y Marquez el valiente miliciano  
Qua la bandera maya  
Levantó en Chascomús contra el tirano.  
La izquierda de los libres, entre tanto,  
Huye herida de espanto,  
Muerto ya su caudillo, hácia Dolores,<sup>14</sup>  
Donde bullendo cual volcan enhiesta  
La insurreccion su formidable cresta,  
Y creciendo en prestigio y en renombre  
De Rico popular descuella el nombre:<sup>15</sup>  
Mientras á opuesto lado  
Los del centro y derecha vencedores  
Persiguen con teson al destrozado  
Enjambre de satélites traidores,  
Quienes sembrando van en su pavora  
Gorras, armas, dó quier por la llanura.

Tranquilo, sin embargo,  
Un grupo de jinetes salamente  
De blanquiazul divisa  
Con aire ufano pisa  
La arena del combate, mudamente

Pregonando victoria, y lanza alguna  
De enemigo bizarro su fortuna  
A disputar no viene ¿quién lo manda?  
Funes el gaucho astuto, de nefanda  
Triste recordacion.<sup>16</sup> Libertadores  
Que volveis tan ufanos  
El lauro á recojer de vencedores,  
Alejaos, alejaos, que en vez de hermanos  
Os esperan alli nuevos traidores;  
Clavad la espuela al trashijado bruto,  
Vano es lidiar y de la Patria el luto  
Redoblar sucumbiendo.  
Pero en fatal desórden pelotones  
De libres escuadrones  
Por diverso camino apareciendo  
Se acercan á galope, ó lentamente  
Llegan uno tras otro. Y de repente  
Suena el clarin, nuevo tropel estaila  
En el tranquilo campo de batalla  
Do se cruza el fulgor de los aceros,  
Rehecho un escuadron de coraceros  
En triunfo vuelve á hallarlo; la cabeza,  
Hiergue Funes traidora  
Viva Rosas! gritando  
Y los colores patrios arrojando,  
Lo que imitan los suyos con presteza;

Al paso que en tumulto y con estruendo  
Sus crines y sus picas sacudiendo,  
Y lanzando salvajes alaridos,  
Del tirano feroz dignos aliados,  
Los hijos del desierto apercebidos  
Cargan sobre los libres, que acosados  
De improviso se ven como leones  
Por enjambre de picas y bridones.

Entonces del débil el brazo desmaya,  
Del fuerte revienta con furia el valor,  
Y á hierro ancha via se traza de fuga  
O matando muere con gloria y honor.

La derrota empieza; ginetes, caballos,  
Por el verde llano cruzan en tropel,  
Caen unos, caen otros, tras ellos relucen  
Los sables y lanzas que no dan cuartel.

A la ancha laguna, que á espaldas estiende  
Su orilla sembrada de verde juncal,  
Grupos fujitivos á pié ó á caballo  
Se arrojan luchando con ansia mortal.

Y alli los persigue la jauria de dogos  
Que husmea su sangre con saña feroz,

Y allí en sus honduras se sepultan vivos  
Por salvar su cuello de martirio atroz.

Los bravos, los fuertes con mala fortuna  
Perecen luchando por la libertad,  
Los otros huyendo llevan à Dolores  
Presajios de muerte, viudez y orfandad.

¡ Oh dia nefasto ! Oh dia de gloria !  
Oh dia de luto, de sangre y de horror !  
¡ Cuán triste á la patria será tu memoria !  
'Cuántas esperanzas perdió ella en tu albor !

Fama es que Chascomus desde la orilla  
De la vasta laguna horrorizado  
Contempló la matanza y resignado  
Tendió el cuello indefenso á la cuchilla.

Misero pueblo ! nunca,  
Cuando la horda salvaje  
A nuestros campos sin defensa alguna  
Desolacion traia,  
Dió cebo en tus despojos  
A su instinto rapaz ni á sus enojos;  
Mas compelida al crimen y al pillaje  
Por compatriota infame aliado suyo,  
Como empresa segura, hoy con orgullo  
Clava en tí ya sus avarientos ojos.

¡ Oh Chascomus, incauto y sin ventura !  
Si te hallabas inerme en la llanura,  
Armas debiste hacer de los ladrillos,  
De los árboles, piedras y cuchillos,  
De los endebles brazos  
De tus hembras y niños y varones  
Y caer combatiendo hecho pedazos  
Entre escombros y llanto y maldiciones,  
Antes que consentir que la lujuria  
Del hijo de la pampa se cebase  
En el honesto hjar de tus esposas  
O el pudor de tus virgenes manchase;  
Antes que su cuchillo y fiera lanza  
Sirviendo de instrumento á la venganza  
Del tirano y su turba de traidores,  
Como mansos corderos degollase  
A tus ricos y honrados moradores.

## VII

La nueva á un tiempo, en tanto,  
Del triunfo y la derrota  
De la lejon patriota  
Llega volando á la infernal guarida

Do se esconde el feroz liberticida  
Rodeado de asesinos que hacen gala  
Del premio que por sangre les regala,  
Y entonce en sí del estupor volviendo  
A su Sala de autómatas vendidos  
Pide un decreto de esterminio horrendo,  
En vez de perdonar á los vencidos.<sup>17</sup>

¡ Oh santa libertad, cómo te ultrajan  
Impúdicos esclavos ! Oh justicia  
Cómo de tí se rie la malicia,  
El crimen poderoso ! Cómo lo ajan  
Oh patria ! ese tu honor que tanto invocan  
Los que á tu ruína y deshonor provocan !  
Oh inaudita maldad ! una cabeza  
Que reclama el verdugo como suya,  
Del jenio parodiando  
La audacia y la grandeza,  
Pretende defender asesinando  
La libertad y honor del continente  
Mancillado por él tan torpemente.  
Cuatro esclavos sin fé, cuatro doctores  
Sin poder ni mision ni investidura  
Para dictar la ley, vociferando  
Justicia y libertad con lengua impura,  
A cinco mil patriotas que reclaman

Los sacrosantos fueros de hombres libres,  
Hoy declaran rebeldes y traidores,  
Los condenan sin juicio á la cuchilla  
Y á la vista del mundo se proclaman  
Ellos, el opresor y su gavilla,  
De América y la patria defensores.

Sí, os titulais con orgullo  
Sabios, profundos doctores,  
Y eso sabeis, ser traidores,  
Vender patria y libertad;  
Contra el pueblo en el conflicto  
Invocar bárbaras leyes  
Que la maldad de los reyes,  
Dictó en tenebrosa edad.<sup>18</sup>

¿ Quién os ha dicho que ley  
Que solo escuda y abona  
El poder de una corona  
Es la ley de la razon;  
Ni que allí dó el pueblo reina  
Pueden ser traidores otros  
Que el vil tirano y vosotros,  
Satélites sin mision ?

Insensatos, impudentes,  
¿ Ignorais que el sol de Mayo  
Pulverizó con su rayo  
El edificio español ?  
Querer alzarlo es quimera  
Faltándole el fundamento,  
Porque ante el rayo violento  
Se abismará de otro sol.

De la Independencia patria  
Os titulais defensores,  
¿ Y quién para tal, doctores,  
Os confirió autoridad ?  
El pueblo. ¿ Y no habeis vendido  
Su sangre y fueros sagrados ?  
Traficantes degradados  
No sois de su libertad ?

¿ Acaso el pueblo á una turba  
Deshonrada y sin valía  
La defensa confiaria  
De sus fueros de nacion ?  
¿ Necesitó de vuestro amo  
Cuando con el brazo suyo  
La punjanza y el orgullo  
Domó del hispano leon ?

No sabiamos que un bando  
De esclavos viles pudiera  
Al soberano que impera  
Poner fuera de la ley.  
¿ Reina vuestro amo, doctores,  
Por el derecho divino,  
Y á nombre de él asesino  
Declarais al pueblo rey ?

Miserables ! honor, vida,  
De padres, hijos y hermanos  
¿ No pusisteis en las manos  
De un monstruo de iniquidad ?  
¿ Y no quedasteis vosotros,  
Despues de hazaña tan bella,  
Fuera de la ley por ella  
De Dios y la humanidad ?

Bien claro os lo dijo el amo  
Que os ultraja y bofetea,  
Cuando alli á vuestra asamblea  
Llevó su puñal feroz ; <sup>19</sup>  
Y el horrible asesinato  
En la tribuna aplaudisteis  
Y por él ofrenda hicisteis  
De sangre en el templo á Dios.

¡ Digno papel es el vuestro !  
Para que os otorgue vida,  
Traer la presa apetecida  
Al tigre que hambriento está.  
Cobardes ! vuestro servicio  
Será bien recompensado;  
El anatema lanzado  
Sobre vosotros caerá.

## VIII.

Vuestra ley de esterminio y de venganza  
Ya se cumplió, lesjisladores sábios;  
La justicia social por vuestros labios  
Su augusto fallo pronunciar debía  
Contra el pueblo á vuestro amo inobediente,  
Y en vez de castigar al delincuente,  
Autorizar, recompesar el crimen,  
A fin que sobre un vasto cementerio  
La inicua tirania  
Afirme quieta su salvaje imperio.

Esa es y fué vuestra mision gloriosa,  
Gozaos, gozaos en ella

Que es grande, digna y cual ninguna bella.  
¿Qué os importa el jemido  
De la madre, del huérfano y la esposa ?  
Con el deber de esclavo ya cumplisteis;  
Parte, sí, en el botín apetecido  
El vándalo os dará, con quien quisisteis,  
Sin gozar del poder las emociones,  
Partir la execración y maldiciones.

¿Qué mas ambicionais, lejisladores ?  
Volved la vista, si lo osais, traidores,  
A los fértiles campos que poco antes  
Se encontraban poblados  
De ricos é industriosos habitantes;  
Tristes hoy los vereis y salpicados  
De fraticida sangre;—la riqueza  
Que atesoró la industria, al vandalaje  
De una turba sin ley dada en pillaje;  
Familias opulentas, doloridas,  
Huérfanas hoy, huyendo y desvalidas  
Y el llanto y la pobreza  
Penetrar en la estancia  
Do reinaba el contento y la abundancia;  
El seno casto de la esposa tierna  
Que llora triste su viudez eterna,  
El de la virjen pura mancillado

Por la brutal lascivia del soldado,  
Y el estúpido pampa  
Como nunca cebando  
En esos senos su voraz deseo,  
O en sus picas sacrílegos llevando  
Cabezas de patriotas por trofeo.  
Mirad y horrorizaos, ese holocausto  
De sangre y crimen, de miseria y luto  
Ofrecido en tributo  
Al bárbaro deleite y al encono  
Del ídolo bestial siempre inexhausto  
A quien subisteis de la ley al trono.  
Dolores, palpitante de heroísmo,  
Igual suerte sufriendo, igual ultraje  
Que Chascomus, su hermano en patriotismo,  
Entregado al cuchillo y al pillage; \*  
Y condenado á ver horrible ahora  
Sobre el palo de afrenta  
Destinado otro tiempo al asesino,  
La cabeza sangrienta  
De Castelli inmortal. ¡ Quién tu destino,  
Patriota infortunado no lamenta !  
¡ En qué alma, contra el bárbaro verdugo  
Que infama tu cadáver, no revienta  
Hidalga indignacion, pidiendo al fallo  
De cielo y tierra justiciero rayo !

Cuentan que al ver postrada  
La bandera sagrada  
Que el pueblo te confió, las turbaciones  
Sintiéndolo de los nobles corazones,  
Te hundiste en el desierto á la ventura;  
Y que allí en la espesura  
Te descubrió de un monte  
La cuadrilla voraz que te rastreaba;  
Y que al verla, terrible en sus enojos,  
Se levantó gigante tu bravura,  
Y el corazón cobarde les temblaba  
Al brillar de tu acero y de tus ojos;  
Pero cayendo al fin, te degollaron  
Con bárbara fiereza  
Y á regalar á su Señor volaron  
Como esquisito plato tu cabeza.  
Escojido del pueblo te perdiste  
Porque valiente y generoso fuiste.<sup>21</sup>

En vuestra obra gozaos, legisladores;  
Ya la sangre del pueblo derramaron  
Y el sudor de su rostro devoraron,  
Ya el premio recibieron los traidores.  
Con cinismo insolente,  
Heróico, proclamad, gran ciudadano,  
Salvador de la Patria, á su tirano,

O Campeon de la América valiente  
A quien infama el nombre Americano  
A la vista del nuevo y viejo mundo;  
Y en seguida corred, corred reptiles  
A revolcaros en el fango inmundo  
Do hundir quisisteis la cobarde frente  
Para gloria y honor del continente.  
Quizá vuestro amo un dia,  
Generoso y leal y justiciero,  
Sonriendo con satánica ironia,  
Por diversion os saque ó fantasia  
Para enviaros tambien al Matadero.

## IX

Mil eran los bravos, los nobles patriotas  
Que huyeron salvando sin mancha el honor,  
Llevando consigo la Patria bandera,  
Buscando para ella fortuna mejor.

Hogares, familias, riqueza, cuanto aman  
Dejaron en rehenes al tigre voraz;  
Devorólo todo, mas no desmayaron,  
Ni su patriotismo vaciló jamás.

Huyen de la tierra donde su cabeza,  
Descansó á la sombra del espeso ombú;  
Que allí las persiguen; piedad estrangera  
Benigno hospedaje les dá en el Tuyú<sup>22</sup>.

Navegan, el viento sacude las naves,  
Bramando con furia los recibe el mar.  
¡ Oh ! cuánto recuerdan la hermosa llanura,  
Sus briosos caballos, su tranquilo hogar !

Corrientes heróico que el brazo adiestraba  
Para la cruzada de la libertad,  
Con júbilo intenso viendo á los proscritos  
Les tiende el abrazo de fraternidad.

Unidos de entonce bajo una bandera,  
Bandera que al soplo de Mayo nació,  
Bandera que erguida sobre el Chimborazo  
Pichincha y los Andes flameando se vió;

Llevando en el pecho grabado su dogma  
La fé de sus padres, la fé de su honor,  
Brillando á su frente la espada de un héroe,  
Las huestes buscaron del usurpador. <sup>23</sup>

¡ Terrífica, grande, variada epopeya  
La que ellos supieron por sí realizar !

Jamás pueblo alguno de jóven pujanza  
Tan altos ejemplos logró presentar.

Batallas, victorias, desastres pasmosos,  
Hazañas heróicas que anula un revés,  
Valor indomable contrastando al número,  
Todo en ella asombra, gigante todo és.

La historia algun dia contará esos hechos,  
La musa animados los hará surjir,  
Y el Pueblo Argentino que hoy lástima inspira  
Su historia orgulloso podrá referir.

Silencio ! murieron los nobles patriotas  
Luchando con brio por la libertad;  
Faltóles acuerdo, contraria fortuna  
Fué, como en Dolores, á su herocidad.

Murieron, de gloria dejando hondo rastro  
Do quier estamparon su gigante pié;  
Padron indeleble que hablará al futuro  
De su patriotismo, de su ardiente fé.

Un dia de gloria dieron á la patria,  
Grande como el dia que en Mayo lució,  
Como él, preñada de esperanzas bellas,  
Sublime del pueblo la voz reventó.

Ciudadanos eran, dejaron afectos,  
Regalos de patria, familia y hogar;  
Soldados se hicieron, trabajos, fatigas  
O gloriosa muerte fueron á buscar.

La hallaron, sus huesos por montes y llanos  
Del Plata á los Andes blanqueando se ven;  
Cayeron peleando ó el cuchillo fiero  
Su cabeza heróica dividió á cercen.

Los que sobreviven trasmontan los Andes  
Que hollaron sus padres con pié vencedor,  
Llevando consigo la patria bandera  
Para ella esperando fortuna mejor.

Mentida esperanza ! Nueve años proscritos !  
Mejor combatiendo les fuera morir:  
Cruzar á caballo sus verdes llanuras,  
Ni á la sombra pueden del ombú dormir.

Silencio ! Cayeron los nobles patriotas  
Lidiando con brio por la Libertad:  
La patria algun dia libre de tiranos  
Les pondrá corona de inmortalidad.

## NOTAS.

---

1. La insurreccion del Sud estalló el 29 de Octubre de 1839, en Dolores, pueblo de tres mil quinientas á cuatro mil almas, situado á cincuenta leguas de Buenos Aires. Los hacendados patriotas que la encabezaron estendieron una Acta justificativa del movimiento, que he buscado inútilmente con la mira de insertarla aquí y de recordar á la patria futura y á la consideracion de los patriotas el nombre de los ciudadanos que la firmaron. Debo al señor Don Antonio Pillado, redactor de ella, que se halló en el combate de Chascomús en clase de secretario del general Castelli, algunos pormenores que me han servido para rectificar y formar estas notas.

El 30 de Octubre marchó de Dolores el comandante de milicias Zacarias Márquez con 400 hombres sobre Chascomús, á apoyar el pronunciamiento de ese pueblo y su campaña, el que se verificó con igual entusiasmo que en Dolores. Dias despues salieron Sotelo y Valdes con alguna fuerza menos para el Tandil, donde se manifestó tambien enérgica y unánimemente el sentimiento popular contra la tirania. En Chascomús se incorporaron á la division de Márquez algunas milicias del partido y de la Magdalena, y 300 hombres al mando del teniente coronel Don Francisco Olmos que estaban acantonados en la boca del Salado. Asi en pocos dias la insurreccion se estendió por la mayor parte del territorio mas rico y poblado de la provincia.

2. Chascomús, pueblo situado á 30 leguas al Sud de Buenos Aires.

3. La laguna de Chascomús tiene de circunferencia dos leguas, y braza y media de profundidad. Es la mayor que se conoce en la provincia.

4. Tapalquen, campo bañado por un arroyo de este nombre, 65 leguas al Sud-Oeste de Buenos Aires y 40 al oeste de Chascomús. Habia en él un acantonamiento de tropa de línea y de indios amigos, cuyo gefe era Granada, coronel de un regimiento llamado la Escolta. Segun buenos informes, los principales cabezas de la insurreccion estaban de inteligencia con la mayor parte de la oficialidad de este acantonamiento y con Granada mismo, quien les habia prometido cooperacion decidida en el momento oportuno.

Sea esto ó no cierto, nunca se lavará Granada de la mancha de traidor á la causa de la patria, porque estuvo en su mano salvarla sin derramamiento de sangre, adhiriéndose francamente al movimiento popular. Se dirá que entonces hubiera traicionado á Rosas y faltado á sus deberes de soldado. Estupidez ó sofisma. El soldado republicano se debe ante todo á la patria, y la patria está donde está el pueblo, la justicia y la libertad.

5. El combate de Chascomús sucedió el 7 de Noviembre de 1839, al amanecer. La jente de Olmos era la única bien armada y disciplinada que tenian los patriotas.

6. Apero, llámase así en el Rio de la Plata á la montura ó recado del caballo.

7. Matear, lo mismo que tomar mate.

8. En el combate de Chascomús, Castelli y Cramer capitaneaban el centro, Márquez la izquierda y Olmos la derecha. Cramer y Márquez cayeron en la carga. La izquierda de los patriotas se dispersó por la repentina fuga de un capitán de milicias, Portillo, quien arrastrando á los suyos introdujo el desórden en las filas; pero el centro y la derecha arrollaron al

enemigo: Olmos se portó bizarramente persiguiéndolo por muchas leguas. Este Olmos era uno de esos tipos singulares que solo produce nuestra tierra. Morador de los campos, sin educacion alguna, tenia toda la nobleza y elevacion de sentimientos de un patricio ilustrado. Despues de la derrota, emigró en clase de segundo jefe con la division del Sud; hizo toda la campaña con el Ejército Libertador; anduvo errante como tantos patriotas por Bolivia; de allí, cruzando los desiertos, se trasladó al Brasil, y nueve años despues del combate de Chascomús cayó prisionero en la jornada de Vences, peleando por la misma causa y bajo la misma bandera. ¡ Admirable valor y perseverancia !

9. D. Pedro Castelli, era hijo del famoso revolucionario de Mayo Doctor Castelli, ganó el grado de teniente coronel en la guerra de la independenciam, era rico hacendado y tenia mucha popularidad en la campaña del Sud, por cuyo motivo los patriotas lo aclamaron jeneral. Habia llegado el dia antes del combate al campamento de Chascomús y escapó á fuerza de brio en la derrota, de entre las lanzas enemigas y á uñas de un buen pa-rejero.

Se lo acusa de impericia y de atolondramiento. Para fallar sobre el valor de esta imputacion, es preciso fijarse en que el 7 se dió el combate, el 6 llegó al campamento y dos ó tres dias antes recibió la investidura de jeneral. El desastre de Chascomús mas que á impericia de los jefes patriotas debe atribuirse á la disciplina de la tropa de línea que las atacó. Castelli fué un mártir de la patria, como su padre un héroe.

10. Cramer era hacendado del partido de Chascomús. Obtuvo el grado de coronel en la guerra de la independenciam, mandando el rejimiento N.º 7 en las batallas de Chacabuco y Maypú.

11. El jefe de la division de Rosas era su hermano Prudencio, y Granada su segundo.

12. Consta de los partes de Prudencio Rosas publicados en las Gacetas de Noviembre, que en su division traia indios de los acantonados en Tapalquen y el Azul, cuyo número no menciona. Véanse los documentos.

13. Prudencio Rosas fué el primero que huyó del campo dejando en él su galera.

Buscándolo los suyos para anunciarle la victoria, le encontraron en un rancho cinco leguas distante. Algunos dispersos de la division de este cobarde fueron á tirar la rienda á Buenos Aires y á Lujan, 40 leguas al Norte, sembrando en el camino gorras, corazas y cuanto pudiera revelar que eran soldados de Rosas.

14. Márquez. La muerte de este bizarro comandante contribuyó en mucho á la dispersion de la izquierda de la línea patriota.

15. D. Manuel Rico, hombre de campo, pero de corazon sano, patriota y valiente, fué el principal apoyo de la insurreccion, á cuyo servicio puso el rejimiento 5.º de milicias de campaña, del cual era comandante. Habia anteriormente sido Juez de paz de Dolores y gozaba del favor de Rosas. Despues del desastre de Chascomús, emigró á Corrientes capitaneando la division de patriotas que se embarcó en el Rincon de Ajó: se portó bizarramente en la campaña del Ejército Libertador, mandando la lejion de su nombre y murió en la sorpresa de Sancala, en Enero de 1841.

16. Funes, capitan de milicias perteneciente á la fuerza de Olmos, quien, segun me dicen, lo dejara encargado de la custodia del campo, interperseguia á los dispersos. La victoria estuvo en manos de este traidor, que permaneció inmóvil mientras volviendo al campo, se rehicieron algunos escuadrones enemigos.

17. El decreto de la sala de representantes de Rosas poniendo fuera de la ley á los revolucionarios del Sud, es de 9 de

Noviembre: de suerte que puede afirmarse que no fué dictado para contener los progresos de la insurreccion sino para esterminar legalmente á los vencidos el 7 del mismo mes en Chascomús. Los principales fautores y preconizadores de este decreto nefando fueron, los doctores Lahitte, Torres, Saenz Peña, Gonzalez Peña, Baldomero Garcia, Medrano, Campana, Irigoyen, y los no doctores cura Argerich, Mansilla y Garrigós oficial mayor con funciones de Ministro de gobierno del Restaurador. Véanse los documentos.

18. No hay ley patria que determine y castigue los crímenes de rebelion y traicion. Los representantes de Rosas debieron por esto invocar y fundarse en la ley española, á cuyo nombre el rey de España declaró rebeldes y traidores á los revolucionarios de Mayo. Pero esa ley no estatua sino de vasallo á rey ó de amo á esclavo, cuando la soberanía estaba en la majestad real, no en el pueblo; y no sabemos contra qué majestad de nuevo cuño federal atentaba el pueblo de Buenos Aires insurreccionándose contra su tirano en Dolores. Segun la doctrina de los publicistas federales, donde está el pueblo no está la soberanía y la majestad, sino donde está Rosas.

¡ Prodigioso adelanto el que han hecho esos cráneos despues de la revolucion de Mayo !

Puede haber sin duda en una república crimen de traicion á la Patria y de rebelion contra las leyes. Pero la patria es el pueblo, y el pueblo no se traiciona á sí mismo. Los traidores sois vosotros que vendeis y sacrificais la patria á su tirano, decretando el esterminio del pueblo, porque no quiere ser esclavo como vosotros. El pueblo tampoco es rebelde cuando armándose en pro del derecho pide ser gobernado por leyes: ese es su derecho y su obligacion como pueblo libre. Los rebeldes sereis vosotros que hicisteis pedazos las leyes del pueblo y pusisteis á merced del capricho de Rosas la vida y la hacienda del ciudadano. El gran traidor y rebelde por la ley de la con-

ciencia pública, es el usurpador de la soberanía popular, el exterminador del pueblo y el conculcador de todas sus leyes, á quien disteis vosotros por antonomasia el título de Restaurador de las leyes.

19. El asesinato del Doctor Maza presidente de la Sala de Representantes, es un hecho muy conocido.

20. A mas de Chascomús y Dolores, los indios saquearon el Tandil y su campaña. Este hecho consta en los partes, publicados en la Gaceta, del jefe que fué á atacar aquel punto con 400 indios y alguna tropa. Véanse los documentos.

21. Estos versos no necesitan mas comentario que el siguiente, estraído de la Gaceta de Rosas N. ° 4912.

«En marcha, en la estancia de Acosta en los Montes Grandes, Noviembre 15 de 1839--Al Señor Juez de Paz y comandante militar de Dolores D. Mariano Ramirez.

«Con la mas grande satisfaccion acompaño á V. la cabeza del traidor forajido unitario salvaje Pedro Castelli, jeneral en jefe titulado de los desnaturalizados sin patria, sin honor y leyes, sublevados, que ha sido muerto por nuestras partidas descubridoras, para que V. la coloque en el medio de la plaza á espectacion pública, para que sus cólegas vean el condigno castigo que reciben del cielo los motores de planes tan feroces.

«La colocacion de la cabeza debe ser en un palo bien alto; debiendo esta estar bien asegurada para que no se caiga, y permanecer asi mientras el superior gobierno disponga otra cosa, debiendo V. transcribir esta nota á S. E. nuestro ilustre Restaurador de las leyes para su satisfaccion. Felicito á V. por este suceso tan interesante para nuestra sagrada causa federal y para todo el continente americano. Dios guarde á V. muchos años.»

*Prudencio O. de Rosas.*

Parece el ruido de un estúpido canibal.

22. Despues de escrita esta estrofa me informan que los patriotas que pudieron reunirse en Dolores se embarcaron el 15 de Noviembre, no en el Tuyú precisamente, sino cuatro leguas mas abajo en la embocadura del riacho del Ajó, en buques particulares, de donde se trasbordaron á buques de guerra, franceses que fueron allí con el objeto de socorrerlos. Su número ascendia segun unos á novecientos, segun otros á mil hombres, la mayor parte campesinos del Sud. De allí fueron transportados á Corrientes tocando antes en Montevideo para proveerse de víveres, y se incorporaron al ejército del jeneral Lavalle, en el cual formaron las Lejiones Rico y Mayo. Por el motivo antedicho agrego esta variante:

Huyen de la tierra donde su cabeza,  
 Del ombú á la sombra feliz descansó;  
 Que allí los persiguen; piedad extranjera  
 Benigno hospedaje les dá en el Ajó.

23. La campaña del Ejército Libertador al mando del jeneral Lavalle se abrió, puede decirse, el 10 de Abril de 1840 con la batalla de D. Cristóbal. Continuó con las batallas y combates del Sauce Grande, Arrecifes, las Matanzas, Navarro, San Pedro, Santa-fè, Quebrachito, Sancala, la Rioja, Angaco, San Juan etc; y se cerró con los desastres de Famaillá en Tucuman el 19 de Setiembre de 1841, y del Rodeo del medio en Mendoza el 24 del mismo. Duró esta campaña diez y ocho meses.

---



**A V E L L A N E D A .**

—

A D. Juan Bautista Alberdi dedica este poema su amigo  
y compatriota

EL AUTOR.

# **A V E L L A N E D A .**

---

## **C A N T O P R I M E R O .**

### **I.**

¿ Conoceis esa tierra bendecida  
Por la fecunda mano del Creador,  
De cuyo vírgen seno sin medida  
Fluye como el aroma de la flor  
La balsámica esencia de la vida,  
Y se palpa su espíritu y su aliento  
En la tierra, en la atmósfera, en el viento,  
En el cielo, en la luz, en la hermosura  
De su varia y magnífica natura ?

Tierra de los naranjos y las flores,  
De las selvas y pájaros cantores  
Que el Inca poseyera, hermosa joya  
De su corona r $\acute{e}$ gia, donde crece  
El camote y la rica chirimoya,  
Y el naranjero sin cesar florece,  
Entre bosques de mirtos y de aromas,  
Brindando al gusto sus dorados pomos.  
Donde el sacro laurel, ambicionado  
Galardon del Po $\acute{e}$ ta y del Soldado,  
Al rayo desaf $\acute{i}$ a entre la nube  
A par del cedro que gallardo sube,  
A el *pacará* que al viajador asombra<sup>1</sup>  
Cien ginetes cobija con su sombra.  
Donde el Zorzal y Ruiseñor, artistas  
De ingenua inspiracion sin hondas vistas,  
En las serenas tardes de verano,  
Cuando reina sin par melancol $\acute{i}$ a  
En la natura, el premio soberano  
Se disputan del canto y la armonia.

Sus casas son verjeles<sup>2</sup>  
Donde habitó la paz y la abundancia  
En tiempos mas felices, cuando fieles,  
A la costumbre y fé de sus mayores,  
O avenidos talvez con su ignorancia,

Vivian sus tranquilos moradores.  
Pero hoy ya no es así; de esos hogares  
La paz huyó ante la civil contienda  
Y quedaron el llanto y los pesares,  
De las pasiones viles triste ofrenda.

¡ Cómo admirarla lograreis sin verla,  
Ni por bosquejo alguno conocerla  
De pluma ó de pincel ! Cuando el Invierno  
Con el soplo glacial de sus montañas  
Viene el raudal eterno  
De vida á amortiguar en sus entrañas,  
Una virgen parece adormecida  
Sobre cama de céspedes florida  
Con las galas de ayer en torno suyo,  
Medio marchitas ya, pero olorosas,  
Flamantes y vistosas;—  
Duerme y no duerme, sueña;  
Oye soñando el plácido murmullo  
Del festin y la danza, el alborozo  
Del expansivo y hechicero gozo,  
Y el recuerdo de todo en la sonrisa  
De su plácido rostro se diseña,  
Como si el fresco animador volviera  
A respirar de perfumada brisa.  
Despues la primavera

Con su templado sol y sus rumores,  
Su concierto de pájaros cantores  
A electrizar sus miembros adormidos  
Llega y bañar en lumbre sus sentidos;—  
Y la virgen despierta  
De su sueño fugaz y se levanta  
Radiante de alegría y de frescura  
De gracia y de hermosura;  
Y á engalanar empieza  
Con corona de mirtos y arrayanes  
Su espléndida cabeza,  
Y su seno con ramos de mil flores  
De distintos matices y colores,  
Y á perfumarse con esencias puras,  
Derramando por montes y llanuras  
De su eterna beldad los resplandores:—  
Hasta que el sol de la estación ardiente  
Subir hace á su frente  
Todo el intenso ardor, toda la vida  
Que entre su seno inmaculado anida,  
Revistiendo de pompa y de grandeza  
Su jóven y magnífica belleza.

Tierra de promision y de renombre  
Enjendra en sus entrañas virjinales  
Cuanto apetece y necesita el hombre

Para vivir feliz;— en animales,  
En frutas y productos tropicales,  
En colosal vegetacion.— En vano  
El adusto verano  
La quema con su sol; el Aconquiya  
Que entre las nubes fija  
La nevada cerviz, de sus raudales  
El tesoro derrama y la fecunda,  
La baña con sus fríidos alientos  
Y sus campos sedientos  
De fresca lluvia y de vigor inunda.  
Entónce ella de lumbre  
Y de brillantes galas revestida,  
Bajo la azul techumbre,  
Cual magnífico templo se presenta  
Del infinito ser que la dió vida  
Y su eternal espíritu alimenta.<sup>3</sup>

¡ Cuán bella entónce es ! al pensamiento  
Cuánto inspira de luz y arrobamiento !  
Cuánto de eterna nutricion le ofrece !  
La mirada de Dios bañar pareco  
Sus selvas virjinales y sus montes,  
Sus campiñas y claros horizontes  
Y transformar con su inefable hechizo  
Aquella tierra en otro paraiso,

Paraiso de gloria y de esperanza,  
De pura, ingotable bienandanza.

¡ Cuán bella entónces es ! cuánto de calma  
De aspiracion sublime infunde al alma !  
Encantado jardin, valle florido  
Del Eden desprendido  
Para adornar el argentino suelo;  
Sus aires son aromas  
Que parece fluir entre azul velo  
Del seno de redomas  
Inmensas de azahar y de azucena,  
De *poleo*, cedron y yerbabuena;—<sup>4</sup>  
Brisas que dulcemente  
Los sentidos embriagan y la mente  
Y el corazón llenando de alegría  
Dán alas á la inquieta fantasía.

## II.

Pero ahí que en esa tierra  
Destinada por Dios para recreo  
Del humano deseo,  
Para mansion de paz y de ventura,  
Treinta años el demonio de la guerra

Sembró sangre, dolor y desventura.  
Triste fatalidad! Dios la bendijo  
Para entregarla al hombre en patrimonio  
Y el hombre en su delirio la maldijo  
Poseido del demonio,  
Del error y del mal.—De su natura  
La rica y rozagante vestidura,  
Como inmenso sudario,  
Solo cubre el *Osario*  
De dos jeneraciones  
Diezmadas en la aurora de la vida  
Por el plomo y el hierro fratricida  
De bárbaras y estúpidas pasiones.  
Y llevando la vista  
De la natura al hombre,  
El corazon se oprime y se contrista  
Viendo en la obra infernal de su locura  
Soledad y tristura,  
Ruinas, vestigios yertos  
De su implacable saña, cuyo nombre  
Nadie recuerda ya, medio cubiertos,  
Cual sepulcro de antiguos moradores,  
Por las silvestres plantas y las flores.

« Empero en esa tierra  
Que estrago tanto y maravilla encierra,

Aunque tristes derruidos, hay padrones  
Gloriosos de los tiempos que pasaron,  
Que á las generaciones  
De aquellos que con sangre de sus venas  
Para bien de la patria los labraron,  
Darán lecciones de elocuencia llenas;  
Hay manes cuya sombra,  
El sueño alguna vez de los tiranos  
Con presájos terríficos asombra,  
Hay reliquias que el pueblo  
Con pavor relijioso acaso nombra.

No siempre en ella el jénio de la guerra  
Sembró devastacion; tambien fecundo  
Su espíritu soplando en esa tierra  
Hizo brotar los gérmenes de un mundo,  
Y al ruido atronador de los cañones  
En tropel congregarse los campeones  
De la hermosa bandera  
Que inauguró en el Plata una nueva Era  
De luz y redencion;— y allí Belgrano,  
El varon inmortal cuya noble alma  
De todas las virtudes participa,  
Adiestra á combatir al Tucumano,<sup>s</sup>  
Y á manejar el hierro que emancipa.

Y allí vino à la vida Monteagudo,  
El de gran corazon é injénio agudo,  
Del porvenir apóstol elocuente,  
Que entre las pompas del marcial estruendo  
Fué desde el Plata hasta el Rimac virtiendo  
La fé viva y la lumbré de su mente.<sup>6</sup>  
Mas que al jénio, al coraje y à la suerte  
Cònfíando su destino,  
La bicolor bandera  
Lid de vida ó de muerte  
Trabó con los pendones castellanos;<sup>7</sup>  
Y allí el *sepulcro* está de los *tiranos*  
En el *campo de honor*, do el fuego no arde  
De los bivaques ya, ni triunfadores  
Vivas de guerra el morador escucha,  
Ni al son de las trompetas y atambores  
Pompas se ven de militar alarde.  
De esa tierna brotaron  
Los tercios y escuadrones que humillaron  
En Tucuman y Salta el altanero  
Orgullo del Leon de las Españas,  
Y cruzando asperezas y montañas  
Mas allá del fatal Desaguadero  
Colérico y bramando lo arrojaron:  
Y allí el pueblo Argentino à las naciones,  
Que ántes siervo lo vieron del Hispano,

Mostrando sus trofeos y blasones  
Les dijo, libre soy y soberano.<sup>6</sup>

Mas ay ! pronto para ella  
De tanta gloria se borró la huella !  
Y en sus montes y valles,  
Cuyo histórico nombre reverencio,  
En sus plazas y calles,  
Todo es hoy soledad, todo silencio  
Que infunde al corazon tristeza y pasmo.  
Pasaron esos dias  
De esperanza feliz y de entusiasmo,  
De inmensas alegrías;  
El poder Español cayó vencido  
Y á las pompas y víctores del triunfo  
Las lágrimas y el luto sucedieron;  
De la discordia el infernal ruido  
Y sus campos de sangre se tiñeron,  
Hoy solo como helado  
De ese suelo fecundo  
Parece desprenderse vagabundo  
Como un eco gigante del pasado,  
Que habla de *patria y libertad* al hombre,  
Infunde á su alma inspiracion de gloria  
Y las grandes hazañas y el renombre  
De aquel tiempo bosqueja su memoria.

Pero ese éco de Mayo  
Que al traves de los tiempos como un rayo  
De luz y de esperanza  
A reanimar del patriotismo alcanza  
La fé ya vacilante y la energía,  
Es un éco inmortal—la profecía  
Perpetua é insondable  
Del porvenir magnífico y fecundo  
De un pueblo americano sin segundo  
En gloria y en desdicha;—es la trompeta  
Del ángel redentor que allá en los siglos  
Circuido de tinieblas y vestiglos,  
Regocijado oyó el género humano,  
Y cruzando los mares de repente,  
Del viejo continente  
El génesis moral del nuevo mundo  
Vino á anunciar al génio Americano.  
Y asi como en el Plata  
Toda una prole oyera,  
Allá en los tiempos de memoria grata,  
Ese éco grande anunciador de una Era;  
Unas y otras sin fin jeneraciones  
A oírlo volverán y su doctrina  
Se encarnará en robustos corazones,  
Y ellos cumpliendo su mision divina,  
Como el profeta místico de oriente,

De sus hermanos marcharán al frente,  
Mostrándoles en horizonte oscuro  
Los claros y serenos resplandores  
De la Patria ideal de sus mayores.

### III.

Y en la noche callada,  
Poseído de fatal melancolía,  
Cavilando en la nada  
De las obras del hombre,  
Un jóven tucumano  
Ambicioso de nombre,<sup>10</sup>  
Como buscando los escombros tristes  
De la que fué morada de Belgrano,  
Por el *Campo de honor* el pié movía,  
Campo santo teñido  
Con la sangre de dos generaciones,  
Mártires de la Patria en el olvido,  
Monumento de gloria  
Del patriotismo heróico y la victoria,  
Y al pié de la pirámide de Mayo<sup>11</sup>  
Que baña de la luna el mústio rayo,  
Donde la yerba crece

Y rastro de pié humano no aparece,  
Sin querer se detiene;—un sentimiento  
Hondo y tenaz el corazón le oprime,  
Una idea sublime  
Le persigue do quier y lo desvela.  
Por ventura aquel eco del pasado  
Que vaga entre las ruinas jemebundo  
Su jóven corazón ha electrizado,  
O acaso en la derruida *Ciudadela*  
La corneta sonando, ha removido  
De su alma de poeta en lo profundo  
Lo pensado, lo ideado, lo sentido ?  
Ello es que como rápida corriente  
Imágenes, ideas mil pasaron  
Por su cabeza ardiente,  
Y con el ojo largo tiempo fijo  
En aquel monumento,  
Rechazando uno y otro pensamiento  
Que se agolpa tenaz, para sí dijo:  
« En vano nuestra mente enardecida  
Quiere sondar las leyes de la vida,  
Los misterios del mundo y del Creador,  
Y engolfada en oscuro laberinto,  
Sin ver nada cual es, claro y distinto  
Rastrear en su locura  
Despechada procura

De la verdad suprema un resplandor.  
En vano de la ciencia  
Invoca los oráculos mentidos,  
O pide á la esperiencia  
El enigma del ser;—de sus sentidos  
La claridad se ofusca,  
Su razon desfallece bajo el peso  
De la duda mortal: en vano busca  
Satisfacer su aspiracion sublime  
De luz y de verdad, si un muro espeso  
De error y de tiniebla la comprime.»  
« Qué es el hombre ? Do vá ? Cuál su destino?  
Donde está el hacedor de tantos mundos ?  
Quién es el suyo ? De que ser provino ?  
De que senos fecundos  
Brotó el raudal de vida que alimenta  
La vida universal y la hermosura  
Siempre viva, eternal de la natura ?  
Porqué la muerte unida  
Nace siempre á la vida ?  
Por qué el mal y el dolor continuamente  
Toda criatura hacen jimir, y eterno,  
Cual la vida infinita, omnipotente  
Es su imperio infernal sobre la tierra ?  
Por qué hay mal necesario y los hermanos  
Como tigres feroces

Al antojo de barbaros tiranos,  
Se despedazan en perpetua guerra ?  
Por qué si hay Dios omnipotente y sabio  
Consiente que abra el hombre  
Para quejarse ó blasfemar el labio  
En vez de grato bendecir su nombre ?  
Arcanos ! siempre arcanos !  
Do quier abismo do se pierde loca  
La razon impotente  
Y el aliento del alma se sofoca !  
No hay, no, felicidad para la mente  
Que anhele conocer, ni luz, ni puerto  
A su incansable aspiracion abierto».

«Y despues de la mente,  
Otro enigma sin nombre,  
El corazon del hombre,  
Sediento é insaciable  
Cual las arenas de la mar, é instable,  
Voluble cual las ondas,  
Pide felicidad eterna y pura  
Sin dejos de dolor ni de amargura;  
Y al asir lo que busca, lo que adora  
Lleno de fé en un raptó de delirio,  
Como humo entre sus manos se evapora,  
Dejándole pegado en las entrañas

El ardiente escozor de su martirio.  
 Ama y desecha necio  
 Lo que ayer fué á su gusto  
 De inestimable precio !  
 Lo bueno, lo ideal, lo bello y justo  
 Cuanto anhela sediento,  
 Imagina ó concibe el sentimiento,  
 Lo apetece, lo goza en esperanza,  
 Mas nunca lo halla, y siempre lo desea,  
 Y jamás satisfecho, nunca alcanza  
 Esa sombra de bien que lo recrea.

«La verdad, la justicia,  
 El bien, la dicha que el mortal codicia,  
 ¿ Entes son producidos  
 Por los sueños mentidos  
 De la imaginacion y condenado  
 Está el hombre á vivir siempre engañado ?  
 Horrible decepcion ! Horrible duda !  
 Solo hay para él una verdad desnuda—  
 La muerte y el dolor: —pero entre tanto,  
 De la muerte la vida  
 Brota y se reproduce sin medida.  
 Y la muerte alimenta  
 La vida engendradora que fermenta  
 En toda la creacion: —luego la muerte

Es la ley de la vida irrevocable.<sup>12</sup>  
Y el dolor? El dolor l. . . . inexorable  
Gusano asido á la materia viva  
Imposible es que nadie te conciba !

« La vida es un combate  
Perpetuo contra el mal que nos circunda,  
Misero lidiador el que se abate !  
Para sufrir nacimos; ser nos diera,  
Nos sacó de la nada el ser increado,  
El que es lo que es, el que será lo que era.  
Cada ser ó criatura  
Incorporada trae en su natura  
Su condicion de vida y de existencia,  
Su ley de inescrutable Providencia.  
La ley del hombre es progresar contino,  
Para llegar á incógnito destino,  
Y devorando del dolor la angustia  
Proseguir su camino  
Al traves del caos con alma mústia.  
Quién le impuso esa ley irrevocable ?  
Quién á su imperio crudo  
Sometiera su espíritu indomable ?—  
Se la dió quien lo quiso y quien lo pudo,  
Y maldecirla es vano, aborrecerla  
Si es fuerza resignado obedecerla:

Fuerza no, sí deber, deber sagrado  
Pues que le fuere dado  
Al hombre descubrirla y conocerla  
Y con libre y veraz conocimiento  
De esa ley someterse al cumplimiento.

« Grande es el hombre, sí, pues su flaqueza  
Su miseria conoce y su grandeza  
Y concibe lo grande y lo ambiciona  
Y al deber se somete en pleno juicio,  
Al dolor, á la muerte, al sacrificio  
Como rey de sí mismo, y se corona.  
La humanidad se educa y perfecciona  
Progresando sin fin, como sus hijos,  
Los hombres y los pueblos, tras prolijos  
Años de error y afanes,  
De luchas, de tinieblas y huracanes,  
Aprenden en su escuela  
Si ella como madre les revela,  
De Dios, de la creacion, de las verdades  
Que el genio ha descubierto en las edades,  
De las leyes del mundo y de la ciencia  
Que al abismarse en el no ser los siglos  
Van legando á los siglos en herencia.  
Y á la luz de su verbo los vestigios,  
Los errores que ofuscan de la muerte

La aspiracion sublime se evaporan;  
Caen á su pié los ídolos que adoran  
Los pueblos obcecados de repente;  
El hombre ve lo que es; el mal su imperio  
Pierde á medida que la mente humana  
Creciendo en perfecciones un misterio  
Nuevo de la creacion columbra ufana;  
El bien nace do el mal solo estendia  
Su noche de dolor y de agonía,  
Y el hombre recibiendo el don divino  
Lo bendice y se goza, porque alcanza  
A ver en misteriosa lontananza  
El enigma ideal de su destino,  
La tierra prometida á su esperanza.

« Perspectiva sublime !  
Consoladora idea,  
Que el ánimo redime  
De desesperacion, y la tarea  
Llevadera nos hace, y la fatiga  
De la carne mitiga !  
Idea cuyos bellos resplandores  
Como hoy entre tinieblas la diviso,  
Columbraron quizá nuestros mayores  
Cuando aquí en esta tierra que yo piso,  
La semilla feraz del bien plantaron

Y con la sangre suya la regaron.  
Reinar, confusos como yo ellos vieron  
El mal en rededor, la tiranía,  
Y su poder jigante no temieron  
Porque tuvieron fé, porque quisieron,  
Dando la vida suya en sacrificio,  
Dejarnos de una Patria el beneficio.  
Su obra efimera fué y aquestas ruinas,  
Donde erece la yerba y las espinas,  
Atestiguando están que otros tiranos  
La obra pulverizaron de sus manos.  
Bien de Moreno el grande lo decia  
La veraz pero infausta profesia !<sup>13</sup>  
Mas su bárbara saña no ha podido  
Borrar de nuestra historia  
El rastro de lo grande  
Que su jigante genio ha producido;  
Ni condenar á olvido su memoria !  
Y tú aunque humilde, solitario y mudo  
Ante mí de pié estás ¡ oh monumento !  
Para infundirnos varonil aliento.  
De los héroes de Mayo siempre hablamos  
Y sus altas virtudes enseñamos.  
Pirámide inmortal ! Yo te saludo:  
Yo que allá en mis niñeces  
Mezclado tantas veces

Al vivo murmullo  
De armas, pueblo, soldados y atambores  
Salté regocigado en torno tuyo,  
Vivas dando á la patria triunfadores  
Con infantil orgullo;—  
Hoy á pedirte solitario y triste  
Vengo en hora sombría  
La inspiracion vivaz y la enerjia  
De las grandes acciones,  
O á lo menos un rayo  
Del jenio de los inclitos varones  
Que enjendraron á Mayo  
Y estamparon con hierro independiente  
Su dogma salvador sobre tu frente,  
Para que hablando siempre á la memoria  
De sus jeneraciones les marcasse  
La senda del deber y de la gloria.  
Pirámide inmortal, yo te saludo  
A nombre de Belgrano y Monteagudo.

« Pero ah ! la Patria libre  
Que en hora de fortuna  
Sacará de la nada  
Su soplo enjendrador,  
Esclava es nuevamente  
De bárbaros tiranos,

Que llevan sobre tumbas  
La ensaña del error. »

« Un bando de egoistas  
La puso en almoneda,  
Despues de ensangrentarla  
Por ambicion vulgar;  
Y para escarnio suyo  
Un idólo monstruoso,  
Sin jénio ni virtudes,  
Pusieron en su altar.

« El pueblo era ignorante,  
Los viles le engañaron  
De sus pasiones malas  
Cebando la embriaguez;  
Y el pueblo se hizo esclavo  
De los tiranos mismos,  
Que ajaron de su nombre  
La hermosa brillantéz.

« Los padres de la Patria  
Proscriptos, sin amparo  
O de dolor murieron,  
O al filo del puñal;  
Llorando su destino,  
De su obra renegando,

Del despotismo viendo  
La exaltacion brutal.

« Pero su voz nos llama,  
Su voz desde la tumba  
A nosotros sus hijos  
Nos dice — «despertad;  
« Para que pueblos haya,  
« Preciso es que haya mártires  
« Que luchen y sucumban  
« Por la fraternidad.»

#### I V .

Abrumado aquel jóven, entre tanto,  
De cansancio y vijilia  
Sobre la grama se reclina un tanto,  
Al pie de aquel humilde monumento  
Emblema de un grandioso pensamiento;  
Y brotando del pecho enternecido  
El recuerdo querido  
De sus hijos, su esposa y su familia  
Viene á asaltar su acalorada mente,  
Y á doblar la funesta incertidumbre  
Que ajitado le trae continuamente.

El astro de Endimion claro y sereno,  
Como lámpara inmensa de topacio  
Suspendida de Dios en el palacio,  
Resplandecía lleno  
En el azul espacio;  
Los insectos hablaban en su idioma,  
Y la nocturna brisa,  
Perfumada de esencias  
De azahar y de aroma,  
Se mecía en sus alas con dulzura  
Derramando balsámica frescura;  
Y embriagado por ellas ó adormido  
Quedó el cuerpo del jóven y el sentido.  
Entónces como en sueño parecióle  
Ver alzarse las sombras de Belgrano,  
Monteagudo, Balcarce y otros héroes  
Que ilustraron el nombre tucumano,  
Y en sus valles dejaron y montañas  
La huella varonil de sus hazañas:  
Y despues parecióle  
Ver la Patria querida,  
Libre y feliz, sobre su jóven frente  
Acercarse á poner agradecida  
Una corona de laurel lucida:  
Y despues como henchido y palpitante  
Sintió en su pecho aliento de gigante,

Y oyó, como llevados por los vientos,  
Cruzar estos fatídicos acentos,  
Quizá ecos del pasado ó profecías  
Del porvenir gloriosas y sombrías:

Alma noble despierta  
Del juvenil letargo,  
La tierra está cubierta  
De sombras para ti;  
Del bien y de la vida  
La lumbre no está léjos  
Que buscas poseído  
De ansioso frenesí.

Despierta y toma el vuelo,  
Erguida y temeraria,  
Por la region del mundo  
Como águila réal;  
La realidad te llama,  
Te brinda tus tesoros;  
El aire que respiras  
Es para tí mortal.

La vida es corto viaje,  
¡ Cuitado el peregrino,  
Que falto de coraje  
Se echa pronto á dormir !

De los ignotos mundos  
Para él las maravillas  
No son, ni los profundos  
Arcanos del vivir.

Coraje, pues, y marcha  
Si quieres ser dichosa,  
Si anhelas de tus sueños  
La realidad palpar;  
Si el bien amas de veras  
Y á realizarlo aspiras,  
Si quieres la potencia  
De tu ambicion probar.

La gloria te reserva  
Laureles inmortales  
Que del cobarde nunca  
La sien coronarán:  
Ya suenan los clarines,  
A conquistarlos corre  
En la sangrienta arena  
Do vivos brotarán.

Belgrano, Monteagudo,  
Los héroes de tu Patria  
Te marcan el sendero  
De la inmortalidad;

La tiranía intrusa,  
Robando sus conquistas,  
Pide nuevos campeones  
Para la libertad.

Ya vino el nuevo Mayo:  
Libertadoras lanzas  
Se templarán al rayo  
De su brillante sol;  
Y el hierro enmohecido  
Descolgarán los héroes  
Cuyo pujante brazo  
Dió grima al español.

Alma noble, despierta !  
La gloria te convida,  
La Patria desdichada  
Te impone ese deber:  
De sangre ya están tintos  
El Paraná y el Plata,  
De sangre que el tirano  
Feroz hizo correr.

Coraje, pues, y marcha  
Si quieres ser dichosa,  
Si anhelas de tus sueños  
La realidad palpar;

Si el bien amas deveras  
Y à realizarlo aspiras,  
Si quieres la potencia  
De tu ambicion probar.

## V .

Y despertando el jóven de repente,  
Como armado de fuerza omnipotente  
Sintió su corazon; la incertidumbre,  
Las cavilosas ansias de su mente  
Huyeron cual vapor ante la lumbre  
De alta revelacion, y à su caballo  
Clavando las espuelas,  
Despareció cual rayo  
De aquel campo tristísimo de gloria  
Para el alma fecundo y la memoria.

Allí el éco gigante del pasado  
Habia en sus entrañas resonado;  
Y el ayer jóven de existencia oscura,  
Sin nombre ni prestigio,  
Se levantó gigante en estatura  
Para dejar de gloria hondo vestijio;  
Y su potente voz, reproduciendo

El éco animador, en las entrañas  
Retumbó de los cerros y montañas,  
Como trompa de alarma y de combate  
Desde Jujuy á la Rioja y Sinsacate.<sup>15</sup>

Y el pueblo tucumano estremecido  
El éco grande y redentor ha oído.  
¿No lo veis como en Mayo  
Arder todo en espíritu guerrero,  
Y calentar al rayo  
De la fragua el acero,  
Y preparar bridones  
Y lanzas y fusiles y cañones?  
¿Por qué se vuelve á armar? es que la guerra  
Civil tala otra vez su hermosa tierra?  
¿Es que otra vez la estraña tiranía,  
Triunfante como un dia,  
Vuelve el *sepulcro* á hollar de los tiranos,  
Y removiendo su sangriento lodo  
Temeraria procura  
Se lo labren los hierros tucumanos  
Junto al osario del soberbio godo?  
No, no; pero en el Plata,  
Dominator y fuerte y orgulloso,  
Un tirano monstruoso  
Sobre monton de craneos de patriotas

El bárbaro pendon del egoismo  
Sacrilego levanta; el pendon mismo  
Que ante el fulgente rayo  
De los soles de Mayo  
El polvo agonizando allí mordiera;  
El que con saña fiera  
Pasearon los anárquicos caudillos,  
Como plaga infernal por las ciudades  
Donde el jérmen de Mayo produjera  
Luz, progreso, prestigio y libertades  
Y ambicionando el cetro y el dominio  
Arrancando á los godos visoreyes,  
Ese intruso tirano,  
Conculcador de las patricias leyes,  
Su dogma de barbarie y de esterminio  
Desde el Plata á los Andes  
Pretende propagar torciendo insano  
De un pueblo heróico los destinos grandes.

Pero campeon primero  
De la honra y libertad del Argentino,  
El pueblo Correntino  
En la arena se lanza,  
A contrastar la bárbara pujanza  
Del tirano feroz con su heroismo,  
Oponiendo á la fiera

Enseña de terror y barbarismo,  
La gloriosa bandera,  
De Salta y de Maipú; y en Pagolargo,  
Nombre fatal y de recuerdo amargo,<sup>16</sup>  
La sangre correntina corre á rios  
Bajo el cuchillo atroz de sus sayones,  
Sin que perdiendo los heróicos brios  
Desmayen tan robustos corazones.  
Chascomus en seguida  
Vé á la bandera de la Patria erguida  
Cáer á manos de traicion odiosa  
Entre lagos de sangre generosa.<sup>17</sup>  
Mas luego, la legion Libertadora  
En el Yeruá la planta vencedora;<sup>18</sup>  
Y Corrientes, batiendo  
Las palmas con estruendo,  
Otra vez la saluda;  
Las cadenas rompiendo  
Para emprender la lucha brazo á brazo,  
Cayendo y levantando como Antéo,  
Con el feroz demonio que quisiera  
Cercenar su cabeza de un hachazo,  
Para hacer de ella espléndido troféo.  
Y en Don Cristóval de feliz memoria,  
Entre sus mismas lanzas y cañones,  
Presajando á su patria la victoria,

Vieron despues flameando esa bandera,  
Conturbando las bárbaras lejiones.  
Y héla tambien, sobre la cana frente  
Que en las nubes esconde el Aconquija  
Como en Julio mostrar de sus colores  
Los blancos y celestes resplandores;  
Y á la potente voz de Avellaneda,  
Cuya mirada lo profundo abarca,  
Tucuman y la Rioja y Catamarca  
Y Salta con Jujuí, ya en torno suyo  
Agolparse con júbilo y murmuilo,  
Para oponer, unidos como hermanos,  
Al pendon federal y los villanos  
Que sostienen su inicuo poderio  
En Santiago y en Córdoba y en Cuyo,  
El hiero destructor de los tiranos.

De pié en el Norte está la liga santa,  
Para salvar la patria de Belgrano  
De tanto mónstruo y de desdicha tanta,  
Y á su frente el gran pueblo Tucumano,  
De pié está y formidable. Avellaneda,  
Que el patriotismo y la virtud hereda  
De los héroes de Mayo,  
La inspira y la calienta con el rayo  
De su elocuencia, espíritu y bravura.—

Veinte y cinco años cuenta  
El jóven Tucumano, y su figura  
Descuella sobre todas,  
Como el *Tarco* descuella en estatura  
De su patria en las selvas; la potencia  
Dióle Dios de robusta inteligencia,  
Voluntad eficaz, jenio y audacia  
Para elevarse al mando de repente  
Y á todos imponer por su ascendiente.  
A par de otros ilustres en renombre,  
Querido ya es y popular su nombre,  
Porque la luz divina  
Que el jenio esparce en rededor fascina,  
Subyuga sin querer los corazones,  
Cuando en hora oportuna apareciendo  
Sabe herir en lo vivo las pasiones  
Que están opresas en su seno hirviendo.  
Su estatura arrogante, aunque pequeña,  
En los grandes concursos se diseña  
Por el rostro lampiño y la ancha frente,  
El ojo grande y la mirada ardiente;  
El arco de su pecho fortaleza  
Revela varonil, y su cabeza,  
Poblada de cabellos renegridos,  
Honda penetracion y pensamientos  
Que en tumulto se ajitan combatidos

Por choque de contrarios elementos;  
Su nariz aguileña el aire aspira  
Con anhelante ardor, mientras su labio  
Grueso, elocuencia y persuacion respira,  
Cuando sereno y grave en él asoma  
Solo el consejo y la razon del sabio  
O de negocios árduos el idioma.

Tal es Avellaneda, alma potente  
De la liga del Norte, á cuyo impulso  
Los jefes se conmueven, obediente,  
Entusiasta, convulso,  
De Catamarca el pueblo y el Riojano,  
El de Salta y Jujuy y el Tucumano,  
Hierve, corre y armado se levanta  
Para lidiar con fé en la guerra santa.  
Acha, el jóven terrible cual su nombre,  
Madrid, el incansable veterano.  
De los heróicos tiempos de Belgrano,  
Pedernera, soldado de renombre;  
El Chacho, de la Rioja audaz *llanero*,  
Lo llevan al combate, atravesando  
Rios y montes y el terror sembrando,  
Donde relumbra su temible acero.  
No hay armas ni dinero  
Pero soldados sí para la guerra,

Almas de temple estoico  
Y patriotismo heroico;  
Y el plomo, el hierro de labrar la tierra,  
El de templos y hogares  
Muy luego en proyectiles  
Se trasforman y lanzas;  
Y la miseria misma, varoniles  
Animos produciendo,  
Patriotas y soldados á millares  
Hace trotar contra el tirano horrendo.

En vano, rico en infernales tramas  
A los patriotas dividir procuras  
Que honra y escudo son del Argentino;  
En vano el oro ¡ Oh vándolo ! derramas  
Robado al pueblo mismo  
Que se postra á adorarte,  
Y al veneno, al puñal del asesino  
Acudes y al terror para salvarte:  
Armas dignas de ti, pero impotentes  
Son para el patriotismo,  
Esas que usa tu bárbaro egoismo.  
Ya Córdoba de pié, tomando alientos,  
Grito libertador lanzó á los vientos,  
Y abrazando á Madrid y sus tucumanos  
Selló el pacto feliz con sus hermanos.<sup>19</sup>

Ya en el sauce el cañon de la batalla  
 Te anuncia que tremendo  
 Cerca de tí el estruendo  
 Del trueno libre y vengador estalla.<sup>20</sup>

Desde Córdoba á Salta y Famatina  
 Arde todo el país; do quier el hierro,  
 Que al castigo de vándalos destina,  
 Libre se afila al pedernal del cerro  
 Como en tiempos de Mayo; do quier zumba  
 El plomo del fusil, y jigantesco  
 El grito *Patria y Libertad* retumba  
 Por los floridos valles y montañas  
 Que vieron de sus hijos las hazañas.  
 De una jóven cabeza  
 Por el jénio inspirada de la patria,  
 Preñada de terrífica grandeza,  
 Brota la chispa del voraz incendio  
 Que raudales de sangre generosa  
 Solo apagar podrán. . . . sangre de hermanos !  
 « ¡ Oh Dios ! ¿ Por qué ominosa  
 « Como plaga infernal, siempre en la tierra  
 « La discordia y la guerra ?  
 « ¿ Por qué caudillos hay, porque hay tiranos  
 « Cuyo infausto poder, cuyo egoismo  
 « Convierten en infierno

« La mansion bella que tú diste al hombre  
« Para dichoso bendecir tu nombre ?  
« ¿ Por qué el mal es eterno,  
« Y el jenio, la virtud y el patriotismo  
« Contra su férrea potestad se estrellan ?  
« Porqué no llegan nunca  
« Las terrestres plegarias á tu oído,  
« Y las generaciones  
« Ante tu trono helado se querellan  
« Con eternal jemido ?  
« ¿ Por qué libres, dichosas las naciones  
« No son, y su destino es un problema ?  
« ¡ Qué ley pesa sobre ellas ! ¡ qué anatema ! »

Esto, animado de heroismo santo,  
Presintiendo quizá fatal destino,  
Piensa y revuelve Avellaneda, en tanto,  
Que el fuego de su espíritu divino  
Circula de su patria en las entrañas  
Acciones grandes produciendo estrañas;  
En tanto que del éxito insegura  
Su fé vacila, entre tinieblas, pura,  
Y su noble alma herida se subleva  
Ante la sangre y lágrimas que lleva  
La guerra en pos de sí, ante los dolores,  
Que en su patria querida,  
Vencidos sembrarán y vencedores.

## VI.

Entre tanto ¿ no veis ? de Buenos Aires  
En los campos del Norte, ya alta nera,  
Burlando de la suerte los desaires  
La gloriosa bandera  
De los libertadores  
Desplega sus simpáticos colores.  
¿ Qué será del tirano,  
Imborrable baldon del Argentino,  
Si el pueblo se alza á sacudir el yugo ?  
En vano su cabeza de asesino  
Querrá sustraer á el hacha del verdugo.  
¡ Pero ah ! que la ciudad grande en la historia  
De tantos héroes y patriotas cuna,  
Perdiendo la memoria  
De lo que fuera en horas de fortuna,  
De lepra de egoismo carcomida,  
Pasmada de terror, casi sin vida,  
Brio no tiene en las heladas venas  
Para romper de un soplo sus cadenas;  
Y á sus hermanos libres y altaneros  
Vé alejarse con ojos de cadáver  
Destinado á los buitres carniceros.

¡ Misera Buenos Aires ! cuán menguado  
Destino te ha tocado !  
¡ Cuán bajo, Buenos Aires, has caído !  
Ayer reina del Plata  
Te proclamaba el mundo,  
Hoy de tirano inmundo  
Eres la esclava vil. ¡ Oh cuán ingrata  
La estrella tuya ha sido !  
¡ Qué mengua para tí, pueblo argentino !  
¡ Romper audaz el cetro de los reyes,  
Que acataste tres siglos por divino,  
Para morder despues cual potro fiero  
El freno de oro de tus propias leyes,  
Y delirando insano,  
Postrado de fatiga  
Doblar la espalda al látigo villano  
De un oscuro y cobarde ganadero !  
¡ Qué méngua para tí, pueblo argentino !  
De la burla de innobles corazones  
Gangrenados de lepra y de inmundicia,  
Y consentir que escupan tus blasones  
Y que la vieja Europa  
Bárbaro te apllide con justicia !  
Qué mengua para tí ! pasar primero  
De esclavo á rey para sufrir que un dia  
Un tirano sin nombre ni valia

De tu sien la corona arrebatase  
Y como vil gusano te pisase !

Pero ah ! de tu mal hado  
No fuera ese el funesto resultado.  
Para los pueblos grandes no hay destino  
Fatal y necesario; no, en la historia  
Hondo rastro dejando, ancho camino  
Ellos se trazan de grandeza y gloria.—  
Mal que pese á tu orgullo  
(No te quiero adular) hijo es el tuyo  
De tu ciega ignorancia y egoismo.  
Se heló en tu corazon el patriotismo;  
Porque mas que á la patria, los placeres,  
El oro idolatraste,— y esclavo eres  
De cuerpo y de alma,—adorador villano  
De otro Midas bestial, cuando pudiste  
Aniquilar de un soplo á tu tirano  
Y volver á ser pueblo como fuiste.

Llora, pueblo, ¿ no ves ? del Quebrachito  
En los desiertos campos  
Yace postrado el lábaro bendito,  
La bandera inmortal que en tu agonía  
Redencion, nueva vida te traía.  
Llora pueblo por tí; ya los bridones  
De sus nobles campeones,

Soplo aspirando de inflamados vientos,  
Doblaron la rodilla allí sedientos;  
Y azorados los vieron las lejiones  
Del tirano lidiar, con alma fuerte  
Desafiando al destino y á la muerte.  
Los que no caen al golpe de la lanza  
Los degüella el cuchido inexorable,  
Y do quier la venganza  
Acosa á los dispersos implacable.  
Córdoba, libre ayer y todavia  
Convulsa, palpitante de alegría,  
Con corazon de sobresalto lleno  
Los recibe en su seno,  
Para entregar despues, en convulsiones,  
El noble cuello al bárbaro cuchillo  
Del verdugo caudillo,  
Y sus hembras, y su oro á sus sayones.

El ejército libre se retira  
Desecho y en desorden,  
Y las esclavas huestes  
Que acaudilla el precito  
En la sierra de Córdoba aparecen,  
Todo entonce es conflicto.  
Los pueblos de la liga se estremecen  
Heridos de estupor como si viesen

Horda inmensa de crímenes preñada  
 Por el infierno mismo vomitada.  
 Pero á la voz impávida y severa  
 De Avellaneda, Cubas, Pedernera;  
 Al májico prestigio de Lavalle,  
 De Salas, Acha, Lamadrid y el Chacho,<sup>22</sup>  
 Recobrando su indómita enerjía,  
 Corren á reparar con bizzarria  
 El desastre ominoso del Quebracho.

Pero ¡ ah ! que divididos por montes y desiertos,  
 Sin oro ni recursos, sin unidad de accion,  
 No bastan á salvarlos del enemigo fuerte  
 Ni indómita bravura, ni heróica abnegacion.

En San-Catá dormidos para morir sin gloria  
 El silbo los despierta del plomo federal:<sup>23</sup>  
 Allí sucumbe Rico como tambien Gijena,  
 Con muchos de sus bravos á lanza y á puñal !

Y su cabeza noble sobre picota infame  
 El sanguinario seide de la brutalidad,  
 Clavar hace en la plaza do electrizando á Córdoba  
 Gritó con voz de trueno: ¡ viva la libertad !

La Rioja que nutriera del *tigre de los llanos*  
 La bárbara, la fiera, la horrible intrepidez;<sup>24</sup>

La Rioja, libre ahora, da asilo á los que llegan  
Desnudos refiriendo de San-Calá el revés.

Allí con sus cuyanos alarde otra vez hace  
El apóstata fraile de su impiedad feróz,  
Y encuentra su deleite en ver de los rendidos  
La convulsiva muerte tras el martirio atróz.

En Tucuman, en tanto, la liga reconcentra  
Para cobrar alientos sus fuerzas y poder,  
Como leon batido por carniceros dogos  
Indómito y luchando suele retroceder.

¿Baluarte de la Patria como en los tiempos mayos,  
Sepulcro de tiranos á ser va Tucuman ?  
¿Lo aclamará ella libre, ó mártir de sus dogmas  
Los pueblos argentinos llorarlo deberán ?

Dios sabe de su suerte: ello es que en la palestra  
Donde destinos grandes á decidirse van,  
Confiando en su derecho, de pié como un solo hombre  
Sublime de heroismo provoca al huracan.

Avellaneda es su alma, su pensamiento vivo,  
Su patriotismo puro, su santa inspiracion:  
Su jénio reconcentra la aspiracion de Patria,  
Los dogmas y esperanzas de una generacion.

---

## CANTO SEGUNDO.

### I.

La ciudad placentera  
De la gótica ciencia y los doctores,  
Córdoba la altanera,  
Por mano del verdugo  
Que á Rosas marcar plugo  
Para la obra infernal de su deseo,  
Ha sufrido el martirio y el saqueo.  
Rebelde ha poco, por la vez primera  
A su antigua bandera  
De bárbaro y local federalismo,  
Ha pagado ese crimen con usura  
Bajo el golpe mortal del hierro mismo

Del ídolo que hiciera en sú locura.  
Y ahí le teneis postrada,  
Examine y callada  
Al pié de los sayones  
De rojizas libreas y pendones.  
Las calles como nunca están desiertas,  
Han huido sus mejores ciudadanos,  
Lloran sus hembras, por horrible gala  
En su plaza se ven cabezas yertas;  
Y de toda ella como de un sepulcro  
Un olor cadáverico se exhala  
Que en veneno la atmosfera convierte,  
Y al caminante anuncia  
Del patriotismo cordobes la muerte.

Entanto su verdugo, el fiero jefe  
De las huestes de Rosas  
Desde la Cruz del Eje <sup>1</sup>  
A Tucuman otéa  
Como buitre voraz, y sus miradas  
Echa desalentadas  
Tambien sobre los llanos de La Rioja,  
Donde Acha con un grupo de valientes  
Sobre el cuyano ejército se arroja,  
Lo aterra, lo deslumbra y como un rayo  
Lo hiende con su lanza y su caballo. <sup>2</sup>

La alma feroz del oriental caudillo  
Ha comenzado ya de sus rencores  
La hambre á saciar por medio del cuchillo,  
Degollando inocentes moradores.  
No ha olvidado que allí entre los contrarios  
Los proscriptos estan que combatieron  
En su patria contra él, y á derribarlo  
Del supremo poder contribuyeron;  
Y ébrio de sangre ya, vengar intenta  
Los implacables odios que alimenta  
Cubriendo de cadáveres y duelo  
El que no puede amar, extraño suelo.

Y ahí lo teneis, escuálido, amarillo  
Por el gusano roedor chupado  
Que nace en la conciencia del malvado,  
Semejante al fantasma de la muerte  
Pasando su guadaña ó su cuchillo  
Por la tierra argentina  
Y haciendo de ella un páramo de ruina.  
Su deleite esquisito  
Es oir de las victimas el grito  
Y sonriendo mirar sus convulsiones,  
Y sarcasmos decir cuando en la garra  
Forcejean brutal de sus sayones.  
Pero ah ! de cada victima inocente

Cae en su impio seno  
Una gota de sangre  
Convertida en veneno  
Y se lo quema como pez ardiente,  
Y en esqueleto horrible  
De carnívora hiena lo transforma  
Borrando de su faz la humana forma:  
Y al ver aquel fantasma del infierno,  
Heridas de terror las poblaciones,  
Lanzan un grito de dolor eterno  
Preñado de estupendas maldiciones.

Y ahí lo teneis desde la Cruz del Eje  
Acechando voraz la rica presa  
De carne de argentinos  
Que á su augusto señor y Soberano  
Regalar le interesa  
Para alcanzar el premio de su mano.  
Mientras Madrid camina  
Con dos mil tucumanos y salteños  
En busca de Lavalle á Famatina<sup>3</sup>  
Para invadir á Cuyo, y solo queda,  
Confianto en su destino y su bravura,  
Tucuman con su heróico Avellaneda,  
Quien en hora fatal ha recibido  
Del supremo poder la investidura,

Empeñando por santo juramento  
Nuevamente á su Patria  
Brazo, vida, fortuna y pensamiento.

## II.

Amanece; la cumbre  
Del nevado Aconquija<sup>4</sup>  
Asoma á la vislumbre  
De una aurora de Mayo,  
Y al traves de los de diáfanos vapores  
Que la atmósfera empañan  
Reproduce del prisma los colores.  
Como aereo palacio  
De nieve y de topacio,  
El pico colosal del cano monte,  
Cortado y suspendido,  
A veces se dibuja al horizonte;  
Otras veces circuido  
De diadema flamante  
Diverso aspecto toma,  
Remedando á un gigante  
De blanquisca melena  
Que la cabeza asoma

Entre la nube, y con asombro mira  
La sanguinosa, terrenal arena.

La media luz, en tanto,  
Del crepúsculo baña,  
Los flancos en redor de la montaña,  
Y como blanca espuma  
Deja entrever el manto  
De nieve que la cubre,  
Y una que otra cabaña  
Pajiza aparecer entre la bruma  
De los cerros y faldas  
Que al venir la lujosa primavera  
Le visten de guirnaldas  
De flores y arrayan. Naturaleza,  
Del sol con la venida  
A despertar empieza  
Del sueño de la noche conmovida;  
Los pájaros sus nidos  
Dejan soltando armónicos quejidos;  
Las manadas relinchan ó retozan,  
Los animales todos se alborozan  
Mezclando la espresion del gozo suyo  
Al sonoro murmullo  
De las limpias cascadas y torrentes  
Que buscan de los valles las vertientes,

Para dar á una voz la bienvenida  
Al astro de la lumbre y de la vida.  
Naturaleza yerta  
De frio se despierta  
Y palpar se siente  
Ante el rayo solar, y su alegría,  
Brotando de repente,  
En concierto se funde de armonia.

Y en esa hora tan bella, en la Esplanada  
De campestre morada,  
Sita sobre una cuesta  
Del Tafi, hijo pigmeo  
Del monte jiganteo  
Cuya nevada cresta  
Suavemente ilumina  
La lumbre matutina,  
Ajitacion estraña  
Se nota bulliciosa;  
Y do quier la tristeza  
Como jimiendo asoma la cabeza,  
Alli como en el rancho ó la cabaña  
Del peon menesterosa.  
En la entrada hay un coche y postillones  
Y ensillados bridones,  
Y escolta de soldadados

A marchar preparados:  
Todo aquel aparato una partida  
Anuncia y una triste despedida.

Penetrando, entre tanto, en una sala  
De la mansion aquella,  
Paseándose por ella  
A lo largo y con pausa, se descubre  
A un jóven y á un anciano;  
Y en un sofá sentada  
A una mujer de pelo renegrido,  
Cuya siniestra mano  
Con pañuelo de holan su seno encubre;  
Al paso que dos niños  
Sobre su muelle falda reclinados  
Buscan como jimiendo la mirada  
De la madre que esquiva sus cariños.  
Aquella mujer llora, pero oculta  
Sus lágrimas talvez, porque prefiere  
Sola sufrir, y de los que ama tanto  
Herir con ellas el amor no quiere.  
El jóven y el anciano hablan, en tanto,  
De Patria y libertad con ardor santo,  
De Mayo y su magnifico, programa  
Y deteniendo el paso, el viejo esclama:

La causa de Patria está perdida.  
Esta guerra fatal, la poca vida  
Que ha quedado á los pueblos miserables  
Va á consumir, en las feroces manos  
Sin aliento caerán de sus tiranos

## EL JÓVEN.

Treinta años ha que dura,  
Que ensangrienta y devora nuestra tierra  
Esta implacable y fratricida guerra;  
Ustedes, padre mio, la empezaron  
Cuando una patria libre ambicionaron,  
Y en leyes de razon y de justicia  
Quisieron, combatiendo, cimentarla;  
Nuestro triste deber es continuarla,  
Mientras la fuerza bruta y la injusticia,  
El error, la ignorancia y los tiranos  
Quieran, reinando, aniquilar insanos  
El principio del bien santo y fecundo  
Que Dios, la humanidad para su dicha  
Regalaron en Mayo al Nuevo Mundo.  
Pero guerra fatal y necesaria  
De la causa del bien y su contraria  
Del insociable y bárbaro egoismo  
Contra el derecho santo de los hombres  
Y la union fraternal del cristianismo;—

Faz segunda, preciso corolario  
De la lumbre de Mayo, que la historia  
Del pasado completa y solo esplica; —  
Guerra civil que nutre y fortifica  
Nuestra vida social y en prueba cara  
Para ser pueblo libre nos prepara. —  
Durará, no dudeis, mientras la lumbre  
No descubre del bien la muchedumbre  
Y del yugo del mal no se rescate;  
Mientras la pura luz del cristianismo,  
Que une y da fortaleza á un tiempo mismo  
Y toda inícuca potestad abate,  
No le enseñe á ser pueblo y lo liberte  
Del mal que lo estravia y lo pervierte;  
Y al culto de la ley y del derecho  
No se incline toda alma y todo pecho.

Rosas es, porque el pueblo lo ha enjendrado,  
Porque el pueblo lo sufre así malvado,  
Y Rosas es el hombre  
Que con sangre del pueblo que lo alienta  
Guerra hace al bien y tiraniza en nombre  
Del principio del mal que representa.  
Quitadle al pueblo si podeis mañana,  
O la mitad del pueblo á quien engaña  
Porque engañar é intimidar se deja,

Como el niño escuchando una conseja,  
Y nada Rosas es, sino un mal hombre,  
Un gaucho oscuro, sin poder ni nombre.  
Si ha deslucido la patricia gloria,  
Si es el Neron fatal de nuestra historia,  
Ved al pueblo; pues si algo significa  
De Rosas el poder, solo él lo esplica  
Como esplica esa série de caudillos  
Que desde Mayo acá en nuestras campañas  
Sus enseñas de sangre y sus cuchillos  
Pasearon como fieras alimañas.  
Pronto otra vez á nuestra hermosa tierra  
Traerá esa enseña asoladora guerra.  
Oribe con su ejército ha venido  
A sofocar con sangre de patriotas  
Los polluelos del águila en su nido;  
Lavalle á sus espaldas le ha traído,  
Lavalle el precursor de las derrotas. . . .<sup>5</sup>  
Oh Lavalle ! Lavalle ! muy chico era  
Para echar sobre sí cosas tan grandes;  
Sin él, sin su derrota hasta los Andes  
Se estendieran los férreos eslabones  
De la liga del Norte redentora,  
Y su lanza, talvez, y su bandera,  
Al pié de la pirámide de Mayo,  
Clavarian triunfantes sus lejiones.

## EL ANCIANO.

Suerte guarda á la patria bien sombría,  
Bien triste el porvenir !

## EL JÓVEN.

No es creencia mía  
Aunque de Rosas la victoria fuera.

## EL ANCIANO

Te alucina esperanza lisonjera.  
Rosas de las conciencias ha borrado  
Las nociones morales  
De derecho y deber, justicia y orden,  
Y en la masa del pueblo inoculado  
El principio del mal y del desorden.  
La sociedad no existe, moralmente  
Rosas la ha asesinado, y la simiente  
Plantada por su mano en nuestra tierra  
Producir solo puede en lo futuro  
Fruto de muerte y corrupcion impura.

## EL JÓVEN.

Sin̄duda ese legado  
Rosas nos dejará, pero al pasado

Mucha parte debemos. Rosas vino  
Al cabo de tremendas convulsiones  
Con la lepra de su alma y sus pasiones  
A poner fin á la obra entre nosotros  
De corrupcion y anárquico desquicio  
Continuada por unos y por otros,  
Que ha sido nuestra herencia, utilizando  
De ella el logro fatal y el beneficio.  
Creis que en tierra nutrida  
De sustancia benéfica de vida  
Prende el jérmén del mal tan de repente  
Que ahogar pueda la vívida simiente  
Productora del bien? No, padre mio,  
Rosas en nuestra tierra  
Esclavos pudo hallar, hallar sayones  
Y seides, asesinos y ladrones  
Para formar su bárbara gavilla,  
Porque no habia en ella, sino en pocos,  
A quien la turba apellidaba locos,  
Patriotismo y virtudes. Sin embargo  
Por mas que sea su dominio largo,  
Algo alimenta la esperanza mia.  
La sociedad no muere  
Roida por carcinoma  
De lepra, corrupcion y tirania. . . . .

## EL ANCIANO.

Y te olvidas de Atenas y de Roma ?

## EL JÓVEN.

Las sociedades esas perecieron  
Bajo el aire letal del paganismo;  
Rejenerar su sangre no pudieron  
De la cristiana ley con el bautismo.  
La sociedad cristiana que en sí anida  
Un principio divino  
De inagotable vida,  
Como la tierra en cada primavera  
A su influjo vital se rejenera.  
Ese principio de moral fecundo  
Vivo arde en el hogar de la familia  
Como el fuego vestal de los romanos,  
Y á sofocarlo con su aliento inmundo  
No alcanza ni el poder de los tiranos.  
Por eso yo del porvenir aguardo,  
Aunque tambien á veces desespero,  
Y en esta grande y desigual contienda  
Alientos vivos y constancia guardo  
Para hacer por el bien mi pobre ofrenda.  
Por mas que Rosas haga, ese fecundo  
Espíritu de vida y de progreso

Que circula invisible por el mundo  
 No podrá contener, ni la memoria  
 Los recuerdos borrar de nuestra historia  
 Que en herencia nosotros recibimos;  
 Y pienso que si ahora sucumbimos,  
 Nuestro ejemplo ha de hallar imitadores  
 Que á la patria darán dias mejores. . . . .  
 Esta es mi fé, mas tarde ó mas temprano  
 Renacerá la Patria  
 Aniquilando al bárbaro tirano  
 Que tanto la humilló:

## EL ANCIANO.

Tu eres creyente,  
 Marco, de cuándo aca ? me ha sorprendido  
 De tu fé viva la esperanza ardiente.

## EL JÓVEN.

Creyente soy no ha mucho convertido.  
 Allá en la capital de Buenos Aires  
 A dudar me enseñaron los doctores  
 De Dios, de la virtud, del heroismo,  
 Del bien, de la justicia y de mí mismo;  
 Me enseñaron como hábiles conquistas  
 Del espíritu humano en las edades  
 Esos dogmas falaces y egoistas

Que como hedionda lepra se pegaron  
En el cuerpo social, y de la patria  
La servidumbre y muerte prepararon.<sup>6</sup>  
Sofistas ó sectarios sin criterio  
De una filosofía  
Cuya vasta síntesis su ignorancia  
Comprender no podía,  
El influjo moral no calcularon  
De la doctrina misma que enseñaron.  
Muy pronto, aniquilando  
Las virtudes sociales,  
Ellas, sonriendo, al despotismo bruto  
De homenaje servil dieron tributo.  
La corrupción que invade y envenena  
Las entrañas del país como gangrena,  
La anarquía moral, ese egoísmo  
Tan cobarde y audaz á un tiempo mismo,  
Tan único y feroz en sus exesos  
Fruto son de sus rápidos progresos.  
Interrogad la clase pensadora,  
La mas que en oro en egoísmo rica,  
Al pueblo que se diezma y se devora  
Por sostener sus amos que venera  
Porque azote le dan y él los hiciera;  
Observad sus costumbres, sus acciones,  
Sus vicios, sentimientos y pasiones—

Comprenderéis muy pronto el resultado  
De los supuestos dogmas difundidos  
Por los sabios de entonces pretendidos,  
Vereis que ahora entre la docta jente  
La rica, la ilustrada y la decente  
Creencia es común—que el hombre  
Es un ser destinado  
En la série normal de las creaciones  
A idolatrar su yo y vivir aislado  
Nutriendo sus instintos y pasiones;  
Que no hay entre hombre y hombre  
Lazo alguno de union y simpatia  
Ni principio moral reconocido  
Que regle de sus actos la harmonia,  
Porque cada hombre es libre como el viento  
Para ser lo que cuadre á su capricho,  
A su egoista ó depravado intento;  
Que la patria es quimera y por lo mismo  
Una palabra hueca el patriotismo,  
Y lo que todos sociedad llamamos  
Una arena sangrienta donde á muerte  
Como fieras estúpidas luchamos,  
Siendo el triunfo el poder y el beneficio  
Del mas astuto ó depravado ó fuerte;  
Y el deber, la virtud, el sacrificio  
Juguetes con que engañan á los tontos

Los malvados, los hábiles ó hipócritas  
Para medrar ó devorar la presa  
Como aves de rapiña siempre prontos.

Largo tiempo agitado  
Como la onda en un mar de incertidumbres  
Mi espíritu ha vagado,  
Sin comprender la causa ni lo horrendo  
De la lucha civil que estamos viendo,  
La sociedad, ni el hombre, ni sus actos,  
Ni su destino oscuro acá en la tierra;  
Y toda la creacion me parecia  
El caos de la muerte y de la guerra.  
Largo tiempo en molesta incertidumbre  
Permanecí perplejo como hombre  
Que vacila al morir: —si obrar queria  
En sentido del bien, móvil no hallaba,  
Obligatoria ley, norma ni objeto  
Que á la accion por el bien me estimulase  
Y á mis actos un círculo trazase.  
Pero al fin, estudiando y meditando,  
Un mundo para mí desconocido,  
Que solia entrever como soñando,  
Se reveló á mi mente, y he aprendido  
A no dudar de todo, y á nociones,

A principios que juzgo verdaderos  
Ajustar en la vida mis acciones.

Creo en un ser eterno y absoluto,  
Creador increado, animador fecundo  
Del universo mundo;  
Cuya infinita, inagotable vida  
Llena de cuanto existe en la medida,  
Cuya omnisciencia diera  
Una ley de existencia y un destino  
A cada cosa y ser que produjera.  
Ese Dios está en todo y es el *todo*,  
Porque causa y substancia siempre activa  
Se revela inmanente,  
Como en el hombre, la natura viva  
Que vive de su vida, y de su seno  
Infinito surjiera de repente.

Y así como en el mundo, en la natura  
En su esfera de acción cada criatura,  
Cada ser, cada cosa producida  
Su ley suprema y condición de vida,  
Realiza en el tiempo y el espacio;  
La ley de Dios la realiza el hombre  
Con el virtual poder que Dios le diera  
En sociedad viviendo,  
Y de una en otra prole, de Era en Era,

De nacion á nacion, el patrimonio  
De su vida continua trasmitiendo.  
Pero el hombre social, ciego, ignorante  
Como el pequeño y aturdido infante  
Cuyos pasos no guía  
La madre cariñosa, se estravia;  
Esa ley divinal ó su natura  
Desconoce; no acata, en infrinjirla  
Muchas veces se goza en su locura:  
Su gloria es conocerla y observarla,  
Su grandeza en la tierra descubrirla  
Y á los homdres y pueblos revelarla.

La ley de Dios el jenio la revela  
A la ignorante humanidad que vela  
En medio del santuario tenebroso,  
Buscando del enigma misterioso  
La palabra benéfica y fecunda;  
Y esa vivaz revelacion profunda,  
Que recibiendo van como legado  
Un siglo y otro siglo del pasado,  
Es la ley humanal, viva, inmanente  
Del gran lejislador del Universo  
Que iluminando al hombre, lo encamina  
Por la senda del bien continuamente  
Hácia un ideal de perfeccion divina.

La ley del hombre es adquirir conciencia  
Por medio del espíritu y la ciencia  
De lo bueno, lo justo y verdadero,  
De lo ideal y lo real perecedero,  
Y consagrar su acción á realizarlo  
En la vida social, y á venerarlo.  
El que no lo hace así, necia criatura  
O desconoce ó viola con malicia  
La ley providencial de su natura.

La ley de Dios es ver en los humanos  
Otros tantos hermanos  
Iguales en derechos y en deberes,  
Por el Padre comun creados todos  
Para gozar los bienes de la vida  
Que derramó en el mundo sin medida,  
Viviendo en sociedad bajo el imperio  
De libres, justas y comunes leyes.  
La ley de Dios es realizar el orden,  
El bien y la harmonia,  
Guerra al error haciendo y al desorden,  
Como á toda opresion y tirania.

Para cumplir la ley de su natura  
Y ejercer como rey sus facultades,  
Cual perfectible y racional criatura,  
El hombre en sociedad libre ser debe;

Pero acatando y sin violar a leve  
La libertad de ajenas voluntades:  
Y libre debe unirse como hermano  
Al hombre de su patria, al ciudadano  
Para enjendrar el bien y la justicia,  
La libertad, el orden y el progreso,  
Disipando el error y la ignorancia,  
Principios de discordia y retroceso.

Esta es la ley de Dios, *verbo* que un día  
Reveló la humanal sabiduría,  
Y se encarnó en el Cristo, y como un éco  
Misterioso y profundo  
Resonó en las alturas del calvario  
Su salvacion profetizando al mundo.  
—No hay esclavos, ni procéres, ni dueños,  
Dijo el Cristo,—los hombres son hermanos,  
Iguales ante Dios su comun padre  
Que á todos mide con igual medida;  
Y llamó á los humildes y pequeños  
A sentarse al banquete de la vida  
Donde solo se holgaban sus tiranos.  
Y á su voz redentora alzó la frente  
Esclava, embrutecida y febriciente  
La humanidad; y entonces empezaron  
A tener fé en su Dios los oprimidos,

Y á levantar al cielo sus jemidos,  
Y á confortar su espíritu buscando  
Los bienes por el Cristo prometidos.

Y los tiempos pasaron, y otros jenios  
Despues de la palabra redentora  
Sembraron en la tierra  
La semilla del bien enjendradora;  
Y los antiguos ídolos cayeron  
Que acatara el error, y se rompieron  
Los hierros de las viejas tiranias,  
Y para hombres y pueblos se cumplieron  
Del Cristo las divinas profecías.  
Mas la razon humana, ébria de orgullo  
Y de ciencia y poder que creyó suyo,  
Quiso endiosar sus propias concepciones,  
Y se abismó en el caos, porque de vista  
Perdió las luminosas tradiciones  
Que revelara el jenio en el pasado;  
Pero la ley de Dios, la ley del Cristo,  
Mejor interpretada y comprendida,  
Volvió á poner al hombre descarriado  
En la senda del bien y de la vida.

Yo creo en esa ley; por eso brio  
Siento en el corazon ¡oh padre mio!  
Para imitar vuestro glorioso ejemplo

Y hacer á los tiranos  
Que ensangrientan y manchan nuestra tierra,  
Atizando discordia entre hermanos,  
Continua, audaz, perseverante guerra.  
Y á la patria comun por la que lidian  
Tantos patriotas con heróica alteza  
O entregan al cuchillo su cabeza,  
La vida que me diste he consagrado.  
Regocíjate padre; hijos que envidian  
De los héroes de Mayo la grandeza  
El pensamiento suyo han heredado,  
Y morirán por él, ó vencedores  
Libertarán como ellos nuestra patria  
Del yugo de tiranos y traidores.

## EL ANCIANO.

Bella y consoladora es, hijo mio,  
Esa fé que dá aliento á tu albedrio;  
Bendita es tu ambicion, y noble gloria  
Te granjeara el reves ó la victoria.  
Persevera, mi Marco, persevera  
En esa lucha santa  
De patria y libertad, por la que tanta  
Sangre ha corrido ya, que si vosotros  
Llegais á sucumbir, patriotas otros,  
Prosiguiendo la página de Mayo,

Levantarán la indómita bandera  
Que como emblema de destinos grandes  
Flameó en el Chimborazo y en los Andes.

## EL JOVEN.

Si, padre mio, mi esperanza es esa.  
La libertad no morirá en el Plata,  
Aunque caiga rendido  
El patriotismo heróico en esta empresa.  
El enemigo es vencedor, es fuerte  
Porque de todo abunda,  
Y el terror y la muerte  
Por do quiera llevando  
Prosélitos se atrae intimidando.  
Nosotros que de todo carecemos,  
Por mezquinas pasiones divididos,  
No queremos unirnos, no sabemos  
Quebrantar su salvaje alevosía  
Por lo grande en la audacia y la energia,  
Ni en la accion levantarnos á la altura  
Del principio social que defendemos.  
Para vencer no basta la bravura:  
La guerra es desigual, y mas que todo  
Nos falta quien la iguale de ese modo;  
Nos falta un gefe que dotado se halle  
De prestijio y valor, y que comprenda

El modo de triunfar en la contienda,  
De guerrear y de unirnos.

EL ANCIANO.

¿ Y Lavalle ?

EL JOVEN.

Todo estaba en su mano y lo ha perdido:  
Lavalle es una espada sin cabeza:  
Sobre nosotros, entre tanto, pesa  
Su prestigio fatal, y obrando inerte.  
Nos lleva á la derrota y á la muerte.  
Madrid como valiente es conocido. . . .  
Acha, el héroe ser pudo que la tierra  
De tiranos purgase en esta guerra,  
Pero mas jóven es, y harto modesto  
No ha querido ocupar el primer puesto.  
Nuestras tristes derrotas al orgullo  
Del estúpido Oribe y de sus jefes  
Han dado harta insolencia; á pesar de esto  
No hay que desesperar: si al país de Cuyo  
Al fraile derrotando  
Nuestras tropas ocupan,  
Armas y oro de Chile los patriotas  
Nos enviarán para seguir luchando.

## EL ANCIANO.

Tú entretanto ¿ que harás ? algo has resuelto ?

## EL JOVEN.

Tucuman está exhausto como Salta,  
Catamarca y Jujui; todo nos falta;  
No podemos vivir en pie de guerra:  
Fuerza es salir de aqui, llevar su estrago  
Antes que venga á la enemiga tierra.  
Muy pronto marcharé con mil jinetes  
A sorprender, si puedo, en su guarida  
Al cacique indolente de Santiago; ?  
Pero no tardaré.

Tú, Lola mia,  
Prepárate á partir, porque ya el dia  
Ilumina los valles y los montes.

## EL ANCIANO.

Bien claros ya se ven los horizontes.

## III.

Y la mujer aquella, descubriendo  
Su bello rostro de color de leche,

De pie se pone, oyendo  
Del esposo la voz que le convida  
A triste y dolorosa despedida.  
Y asidos de su mano,  
Con infantil asombro, sus dos hijos  
Llevan la vista al padre,  
Mientras llorosa la aflijida madre,  
Mirada suplicante de cariño  
Sobre el marido echando y el anciano,  
Se espresa así con el candor de un niño:

## DOLORES.

Partir, esposo mio! asesinarme  
Fuera mejor. . . .

## EL JOVEN.

No estaba ya resuelto?

## DOLORES.

No puedo aunque quisiera, separarme  
De tí y de mi familia; lo he revuelto  
Bastante en mi cabeza, y sin coraje  
Se siente el corazón para este viaje,  
Desde que sé, mi Marco, que á la guerra  
Tú muy pronto te vas.

EL JOVEN.

Es necesario.

DOLORES.

Quién te obliga à pelear? soldado no eres.  
Tu oficio es el gobierno ¿ por qué quieres  
Esponerte al peligro?

EL JOVEN.

Deber mio  
Es dar ejemplo de constancia y brio,  
Y en busca del pendon de los tiranos  
Por delante marchar de mis paisanos.

DOLORES.

Y si à matarte llegan?

EL JOVEN.

Bien venida  
Serà entonces la muerte, mi querida.  
Conquistaré una palma que codicio  
Dando todo à la patria en sacrificio.

## DOLORES.

El amor de la patria en tal exceso  
Te hace hasta cruel; no piensas lo que dices,  
Y tus hijos, y yo?

## EL JOVEN.

No hables de eso,  
Lola mía, por Dios: pobres criaturas!  
Un rocío de amor son para mi alma:  
Piénsalo bien;—para que seais felices,  
Y sin temor que os vengan desventuras,  
Tranquilo el corazón al menos pueda  
Consagrarse á su patria Avellaneda,  
Fuerza es que os alejeis.

## DOLORES.

Si no amaseis  
Algo mas que á la patria, Avellaneda,  
Si en mas que nuestro amor tú no estimases  
Los lauros de una gloria  
Que ingrata suerte el conquistar te veda,  
Hoy buscarías como lo hacen otros  
Un asilo seguro con nosotros.  
Huyamos, Marco mio,  
Porque desdicha grande

Mi corazon presente en esta guerra.  
Pronto, quizá mañana, nuestra tierra  
Talarán esas furias infernales  
Que siguen los pendones federales  
Del tirano del Plata, y el saqueo  
Trae consigo, el terror y la matanza,  
Y será, como Córdoba, trofeo  
Sangriento Tucuman de su venganza.  
Antes que vengan de su furia huyamos,  
Salvemos nuestros hijos, Marco mio:  
¿No los ves como lloran?  
Ellos y yo por Dios te lo rogamos.  
Qué aguardas de esa lucha? Una victoria?  
Esa esperanza es para mi ilusoria;  
Peleareis como bravos;  
Pero triples en fuerza, los esclavos  
Triunfarán del tirano; y si de Oribe  
Caes en la garra tú— de ese caribe  
De la sangre Argentina tan sediento;  
Qué hará de tí?—me abisma el pensamiento.

## EL JOVEN.

Calla, por Dios, mi Lola; no mas quejas.  
El deshonor, la infamia me aconsejas.  
¿Has podido olvidar por un momento  
Que en Tucuman naciste y que la esposa

Eres de Avellaneda?  
¿No sabes que el primero  
Ser debe en sacrificio  
El que mas alto se halla,  
Y el primero tambien en la batalla  
Como en la rota el adalid postrero?  
Tus temores son vanos. . . .

## EL ANCIANO.

Si, hija mia;  
El amor de tus hijos te estravia.  
Mancillaria el nombre tucumano,  
Un infame seria y un villano  
El primer majistrado de tu patria  
Si del peligro huyese:—deber suyo  
Es combatir con indomable orgullo,  
Y conservar sin mancha lo que hereda,  
El nombre de su padre Avellaneda.

## DOLORES

Si tu deber es arrostrar la muerte,  
Padre mio, el deber tambien me veda  
De mi esposo y de Marco separarme  
En tan aciagos dias, en momentos  
De peligro, de afan y sufrimientos;  
Tambien correr su suerte

La voz del corazón á mí me ordena,  
Partiendo de su dicha ó de su pena,  
Y á su lado morir.

AVELLANEDA.

Harto elocuentes

Son las palabras tuyas, Lola mia,  
Para llenarme el alma de alegría.  
¿ Pero acaso imaginas que me aparte  
Gustoso yo de tí y de mis hijitos  
Que sois de mis entrañas una parte?  
Por vuestro propio bien, de pesar lleno  
A sufrir solitario me condeno.  
Todo lo he calculado; nuestra tierra  
Será bien pronto el teatro de la guerra;  
Yo á campaña saldré, y mientras avive,  
Organice el ardor de mis paisanos,  
Ocupar puede Oribe  
Nuestra inerme ciudad con sus villanos,  
Y descargar sus sañas inclementes  
Sobre tí y nuestros hijos inocentes,  
Degollarlos quizá. . . . .

DOLORES.

¡Que horror! huyamos. . . . .  
Mis hijitos, que horror!

## EL ANCIANO.

Dolores, vamos;  
Todo está listo, el coche nos espera.

## DOLORES.

Desearia ya estar en la frontera.

## EL JOVEN.

Pronto estarás; mi padre compañía  
Te hará á Bolivia y te dará consuelo;  
Yo te hablaré de mí, dia por dia,  
Como tú, mi Dolores, y si el cielo  
Quiere que en esta lucha  
Sucumban los campeones de la Patria,  
A llevaros mi amargo desconsuelo,  
Iré, y cual tantos otros  
A sufrir el destierro con vosotros.

Y al decir esto, á el uno de sus hijos  
Sobre el izquierdo brazo levantando,  
Y al de su esposa el diestro entrelazando,  
Mientras su viejo padre conmovido  
Conduce de la mano al mas crecido,  
En silencio y caida la mirada  
Se dirijen los tres á la esplanada.

El sol apareciendo  
Por cima de la sierra.  
Bañaba ya la tierra  
De los naranjos verdes y los montes,  
Y en sus limpios y azules horizontes  
Se dibujaba la estatura erguida  
Del Aconquiya audaz, como vestida  
De una túnica leve  
De lucia, blanca y vaporosa nieve;  
Y á los pies del gigante,  
Como un niño de marmol que de hinojos  
Tiene en su viejo padre  
Siempre fijos los ojos,  
El bulto del Tafi, como otras crestas  
De monte, en cuyas cuestas  
Resaltaban desnudos de follaje  
Como esqueletos que de pié quedáran,  
Contemplando los tiempos que pasáran.  
Con su tortuoso y sin igual ramaje,  
Su tronco carcomido  
El pacará, el quebracho,  
El cedro y el lapacho,  
El tarco, el lanza y el obeso Tipa,<sup>s</sup>  
Gnomo del bosque que al viajero espanta  
Con su forma estrambótica de pipa;  
Y otros mas que se burlan de los vientos,

Monarcas de las selvas corpulentos.  
Mas abajo en los cerros, en los valles,  
En las tortuosas y multiples calles  
Que los árboles forman y torrentes  
Los ríos, las quebradas y vertientes;—  
Los naranjos se ven, los arrayanes,  
Los laureles y mirtos,  
Y los pajizos ranchos ó cabañas  
Del gaucho morador de las campañas,  
Donde no entran del mundo los afanes.

Desde la alta esplanada  
De la mansion campestre,  
Dolores y su esposo Avellaneda  
Junto al anciano padre y ambos niños,  
Con vista enajenada,  
Estáticos contemplan  
El magnífico y vasto panorama  
Que á concentrar fuera de sí los llama  
La mente y los sentidos,  
En instantes para ellos  
Tan llenos de amargura y doloridos;  
Y contemplándolo olvidar parecen  
Las ansias que padecen  
O admirar en silencio la natura  
De aquel sitio natal, como si fuera

Por ilusion de su alma prematura,  
Aquella su visita la postrera.

Dolores, sobretodo, absorta y fija  
En aquel espectáculo tan bello,  
Dar el último adios al Aconquiya  
En silencio parece, y á los campos  
Y á los valles hermosos  
Que riega y fertiliza con sus ámpos  
El monte colosal;— y en lastimosos  
Suspiros despedirse  
Del Tafi, do su infancia  
Creció entre los naranjos y las flores,  
Ebria de regocijo y de fragancia,  
Y sin triste zozobras ni amarguras  
Saboreó las dulzuras  
De la luna de miel de sus amores.  
Su corazon simpático se alegra  
Rememorando allí lo que ha sentido,  
Lo que ha gozado en el hogar querido,  
Cuando latiera de contento ufano.  
En su rostro de tipo tucumano  
Viva resalta la pupila negra  
Sobre el óvalo nacar; renegrado  
Sobre su tez de leche se dibuja  
El arco de su céja y el sedoso

Perfil de su pestaña,  
Sombreado con finura  
De sus rasgados ojos  
La lánguida y tiernísima hermosura.  
Su gallarda estatura,  
Su fino, airoso talle  
Cubre un traje de viso de esmeralda  
Y una manta de raso, cuyos pliegues  
Dejan ver la blancura  
De su torneado seno y de su espalda.

Gran rato circundados  
De peones y soldados,  
Que los miran con rostros doloridos,  
Permanecen los tres embebecidos  
En tal contemplacion; mas de repente,  
El tétrico silencio interrumpiendo,  
Dolores cabizbaja é impaciente  
Se dirige hácia el coche, así diciendo:  
Presentimiento triste  
Al separarme llevo.

AVELLANEDA

Por qué, Dolores mía ?

DOLORES

No verte otra vez temo.

AVELLANEDA

AVELLANEDA

Temores son mi amada  
De tu cariño tierno;  
El corazon me dice  
Que á vernos volveremos  
En mas felices dias.

DOLORES

Lo crees ?

AVELLANEDA

Así lo creo.

DOLORES

Mis votos y los tuyos  
Quiera escuchar el cielo.

Las espuelas sonar y los aceros  
De la escolta que llevan los viajeros  
Se oyen, como aquietando á los bridones  
Impacientes aguardan  
En zaga de partir los postillones:  
Y aquel grupo de seres desgraciados  
El abrazo postrero  
Se dan, mudos jimiendo, y estrechados

Un doloroso instante permanecen;  
En su labio el adios último espira;  
Suben al coche, la cuatrega tira,  
Y pronto los viajeros desaparecen  
Por la ansiosa mirada acompañados  
De la turba de peones y soldados  
Que han visto la partida entristecidos,  
Y por la honda y vivaz de Avellaneda  
Que sin las prendas de su amor se queda.

## IV.

Libre su alma por fin de los prolijos  
Cuidados y temores,  
Que asaltarla solían por sus hijos,  
Por su querido padre y su Dolores,  
Puede por vez primera  
Consagrarse á su pátria toda entera.  
Tranquila está por ellos; mas lo agita  
Otro afan, otra duda;  
Sobre su frente impávida gravita  
La suerte de su país, y harto desnuda  
La realidad se muestra.  
Como sustraerlo á la feroz venganza

De Oribe y sus traidores tucumanos,  
Con bisoños é inermes milicianos ?  
La voluntad y el jenio á eso no alcanza.

Su alma no ha mucho tiempo tan henchida  
De fé vírgen, de ardor y de entusiasmo,  
Por el fatal impulso combatida  
De imprevistos sucesos,  
Abriga el desencanto prematuro  
Que en el rápido curso de los años  
Producen los funestos desengaños;  
Desencanto fatal, gusano impuro  
Que corroe la fé, el convencimiento,  
Dejando sin arraigo el pensamiento  
Languidecer, morir en parosismo  
De solitario y tétrico egoismo:—  
Gusano que se chupa de la vida  
La sustancia vivaz, y amortecida  
La deja marchitarse como planta  
Que en salitrosa tierra se levanta.  
En poco tiempo lo profundo ha visto  
Del corazon humano y sus miserias,  
Y sus hediondas llagas ha tocado  
Con tédio y con disgusto;  
Y en su alma tan robusta se ha entiviado  
El amor por lo bueno y por lo justo:—

Concepcion racional—bella quimera  
Donde la fuerza y la ignorancia impera,  
Y pufulan mezquinas ambiciones,  
Egoismo voraz, viles pasiones.

Sin embargo, cien planes combinando,  
Escribiendo y mensajes despachando  
Dia y noche ha pasado Avellaneda,  
Nada que hacer ni disponer le queda,  
Todo lo ha calculado y lo ha previsto;  
Para encarar el golpe está sereno,  
Porque el valor le sobra y el orgullo  
De su alta posicion, si ya esperanza  
De salvacion y de éxito no alcanza.

Torna el sol con sus rubios resplandores  
La cumbre á arreboliar de las montañas,  
Vistiendo de matices y colores  
Valles, cuestras, y cerros y campañas.  
Los caballos lo esperan; va á alejarse  
De la que fué morada de su esposa,  
Del sitio donde ayer al separarse  
La estrechó entre su brazos tan llorosa,  
Donde besó sus ternezuelos niños,  
Sonriendo de placer á sus cariños  
Y olvidando importunos sinsabores;  
Donde á su anciano padre adios dijera;

Y congojoso está porque Dios sabe  
Si á verlos tornará en dias mejores.

En tanto se detiene en la esplanada  
Atraido por la májica belleza  
De la naturaleza,  
Y clavando en los montes su mirada: —  
«Aconquija, esclamó; pronto el destino  
De los pueblos del Plata  
Va á jugarse á tu vista.  
El pendon escarlata  
Del tirano arjentino  
A disputarnos viene la conquista  
De los héroes de Mayo,  
Y á sus fieras lejiones  
Su indómito coraje  
Van á oponer sus hijos  
Y algunos de sus inclitos campeones.»

« Para ver cosas grandes,  
Retoño jigantesco de los Andes,  
Dios te puso en la tierra tucumana,  
Y ser heraldo eterno  
De la grandeza y pequeñez humana.  
Cuántas revoluciones  
Has presenciado tú, cuántos sucesos !

Cuántas jeneraciones  
Dejaron junto á ti sus blancos huesos !  
Cuánta sangre en tus valles ha corrido !  
Cuántos ayes llegaron á tu oído !

«De los hijos del sol las muchedumbres  
Pasaron junto á tí como vislumbres,  
Como sombras de raza ya decrepita  
Sin dejar hondo rastro en su carrera;  
Pasaron, cual las formas colosales  
De los árboles, plantas y animales  
De la creacion primera,  
Con sus ídolos vanos y sus leyes,  
Con su oro, sus esclavos y sus reyes.

«Despues cuando Colon, de los arcanos  
De Dios revelador, al viejo mundo  
Mostró desde el confin de los oceanos  
De otro en prodijios y en beldad fecundo  
La sonrisa inmortal, tus soledades  
La misteriosa trompa  
Del porvenir oyeron  
La venida á anunciar de otras edades,  
De otra raza de pueblos que no vieron.

«Y pasaron los godos con tres siglos  
De insociable y fanática arrogancia,

Acosados por sombras y vestiglos  
Que fraguó delirande su ignorancia,  
Y los castillos rejios y leones  
Con sus necios, altivos infanzones;  
Y no lejos de aqui quebrantó el cetro  
De su poder el rayo  
Que de la nube reventó de Mayo.

«Tú, entretanto, inmóvil en tu cimientó  
Estás de la creacion como portento  
Con tu cabeza cana, á las edades  
Viendo hundirse del tiempo en los abismos  
Y ruir las humanas tempestades.

«Nuestra historia es de ayer, y sin embargo  
Cuántas vicisitudes,  
Sufrió la Patria, cuántos padecieron,  
Ricos de porvenir y de virtudes,  
Del martirio por ella las afrentas !  
Y hénos aqui, cual ellos combatieron,  
Luchar hoy sin fortuna  
Bajo la misma indómita bandera  
Cuya sombra cubriera  
De nuestra patria la gloriosa cuna;  
Luchar contra el error y la injusticia  
Y la fuerza brutal de los tiranos,

Para fundar en leyes de justicia  
Una Patria de libres ciudadanos.

«Tú, Aconquiya, que ves en torno tuyo  
Con hórrido murmullo  
Hervir como en un cráter las pasiones,  
Y hoy correr como en tiempos ya pasados  
El lloro con la sangre entremezclados;—  
Tú, reinar algún día  
Verás en tus rejiones  
La paz y la abundancia y la alegría,  
Y crecer grande y florecer fecundo,  
Con perpetuo verdor como tus selvas,  
El principio del bien porque luchamos  
Y vida y bienestar sacrificamos.  
Y á su sombra verás las muchedumbres  
Del europeo mundo  
Fraternizando con las proles nuestras,  
Libres ya de oprobiosas servidumbres,  
Agitarse y sudar gozosamente  
Por la bella y pacífica conquista  
Del Eden prometido acá en la tierra  
Al trabajo del hombre y á la mente.  
Veráz testigo, en tanto  
Si en este empeño santo  
Por la fuerza abrumados sucumbimos,

A las generaciones  
Tú contarás del Plata  
Lo que nosotros por la Patria hicimos:  
Porque el tirano astuto  
Ambicionando singular renombre,  
Borrará de la historia nuestros hechos  
Y cubrirá de infamia nuestro nombre. »

## V.

Tucuman está triste; los soldados  
Mas diestros en la guerra y esforzados,  
Cuyo potente brazo era su escudo,  
Adios á las montañas  
Han dicho de su tierra  
Para llevar la guerra  
A comarcas estrañas.  
¡ Quién sabe si ese adios de mal agüero  
Ha sido el postrimero,  
Si al hogar volverán de sus mayores,  
Si vencidos serán ó vencedores !

Mas ¿ no veis ? en sus calles de repente  
Se difunden rumores de alegría

¿ Porqué ensanchado el corazon se siente  
La ciudad que tan triste parecia ?  
Lavalle con seiscientos veteranos  
De la Rioja ha llegado, en Catamarca  
Dejando á los valientes tucumanos  
Que buscando la muerte ó la victoria  
Ván á escribir en Cuyo con su lanza  
Una pájina mas de luto y gloria.  
Pero aquella alegria  
Del patriotismo suyo no debía  
La última ser. Cuando Acha,  
El jénio de la audacia y la victoria,  
En Angáco lidiando un dia entero,  
Con cuatrocientos bravos  
Despedace el ejército de esclavos  
Del apóstata fraile,  
Saltará Tucuman de regocijo  
Y tocarán á vuelo sus campanas,  
Y el jénio que venturas le predijo  
Coronas, á su sien pondrá lozanas:—  
Coronas ah ! que trocará la suerte  
Pronto en crespones de dolor y muerte  
Cuando en San Juan, albergue de enemigos,  
Caiga el héroe de Angáco y sus amigos,  
Y se vayan con ellos  
Todos sus sueños de victoria bellos.º

Meses pasan, en tanto y cada día  
Se aumentan los conflictos y penurias  
De aquel pueblo entusiasta y denodado  
Que su sangre y riqueza ha consumido  
Y descubre entre sombras estenuado  
Cielo amenazador enrojecido:  
A manera del náufrago que solo  
Entre abismo sin fin buscando el polo,  
Concentrando de su alma la enerjía  
Exausto lucha con la mar bravía.  
Pero hay una alma allí cuyos alientos  
Se dilatan sin fin como los vientos  
Cuando arrecia bramando la tormenta;  
Y serena, indomable en el conflicto  
Esa alma grande á Tucuman alienta.

¿ Lo veis, el jóven de mirada ardiente,  
Fugaz como el relámpago que al frente  
Sale de mil jinetes á campaña?  
Avellaneda es ese; lo acompaña  
Lavalle el veterano sin estrella  
Que de la gloria ya perdió la huella.  
¿ Dónde van? A arrojar los Santiagueños  
De la tierra que habitan los Salteños.  
Pueblo heróico y leal que como hermano  
Uniera su destino al Tucumano,

Y su sangre prodiga y su riqueza  
Con hidalga y patriótica firmeza.<sup>10</sup>

Con tres mil de toda arma Oribe, en tanto  
Invade á Tucuman, y desde el Tala,<sup>11</sup>  
Halconeando la presa apetecida,  
Sus instintos carnívoros regala,  
Se regocija ya, cual si la viera  
Revolcarse convulsa y dolorida:  
A manera del tigre ya cebado  
Cuando otéa durmiendo á un desdichado,  
Y con ojo voráz y enrojecido,  
Suelta la lengua, el lomo recojido  
Se acerca, se desliza lentamente  
A clavarle su garra y feroz diente.

La nueva al punto aciaga  
Por ciudades y campos se propaga,  
Y Avellaneda con Lavalle junto,  
Libre á Salta dejando  
Del santiagueño bando,  
Retroceden al punto  
Trayendo de la Patria  
Los destinos consigo;  
Y muy luego, trotando amenazantes,  
Mil doscientos caballos

Hacen sonar sus callos  
En torno del ejército enemigo.  
Entre ellos está Murga, el miliciano  
Caudillo del gauchage tucumano,  
Hornos el entrerriano y Pedernera,  
Y Salas, cuyo nombre <sup>12</sup>  
Fué en el Tio un pendon; el Correntino  
Que en el raudal del Paraná bebiera  
Y hasta los Andes combatiendo vino;  
Y un grupo de patriotas cordobeses  
Heróicos como nadie en los reveses. <sup>13</sup>

Pero el combate evita,  
Por mas que el enemigo la concita,  
La Lejion Tucumana,  
Moviéndose liviana,  
Ora ataque, ora fuga simulando;  
Cual suele hacerlo el cazador astuto  
Con el tigre feroz, cuando soltando  
La trailla de dogos carniceros  
Que lo ostigan, lo muerden y atolondran  
Con sus ladridos fieros,  
Desde el lugar donde seguro acecha  
Verlo espera postrado de fatiga  
Para arrojarle la acerada flecha.

Corriendo en tanto días, dos traidores  
Anuncian que los crudos invasores  
Su fuerza han dividido  
Y en rumbo á la ciudad parte ha salido;  
Y al asomar la aurora, los contrarios  
En la orilla se encaran  
Del Famallá, á la vista  
Del selvático monte  
Que cubre con su cuerpo el horizonte.<sup>1</sup>

Los jinetes de Oribe, colorados  
Cual lejon infernal, ámbos costados  
Ocupan de una línea, en cuyo centro  
Los cañones se vén y los infantes  
Con sus vestes rojizas y flamantes:  
Su número era inmenso, armipotente  
Ante la blanca línea que arrogantes  
Desplegan los patriotas á su frente.

En aquel sitio solo se oía  
Del ruiseñor el canto;  
O del arroyo el plácido murmullo  
Unido de la tórtola al arrullo,  
O el rumor de los árboles erguidos  
Por el viento y la brisa sacudidos;  
Y hoy en lucha terrible las pasiones

Lo atruenan las blasfemias,  
Gritos de sangre, horribles maldiciones.

En pos de las guerrillas, cuyo fuego  
Estimula el valor y la venganza,  
Al encuentro se lanza  
La derecha patriota;  
Truena el cañon, terribles alaridos  
Se mezclan al estruendo y los silbidos;  
Y se traba el combate,  
Y en el aire certeros  
Relumbran culebreando los aceros,  
Y se cruzan y caen con los jinetes  
Bajo el golpe mortal que los abate.  
Y la lustrosa crin de los bridones,  
Las cabezas, los brazos y escuadrones  
Se ajitan con furor, como las ondas  
Sus crestas angulares y redondas  
Cuando en opuesto rumbo las impulsa  
La tempestad frenética y convulsa.

Empero, la pujanza  
De la línea patriota  
A quebrantar no alcanza  
El simultáneo empuje  
De la masa enemiga; y de repente  
Por su flanco revienta

Del plomo silbador una corriente,  
Y conturbada y rota  
Retrocede en confuso remolino,  
Envolviendo, arrastrando,  
A manera de negro torbellino  
Que empuja atronadora la tormenta,  
Cuanto en la órbita suya vá encontrando.  
Y todo es confusion; los derrotados  
Huyen despavoridos  
Por la enemiga lanza perseguidos,  
Y el golpe de los callos  
Del inmenso tropel de los caballos  
De los cerros retumba en las entrañas.  
Y gritos, mueras se oyen,  
Voces de angustias y de dolor estrañas  
Y caen unos tras otros, sin que ablande,  
Sin que mueva á piedad clamor alguno  
El corazon de vencedor ninguno.  
Empero, el Monte-grande  
Refrena los furoros  
De los perseguidores,  
Porque allí en su espesura,  
Como en honda caverna,  
Culebrando se interna  
La fujitiva tropa en su pavura.

## VI.

Dueño es el fiero Oribe  
Del campo de batalla,  
Donde lidiando en vano el patriotismo  
Hace el postrer esfuerzo de heroísmo,  
Donde el triunfo la música festeja,  
Mientras su lúmbre pálida refleja  
El sol sobre su sangre, y donde estalla  
Un grito á veces uniforme, inmenso,  
Que al orgullo consagra de su jefe  
Una turva de esclavos como incienso.

Y ahí lo teneis al vencedor en medio  
De los ínclitos jefes federales  
Y de su fiel escolta de orientales,  
Caya blanca y de púrpura divisa  
Su doble vasallaje simboliza;  
Ahí lo teneis, ufano saboreando  
Del triunfo las brutales ovaciones,  
Y la vista esplayando  
Con infernal sonrisa  
Por el campo de sangre y de matanza,  
Como si en su alma estúpida de fiera,

Sintiese la embriaguez de la venganza.

Goza, goza, verdugo,  
De tu obra de esterminio;  
No en vano á tu amo plugo  
Señalarte para ella; ese holocausto  
De cráneos de patriotas y osamentas  
Que de nuevo gozoso le presentas  
Te asegura su amor y patrocinio.  
Goza, Oribe, y mañana,  
Como manjar que á su apetito place  
Nutre su sangre y su rencor engorda  
Con hidalgo y devoto pensamiento,  
Las orejas en sal del traidor Borda  
Manda en ofrenda á tu idolo sangriento.<sup>16</sup>

---



## CANTO TERCERO

---

### I.

De Tucuman á Salta los dispersos  
De la batalla, en grupos divididos,  
Por caminos fragosos y diversos,  
Los bosques orillando,  
Y cerros y quebradas  
A lomo de bridon atravesando,  
Huyen, huyen veloces:  
Por que oir á sus espaldas se imaginan  
El casco sonador de los caballos  
De las turvas feroces  
Que al vencido degüellan ó asesinan:  
Y entre esos que á Bolivia se encaminan  
Por la cuesta de Salta

Paralelos y próximos trotean  
Dos grupos bien montados  
De lanza, sable ó tercerola armados.

En el uno, llevando  
Vista ansiosa y fugáz de cuando en cuando  
Hacia el linde lejano de la tierra  
Que los objetos de su amor encierra  
Avellaneda vá; pensando triste  
De su patria en la suerte, en el destierro,  
Y en la vida de afán y de conflicto  
Que es la herencia maldita del proscrito.  
Capitaneado el otro por un hombre  
De figura siniestra  
A quien diera Lavalle algun renombre, <sup>1</sup>  
Ajitacion demuestra,  
Al paso que camina  
Y al primero indolente se avecina.  
Tristes, al parecer, desesperados  
Van perdiendo de vista los collados  
De la argentina tierra;  
Se alejan de los campos y lugares  
Donde están sus domésticos hogares,  
Mirando con horror la perspectiva  
Del destierro fatal, ó revolviendo,  
De sus oscuras almas en el fondo

Trama horrible y siniestra cual ninguna;  
O al infierno pidiendo  
Tal vez la luz de inspiracion alguna  
Que abrir pueda á sus ojos  
El rumbo claro de mejor fortuna.

Almas de las tinieblas, no comprenden  
Lo bello, lo ideal de su infortunio;  
Almas brutas sin guia, solo atienden  
Al material impulso del instinto  
Que les muestra palpable ó bien distinto  
El objeto real que las provoca  
Y corren en pos de él con ánsia loca.  
Y en medio de ellos, Sandoval su jefe,  
Que el estado de su ánimo columbra,  
Cual si nefanda sujection oyese  
Del demonio del crimen  
La voz alza y les dice: « Compañeros,  
Muy duro es alejarse  
De la patria querida en la miseria,  
Muy triste mendigar como extranjeros  
Pan y techo de abrigo.  
Despues de tantos desengaños crudos  
¿ Qué vamos andrajosos y desnudos  
A Bolivia á buscar ? mejor sería  
Combatiendo morir en nuestra tierra,

25

O el perdon implorar del enemigo  
Para volver al seno de la patria  
Sin probar los afanes óel mendigo.  
Pero á fin que su gracia nos conceda  
El presidente Oribe  
Preciso es que algo en su servicio hagamos:  
Llevemos al traidor Avellaneda  
Y á Videla y demás que lo acompañan,  
Bien cerca de nosotros los tenemos;  
Y á poca costa, no dudeis, amigos,  
Perdon y recompensas obtendremos. »

Un silencio profundo  
La nefanda propuesta  
De Sandoval obtuvo por respuesta.  
Algunos, aun que débiles, sintieron  
De indignacion arranques, por que vieron  
Era el perdon comprar con villanía  
A precio de una infame alevosía,  
Pero el lábio á mover no se atrevieron.

Quedando iba la trama sin efecto,  
Cuando uno que iniciado  
Se hallaba en el diabólico proyecto,  
Preguntó muy tranquilo,  
Como si el hecho aquel en su conciencia

La inspiracion no fuera de un malvado,  
— ¿Y si hacernos pretenden resistencia? —  
« A los mas obstinados mataremos,  
Y á Avellaneda y otros copetudos  
Como prenda de paz conservaremos, »  
Replicó Sandoval—

Y otro dijo alto:  
—Sublime plan ! los flojos y los rudos  
Que concurrir no quieran al asalto,  
Que se vayan de aqui á vuelo tendido,  
O den un bote con su lanza al frente:  
Tenemos triple fuerza, ellos son veinte.  
—A ellos ! al punto exclamó atrevido  
Sandoval, espoleando su caballo.  
A ellos ! gritaron otros  
Poco antes indecisos,  
Arrastrando á cobardes y remisos  
Con la májica fuerza y enerjia  
Que les dá de su crimen la osadia.

Y trotando veloz, muy luego alcanza  
Aquel grupo de alevos salteadores  
A el grupo incauto que tranquilo avanza;  
Y gritando con fuerza desmedida  
La ronca voz de Sandoval— « Traidores !  
Las armas ó la vida » —

Por la espalda les caen súbitamente,  
Dejando de ellos la mitad tendida  
Bajo el golpe del sable ó de la lanza.  
Los que á caballo quedan, indignados  
Súbito frente dán á los malvados  
Tirando de la vaina los aceros;  
Pero pronto en la lucha solo queda  
Desarmado y con vida Avellaneda  
Con cinco de sus leales compañeros. <sup>2</sup>

La traicion ha triunfando y la perfidia.  
De sus ropas de abrigo despojados,  
En silencio, á caballo y maniatados,  
En medio de la bárbara gavilla  
Los seis mártires ván al sacrificio;  
Los llevan en ofrenda á la cuchilla  
Del ídolo de sangre  
Para hallarlo benévolo y propicio.  
Los llevan, convertidos en sayones,  
Los que ayer á su lado combatieron  
Por la patria comun, y las fatigas  
Los peligros, el hambre se partieron.  
De Avellaneda, el jóven desdichado,  
El martirio ha empezado:  
Un judas ha vendido á los verdugos,  
Quizá por vil salario,

Esa noble alma cuyo sueño fuera  
Destruir las servidumbres y los yugos  
En su patria infeliz, y ya sereno  
Como el justo, camina á su calvario.

## II.

Oribe con su ejército en la orilla  
Del Metan sus blanquiscos pabellones<sup>8</sup>  
Ha plantado recién; las banderolas  
De su tropa de siervos, los pendones  
Flamean en su campo, como colas  
De serpientes de fuego; los fusiles  
En pabellon relumbran  
A los rayos del sol que ya supera  
Las cumbres de los cerros y los bosques,  
Y la rojiza y federal bandera  
Sobre su asta de pié, como señora  
Con sus primeras luces se colora.  
Los soldados en grupos esparcidos,  
Con sus rojos vestidos,  
O fuman ó matean  
Bullendo en rededor de las fogatas,  
Cuyas columnas de vapor ondean  
Vibrando como lenguas escarlatas:

Oribe está en su tienda, pero duerme  
Sobre un lecho tendido,  
Porque de negras s6mbras perseguido  
En la noche callada  
De m6rrol es para su sien la almohada;  
Y piensa en aquella hora  
Blanda y consoladora  
Para su sueño hallarla. —  
Pero horrible y convulsa  
Su cabeza maldita  
Sobre la almohada de solaz se ajita,  
Y su mano parece que repulsa  
Y su ceño tambien como lejiones  
De estupendas visiones  
Que le hielan el tu6tano en los huesos  
O le hacen como lava hervir los sesos.

Y de repente su cabeza cana  
Vé erizadas de Sierpes  
Cuyo áspero silbido  
Le atolondra la mente y el sentido,  
Y dormir no le deja; y se le enrosca  
Como anillos de fierro en su garganta  
Y le ahogan — y luego de su diente  
La picadura siente  
Erizado de horror, y su veneno

Se inocular en su sangre,  
Y corre por su seno  
Corrosivo y voráz, y lentamente  
Llega á su corazón en agonía,  
Agonía infernal, larga, sombría.

Y luego, en cada pelo  
De su cabeza brota  
Como sudor de sangre,  
Y fluye gota á gota  
Por la piel de su cuerpo enflaquecido,  
Y se la quema y roe  
Cual plomo derretido,  
Y horadando sus carnes punzadora  
En sus huesos se pega y los devora.

Y luego vé millares de cabezas  
Del tronco separadas á cuchillo,  
Chorreando sangre aun, en torno suyo  
Como un muro erizarse, de amarillo  
Y negruzco color; y todas ellas,  
Clavando en él pupila  
Cavernosa y luciente que vacila,  
A su oído gritar con voz profunda:—  
« Duerme, duerme, maldito;  
Nosotros no dormimos, vijilamos,  
Y la hora tremebunda

De la venganza junto á ti aguardamos.  
Tu cuchillo ha pasado y repasado. . . .  
¿ Ois esos gritos hondos que angustiados  
Dejan el corazón?—Son los jemidos  
De las tiernas esposas y las madres,  
Y de los pobres niños desvalidos  
A quien dejaste, bárbaro, sin padres.»

Y luego horripilado de pavora  
Vió una vasta llanura  
Toda cubierta de vapor muy denso,  
Y en medio de ella humeante  
De sangre un lago inmenso;  
Y se sintió al momento devorado  
De sed inestinguible  
Y á beber corrió sangre despechado;  
Y una mano invisible  
Lo empujó de la orilla, y al impulso  
Cayó dentro del lago  
Y á manotear convulso  
Empezó en él, porque la sangre espesa  
Llenaba su pulmón de condenado,  
Pesando como azogue en su cabeza:—  
Y aquel lago de sangre en que se ahogaba  
La sangre era de un pueblo degollado.

Y oyó una voz entonces  
Gritar atronadora:—  
« Chacal feroz del Uruguayo cerro,  
Toda esa sangre que vertistes á hierro  
Caerá sobre tu raza maldecida;  
Por que esclavo y verdugo solo fuiste,  
Ejecutor de los sangrientos planes  
Del tirano del Plata ó del demonio  
A quien en cuerpo y alma te vendiste.»

Y vió luego á un Demonio y á un Espectro  
Osamenta de Fuina en forma de hombre  
Corriendo por la faz de una llanura  
Despoblada y oscura;  
Y el espectro voráz iba delante  
Con un puñal en la huesosa diestra,  
Y ajitando flamante  
Una enseña rojiza en la siniestra;  
Y el demonio detras que lo impelía  
Gritando le decia:—  
« Hiere, verdugo, hiere;  
Esclavo, no te pares, adelante !  
Bruto, obedece al látigo estallante,  
Lleva tu carga, ó blasfemando muere.»

Y Oribe se despierta á tiempo mismo  
Que penetra en la tienda el Secretario;



— « ¿ Dónde ? cómo ? »

— « En un lugar á la ciudad vecino,  
Por partida de gauchos federales  
Que siempre fueron á la causa leales. »

Y el gozo transfigura del caudillo  
El rostro de cadáver amarillo,  
Y frenético esclama:— « ¿ y la cabeza ?  
¿ Donde está su cabeza ? »

— « Se han llevado  
Los suyos el cadáver. »

— « Gran proeza  
Han hecho los imbéciles — matarle !  
¿ No pudieron acaso degollarle ?  
Que busquen el cadáver: — enterrado  
Los bandidos, sin duda lo han dejado:  
Que arranquen su cabeza del sepulcro,  
Yo quiero verla, verla.  
¿ Entiendes lo que digo ? hedionda, horrible  
Quiero verla ante mí, reconocerla.  
Pisotearla, escupirla  
Y de regalo á Rosas remitirla », <sup>5</sup>

### III.

Sandoval, entretanto, al campamento  
Con los suyos penetra á paso lento



Y perdiendo la chaveta,  
 Como perdiera el baston,  
 Viene en desnudez completa.

Y oyen cantar en redor,  
 ¡ Salud al gobernador !

Buena acojida le harán  
 Los federales aquí;  
 Otro baston le darán;  
 Camiseta le pondrán  
 Con bonete carmesí.

Y á zapatear con primor  
 Aprenderá fácilmente  
 La *resvalosa* de amor,  
 Que hace federal ardiente  
 Al salvaje mas traidor.

Y oyen cantar en redor  
 ¡ Salud al gobernador ! <sup>6</sup>

Así insultan á aquellos desdichados  
 Por órden de su jefe los soldados.  
 Ellos, empero, no oyen, ó aparentan  
 No oír de aquella turva  
 Los bárbaros ladridos;  
 Y mudos, cabizbajos, absorvidos

En su propio infortunio,  
 Donde los llevan ván.—Lo inesperado,  
 Lo grande, lo fatal de su desdicha  
 Resignacion y fuerza les ha dado  
 Para arrostrarlo todo—De su suerte  
 La misteriosa página han leído,  
 Y en ella han visto. . . muerte,  
 Martirio sin igual, lenta agonía.  
 ¡De qué airarse, ó quejarse les valdría t

Para uno, sin embargo,  
 De entre ellos mas amargo  
 Debe ser aquel trance:  
 Para medirlo y comprenderlo, alcance  
 No hay en ojo mortal;—tan solo él mismo  
 Sondar puede de su alma en el abismo.  
 Jóven, esposo y padre:  
 ¡Qué pena hay mundanal que no taladre  
 Su corazon allí!. . . Patriota heróico  
 El destino fatal con la corona  
 Del martirio su frente galardona;  
 Jóven lleno de vida y fortaleza,  
 De inteligencia y porvenir fecundo,  
 Con embrionario mundo en su cabeza,  
 Sin nada realizar se vá del mundo:—  
 Esposo tierno, de la esposa cara

La mano del verdugo lo separa:  
 Padre, deja á sus hijos desterrados.  
 Pobres, en la horfandad desamparados  
 Y esta idea terrible que á su mente  
 Pegada vá, como insaciable diente,  
 Le abisma la razon, y entre su boca  
 Espira á veces la blasfemia loca.  
 ¿ Qué es la virtud, gran Dios, con su heroísmo  
 Si la abandonas tú, y aniquilada  
 Cae al golpe del bárbaro egoísmo  
 Por acatar tu ley que vé ultrajada ?  
 ¿ Para que la potencia  
 Diste á la intelijencia  
 De concebir lo bueno en esperanza  
 Si á realizar su concepcion no alcanza ?  
  
 ¡ Morir en los albores de la vida !  
 Cuando está el alma de ambicion henchida,  
 Cuando en triunfo se huelgan los tiranos,  
 Cuando la hermosa patria de sus sueños  
 Agonizante gime entre sus manos !  
 ¡ Morir, sin poder antes,  
 Manifestando alientos varoniles  
 Pisotear en el fango á esos reptiles  
 Que el egoísmo rudo hizo gigantes ?  
 ¡ Al acercarse al suelo

Que á su esposa querida  
Y á sus hijos hospeda,  
Caer por injusto fallo de un destino,  
Misterioso para él, entre las garras  
De inexorable y bárbaro asesino !—  
Terrible situacion de Avellaneda.  
Con faz serena empero,  
Él afronta lo horrendo de aquel trance  
Sin esperanza alguna ni asidero,  
Cuyo acerbo afanar nada mitiga.  
Si algo en su rostro varonil resalta  
De extraño abatimiento  
Es de la carne el largo sufrimiento,  
La palidéz del hambre y la fatiga,  
Y el dolor de las fuertes ligaduras  
Que sus hinchados puños  
Van corroyendo duras.

A medida que al campo ellos se internan  
Por algunos traidores escoltados,  
La brutal soldadesca se amontona  
Curiosa en torno suyo,  
Y crecen los insultos despiadados,  
Crece el procaz murmullo,  
Como suelen las aves de rapiña  
Importunar con su áspero graznido

Las orejas del leon agonizante  
Que entre pérfidas redes ha caído. . .  
Murmullo que remeda  
El mujido de la onda  
Que la peña redonda  
Embiste sin cesar; . . . y Avellaneda  
Acosado por él, de cuando en cuando  
El noble cuello alzando,  
Echa sobre la turba una mirada  
De menosprecio y compasion preñada:  
Cantar oyendo en derredor,  
¡ Salud al gobernador !

## I V .

Mediodia ha pasado; el campamento  
De gala está vestido; los tambores,  
Los pífanos anuncian silbadores  
Holganzas y festejos,  
Y la sonora música á lo lejos  
La *resvalosa* toca,  
Sonata federal que al regocijo  
Y al degüello de víctimas provoca.  
Avellaneda oyendo

La ruidosa alegría  
Con que celebra el bárbaro enemigo  
La victoria tan fácil de aquel día,  
Está desde el lugar que por abrigo  
A su cabeza han dado.  
Por asiento y por cama  
Tiene la verde grama,  
Y por techo de amparo una carreta,  
Entre cuyo rodado  
Cabizbajo medita: —dos lanceros,  
Paseándose al redor con gran cautela,  
Hacen al desdichado centinela: —  
Oribe su verdugo ha separado  
Los que fueron sus fieles compañeros,  
Para que no halle el eco en su agonía  
De conocidas voces,  
Ni mirada fugaz de simpatía  
Entre ceños salvajes y feroces.  
Cabizbajo medita en su destino,  
Devorando de maíz algunos granos  
Que alguien le dió al pasar como limosna,  
Y que á su hambriento lábio á duras penas  
Pueden llevar sus comprimidas manos.

Resignado ya está, pero su mente  
Con ánsia convulsiva lo presente

Sondea de su horror; y luego abraza  
La fujitiva traza  
Que ha dejado en su rápida carrera,  
Y en sus queridos hijos, cariñosa  
Se abisma y en su padre y en su esposa.  
Les prometió en la triste despedida  
Volver pronto á abrazarlos  
O en el destierro acerbo acompañarlos,  
Y al pisar fujitivo la frontera  
Se frustró esa esperanza lisonjera  
Por que quiso el destino condenarlos  
A perdicion comun.—Pero si aprende  
Cuán frágil y quimérica es la dicha,  
De cuán poco depende  
Su pérdida ó fruicion; nada comprende  
De ese oculto y terrífico destino  
Que desventuras tantas le previno.  
¿Será la providencia?—es imposible.  
¿Será el jénio del mal?—no alcanza á verlo.  
Providencia, destino, ley terrible  
O númen infernal ¿ como saberlo ?

Y su espíritu audáz convulsamente  
Se hunde de lo infinito en la corriente,  
Como en caos eternal chispa liviana.  
Pero un demonio de figura humana

A interrogarlo llega de repente,  
Con benigna sonrisa solapando  
De su alma lo feroz y lo nefando.<sup>7</sup>

INTERROGADOR .

¿ Juras decir verdad ?

AVELLANEDA .

Nada prometo;  
Ni tengo que decir.

INTERROGADOR .

Mucho coraje,  
Mucho orgullo te queda todavía,  
Indómito salvaje.

AVELLANEDA

Sobrado para odiar á los tiranos  
Y seides y verdugos inhumanos.  
El salvaje eres tú; lo sois vosotros  
Que robais, degollais á los patriotas,  
Y la moral hollando y la justicia,  
Correis sin freno como agrestes potros  
En pos de los objetos que codicia  
Vuestro instinto brutal siempre siniestro

Doblando las espaldas como esclavos  
Al látigo feroz del amo vuestro.

INTERROGADOR.

Insolente ¿ el castigo no recelas ?

AVELLANEDA.

No sé lo que es temor, ni pido gracia.

INTERROGADOR.

Compadecido estoy de tu desgracia.

AVELLANEDA.

Guarda tu compasion, yo no la quiero,  
Ni la imploro de tu amo ni la espero.

INTERROGADOR.

Si dices la verdad, si algo revelas  
Te salvarán la vida.

AVELLANEDA.

A los demonios  
Gran risa causaria  
La clemencia de tu amo, pobre siervo;  
Y no es bueno que de él nadie se ria.

INTERROGADOR.

¿No eres tú el promotor empecinado  
De la liga del Norte,  
Que tú misma desgracia ha orijinado ?

AVELLANEDA.

Me venaglorio de eso  
Y ante Dios y la patria lo confieso.

INTERROGADOR.

La rebelion entonces promoviste  
Y la guerra civil siendo ministro.

AVELLANEDA.

La guerra contra el bárbaro tirano  
Ignominia del nombre Americano.

INTERROGADOR.

Y por hecho tan grande despues fuiste  
Gobernador de Tucuman . . . .

AVELLANEDA.

Y fuera  
Si Rosas tantos siervos no tuviera.

Era libre mi país, le habeis traído  
Los viles hierros que arrastrais vosostros;  
Infames como nadie habeis querido  
Vuestra infamia lanzar sobre los otros,  
Sin piedad degollando á los que bravos  
Al rostro os arrojaron de repente  
Esa librea que llevais de esclavos.

INTERROGADOR.

A salvarlo venimos de traidores.

AVELLANEDA.

Los traidores serán los que al tirano  
La Patria de Belgrano  
Maniatada y exánime vendieron,  
Y de su odio salvaje y sus rencores  
Instrumentos tan dóciles se hicieron.  
¿Qué principio, qué causa en esta guerra  
Vosotros defendeis? porqué de sangre  
Inundais y de llanto nuestra tierra,  
La cuchilla paseando de esterminio?  
Bien lo sabeis, para que en ella asiente  
Rosas vuestro amo el bárbaro dominio,  
Y con profusa mano en recompensa  
Vuestras viles pasiones alimente.

Traidores nos llamais porque pedimos  
 Las libertades que heredar debimos.  
 Porque ser pretendemos ciudadanos;  
 Porque queremos leyes y justicia,  
 No el capricho brutal de los tiranos.  
 ¿ Quiénes son, decididlo, los traidores ?  
 ¿ Nosotros ó vosotros vencedores ?

INTERROGADOR.

¿ Quién al ilustre federal Heredia  
 Hiciera asesinar ?

AVELLANEDA.

Ya te comprendo.  
 Quieres, sayon, para engañar al mundo,  
 Con los veraces hechos de la historia  
 La trama componer de una comedia,  
 Y mis palabras á tu antojo urdiendo  
 Manchar con ese crimen mi memoria,  
 Mi nombre difamar; pero te engañas,  
 Son harto conocidas  
 Las mentiras que usais, las torpes mañas.  
 Que especulais con el terror y el crimen,  
 Con el llanto y dolor de los que gimen,  
 Y que cínicos, nécios impostores  
 Sois á mas de asesinos y traidores

El mundo sabe; y mentirás en vano,  
Porque la historia á mí me hará justicia  
Como la hará á vosotros y al Tirano.

INTERROGADOR.

¿Sabes quién soy?

AVELLANEDA.

No sé.

INTERROGADOR.

Maza me llamo.

AVELLANEDA.

Mónstruo la humanidad y sayon tu amo.  
Degollador, tu nombre me horroriza  
Porque la humana fiera simboliza:  
Puedes irte de aquí porque yo nada  
Con vos tengo que hacer; como acostumbras  
No vengas con tu estúpida mirada  
La víctima á insultar. Tú, Sol que alumbras  
Y derramas calor sobre mi frente,  
Lo que has visto de mí en la hora postrera  
Podrás decir á la futura jente.

INTERROGADOR.

Salvaje, tú deliras, ó estás loco.

AVELLANEDA.

Para tu alma feroz, inmundo foco  
De estupidez y corrupcion, deliro.

INTERROGADOR.

Tu delirante impavidez admiro.

Y bajando la vista Avellaneda,  
Volvió á sentarse en medio del rodado;  
Y el cínico sayon de las *mas-horca*  
Se retiró de allí desconcertado,  
Fulo y mordiendo con rabioso diente  
El aguijon de su palabra ardiente.

V.

Avellaneda entonce, quebratado  
Por dos dias de insomnio y de fatiga,  
Por el hambre y las ánsias de su mente,  
Como en mullida cama

Se echó á dormir sobre la verde grama.  
Y pronto un sueño blando  
Sus párpados cerrando  
Todo pudo olvidar; pero despierta,  
Febriciente quizá su fantasía,  
Entonce empezó á ver vivo y de bulto  
Lo misterioso, lóbrego y oculto  
Que el tiempo en sus honduras escondía.

Y vió de una mirada  
Una inmensa llanura  
De cerros y de bosques salpicada  
Y vestida de flores y verdura.  
Una atmósfera densa, semejante  
Al paño de un cadáver, la cubría;  
Y al traves de esa atmósfera abrumante,  
Como un globo de hierro encandecido,  
En el fondo de cielo renegrado,  
Rojizo y como inmoble y vaporoso,  
Un astro sin calor se descubría.

Y en la llanura aquella  
De negros horizontes,  
Sierras había y montes  
Y pueblos y ciudades,  
Y lagunas y rios  
Rojos como de sangre ya cuajada,

Y brutos carniceros y bravíos  
Rastreando de los hombres la pisada.

Y los hombres de pueblos y campañas  
Parecian estúpidos carneros  
Y toros y salvajes alimañas  
Sin fuerza ya, ni bríos altaneros,  
Avezados por larga servidumbre  
A doblar la cerviz con mansedumbre  
Bajo el golpe del látigo ó del hierro,  
Y á moverse en comun como tropilla  
De caballos al ruido del cencerro.

No habia entre ellos hombres, ó ninguno  
Hombre ya en el semblante parecia;  
Porque el miedo serval, la tiranía,  
De esos rostros humanos  
La estampa del creador borrado habia  
Todos los rasgos de su oríjen bellos,  
Dejando solo en ellos  
La marca de criaturas  
Dejeneradas, tétricas ó impuras. . .

Y Avellaneda con asombro viendo  
Degradacion tan grande  
Del hombre obra de Dios, el alma llena  
Se sintió de honda pena,

Y concebir turbado no podía  
El misterio de aquello que veía.  
Y una voz dijo entonces:—  
«Olvidaron la ley del cristianismo,  
No supieron unirse como hermanos;  
Esclavos los hiciera el egoísmo,  
Brutos la tiranía y los tiranos.»

Y vió luego entre aquellos moradores  
De pueblos y campañas,  
Convertidos en mansos animales,  
Rondar como tropillas de chacales  
De hienas y de lobos carniceros,  
Como en torno á un corral, buscando hartura,  
O de vacas de leche ó de carneros,  
Andar suelen humeando en noche oscura.

Y las fieras aquellas devoraban  
Hombres doquier en campos y ciudades  
Que parecían conservar apenas  
Un resto de calor entre las venas;  
Y ensangrentar ó arrebatarse dejaban  
Muchos hasta sus hijos y mujeres  
Por conservar la vida y el reposo  
De su sueño brutal y sus placeres.  
Y los mas avisados se escondían  
Transidos de terror en sus cabañas,

Mientras fuera en los pueblos y campañas  
Los huesos de las víctimas crujían,  
¿Qué me importa? diciendo; y á su turno  
La cuadrilla feroz que lo rastreaba  
Como á estúpida grei los devoraba.  
Y ninguno de aquellos que escondidos  
Escuchaban los ayes y jemidos  
Daba señal de sentimiento humano,  
Se movía á piedad, tenía aliento  
Para salvar la vida del hermano  
Que devoraba el animal hambriento:—  
Porque el rudo egoismo embrutecidos  
Los tenía, y el miedo entumecidos.

Y aquella que veía Avellaneda  
Misteriosa y feroz carnicería  
De víctimas humanas,  
Una escena infernal le parecía.  
¿Cómo, se decía él, un pueblo entero  
Se deja degollar como un carnero,  
Y no se unen sus almas y sus brazos  
Para hacer á esas fieras mil pedazos?  
Y una voz responder oyó sonora; . . .  
« La bárbara cuadrilla los devora  
Y los ata el terror, porque cada uno  
Solo en sí piensa y su egoismo adora:

No puedes comprender lo nunca visto. . . .  
Cuando el *verbo* del Cristo  
Su inteligencia embrutecida alumbra,  
Tiranía no habrá ni servidumbre  
Ni serán como humildes animales  
Devorados los hombres uno á uno  
Por cuadrillas de lobos y chacales. »

Y á una especie de bestia ó Minotauro  
Forma de toro y de demonio y de hombre,  
Mónstruo tal vez de cópula sin nombre,  
Vió á orillas de un gran río y en el centro  
De una grande ciudad, recluso dentro  
De un informe edificio, parecido  
A una cueva infernal, donde circuido  
De terror y misterio, parecía  
Urdir con el demonio entre tinieblas  
Trama alguna maléfica y sin nombre  
En el lenguaje familiar del hombre.

Y el mónstruo aquel tenía  
A los muchos y mansos moradores  
De la ciudad aquella  
En convulsion perpetua de terrores,  
Por que de carne humana se nutria  
Como el mónstruo gigante Polifemo,  
Era en poder para dañar supremo

Como el jénio del mal y las tinieblas,  
Y sangre, sangre sin cesar pedía;  
Y porque el pueblo aquel, en la locura  
De su rudo egoismo y su pavora,  
Todo él en holocausto se ofreciera  
Para calmar la furia carnicera  
De aquella bestia con figura de hombre  
Que en idioma humanal no tiene nombre.

Y el Minotauro aquel ¡ misterio horrible !  
Era el rey de las hienas y chacales  
Que con hambrienta boca devoraban  
La poblacion aquella  
Convertida en tropilla de animales;  
Y su hedionda caberna les abría  
Cuando abrumarla de terror quería,  
Y frenéticos ellos se lanzaban  
A devorar la presa que su dedo  
Les señalaba, trémulo de miedo;  
Porque el mónstruo de raza maldecida,  
Cobarde como estúpido en fiereza,  
Veia en sus terrores á toda hora  
Doquiera vengadora  
La espada de Damocles suspendida  
Sobre su infame y bárbara cabeza.

Y el pueblo aquel de mansos animales

Que la bestia feroz así diezmaba,  
Como ante un ser divino,  
Dispensador de bienes y de males,  
A sus plantas de hinojos se postraba;  
Y por atraerse el patrocinio suyo  
Con su sangre y perpétuas alabanzas  
Cebaba sus rencores y su orgullo.

Y una voz dijo entonces:—  
«Del Cristo y de su dogma renegaron  
Por terror, ignorancia y egoísmo,  
Y á los pies como brutos se inclinaron  
De un ídolo sangriento del abismo. . . .»

Y luego de la esfera  
Entre nube lijera  
Vió bajar como un ángel de esperanza;  
Y el ángel con tristeza  
Contemplándolo estuvo, y sonriendo  
Le puso una corona en la cabeza.  
Y la corona le arrancó un jemido  
Y ensangrentó su frente,  
Por que era de laurel entretejido  
Con agudas espinas; y oyó entonces  
Sonar por el espacio vagamente:

Alma noble, tu lucha  
Finalizó en la tierra,

La aurora ha amanecido  
De tu inmortalidad.  
Para que pueblos haya  
Preciso es que haya mártires  
Que mueran como el Cristo  
Por la fraternidad.

---

Y luego parecióle, como ocultos  
Entre nube de grana vaporosa,  
Columbrar unos bultos  
Que le hablaban sonriendo  
Con inefable amor, y hácia él tendien do  
Sus brazos y mirada cariñosa .

Y miró y vió á lo lejos,  
Como entre blanca nube á los reflejos  
De un sol crepuscular, triste y llorosa  
Una mujer hermosa,  
Con el cabello negro destrenzado;  
Y asidos á sus palmas  
Dos pequeñuelos niños  
Lagrimando tambien; y detras de ellos;  
Triste y meditabundo,  
Un hombre de blanquísimos cabellos.

Y todos cuatro echaban  
Al horizonte oscuro,  
Lleno de angustia á veces,  
Mirar vago y profundo;  
Como si en él buscase  
Su corazon ansioso  
La lumbre de algun astro venturoso.  
Y los dias pasaban  
Y el astro apetecido no volvía,  
Y el horizonte siempre estaba oscuro  
Para ellos, y jimiendo suspiraban  
Porque rayo ninguno en él lucia.

Y aflijido miraba Avellaneda  
De aquel grupo de seres desdichados  
La espectacion ansiosa,  
Y clavó en él sus ojos desalados;  
¡ Funesta aparicion ! su anciano padre,  
Sus hijos y su esposa  
Creyó reconocer, entre la bruma  
Que los cubria como blanca espuma;  
Y se lanzó frenético á abrazarlos,  
Y al ir yá, ya á estrecharlos  
Sintió un frio de hierro en su garganta,  
Y desfallece lánguida su planta  
Como cortado leño, y con voz mística

Exhala un ay! de inesplicable angustia,  
Y se pone de pié todo ajitado;  
Oyendo resonar aturdidores  
En el campo fatal los atambores.

## V I .

El sol ya se escondia  
Detrás de las montañas,  
Y al traves de los árboles gigantes,  
En las hondas quebradas esparcía  
Aquella vaga y uniforme lumbre  
Que á los objetos dá formas estrañas  
Indecisas, redondas ó flotantes.  
Arrebolado el cielo  
Con nubes de carmin y de topacio  
Sobre azul transparente, parecia  
Un magnífico velo  
Tendido en la portada del palacio  
De lo infinito, eterno y absoluto. . . .  
La brisa de los Andes removía  
La copa de los cedros y lapachos,  
Y escondida en las ramas  
De los naranjos verdes ó quebrachos,

Su jemido la tórtola ó su arrullo  
Mezclaba á los armónicos rumores  
Del zorzal y otros pájaros cantores;  
Y de la tierra todo parecia  
Alzarse al cielo un vividor murmullo,  
Un cántico de hosana y de alegría.  
De los pechos humanos solamente  
Se exhalaban sollozos ó jemidos,  
Gritos de sangre ó de furor demente  
De verdugos, tiranos y oprimidos.

Aquel canto de paz daba consuelo,  
Aquella dulce y palpitante calma  
De la tierra y del cielo  
Convidaba á vivir al desdichado  
A inevitable muerte condenado,  
Y daba aliento á el alma  
Para engolfarse, libre de apetito  
Carnal y ánsia terrestre, en lo infinito.

Contemplando aquel cuadro Avellaneda  
De la natura, estático se queda,  
Y se remonta al cielo con la mente;  
Pierde de vista esta rejion de lodo  
De tinieblas y angustias,  
Y olvidado de todo  
Ni el escozor de su desdicha siente.

Y en mar de resplandores eternos,  
De cuyo seno fluyen  
De la vida infinita los raudales,  
Se abisma mas y mas, y anonadado  
Siente su ser carnal, y transformado  
En inmortal espíritu, se mece  
En piélago de lumbres y armonías;  
Y en su mirada brillan como efluvios  
De la inmortalidad, y en su cabeza  
Aureola de candor y de belleza:  
Y el aroma vivaz, puro, bendito  
De otro mundo respira,  
Y realizar en éxtasis parece  
Su comunión con Dios y lo infinito.  
Aspiración ideal por que la mente  
Peregrinando del mortal delira.

Cesado, entanto, había  
De los roncós tambores  
El ruido aturdidor, y solamente  
Un murmullo sordisono se oía;  
Mientras absorto el mártir en visiones  
De soñadas rejiones,  
Inmóble está de pié, como si su alma  
Estuviera en el cielo suspendida.  
Entonce ante su vista se presenta

Un jóven oficial con tres infantes,  
Y saludo cortés haciéndole antes,  
En voz alta, le dice, y conmovida:—  
«Prepárate á morir.» . . . Sereno el mártir  
Señales de emocion no manifiesta,  
Y con acento firme le contesta:—  
« . . . Tiempo hace que lo estoy, pero un cigarro  
Antes fumar quisiera» . . . Silencioso  
Se lo dá preparado y encendido  
Aquel jóven de pecho generoso;  
A su diestra se pone, y al momento  
Lo encamina al suplicio á paso lento.

No distante de allí con arma al hombro  
Taciturno y de pié, yá está formado  
El cuadro militar, y en torno suyo,  
Hirviendo con sordísono murmullo,  
Mil cabezas se ven de rojo viso,  
Curiosidad ó asombro  
O sonrisa brutal manifestando,  
Y encima de los árboles contiguos  
Otras tantas los ojos asomando.

En medio de aquel cuadro silencioso,  
Colocados en linea  
Cinco bultos de rostro muy tostado,

De lengua barba y pelo desgreñado,  
Inmóviles resaltan, como bustos  
Del infortunio adustos;—  
El cuerpo varonil tienen cubierto  
Con harapos de lienzo blanquecino  
El pecho como el cráneo descubierto,  
Y sujetos en cruz con soga dura  
Sus puños por la espalda, donde muestra  
Cara horrible y siniestra  
Un grupo de sayones  
De roja camiseta y tez oscura.  
Cabizbajos están, como rendidos  
Bajo el peso de golpes repetidos  
De infortunio fatal; pero cuando alzan,  
O mirada furtiva  
Llevan en rededor con frente altiva,  
Se vé que son soldados  
A encarar el peligro,  
La miseria y la muerte acostumbrados.

Mas de repente el cuadro se conmueve  
Y la chusma en redor, como arboleda  
Al resoplido leve  
De brisa de los Andes, y hácia el punto  
Por donde entra fumando Avellaneda,  
Millares de cabezas en conjunto

Se inclinan, y asombradas,  
De su órbita saliendo,  
Lo ojean, lo examinan  
Otras tantas estúpidas miradas;  
Y un «mueran los salvajes,» estupendo  
Grito de ultraje y convenida afrenta,  
Sobre la frente impávida del mártir  
Como tronido aturdidor revienta.

Y oye cantar en redor:  
Salud al gobernador  
Barbilampiño y travieso;  
Contrito y lleno de amor  
Viene á recibir el beso  
Que dá la Patria al traidor.

Quedará purificado  
De toda mancha y pecado  
Como arrepentido está.  
Y del bienaventurado  
La eterna paz gozará.

Los muertos no se revelan  
Contra la federacion,  
Ni traidores jamás son;

Ni en su descanso recelan  
Fiebre de loca ambicion.

Maniatado tambien sin mas vestido  
Que un liviano tejido,  
La cabeza desnuda  
Al frente de sus leales compañeros  
Lo hacen parar. . . y con mirada muda  
Parecen saludarse,  
Y darse parabienes lisonjeros  
Por que vuelven á hallarse  
En el lugar de su comun suplicio,  
Y ofrecer á la Patria pueden juntos  
Su immaculada sangre en sacrificio.  
Pálido el rostro está del jóven mártir,  
Pero en su bella frente  
Sombreada por cabello renegrado,  
En su mirada de águila potente,  
En su ademan erguido,  
La dignidad resalta y la nobleza  
De su grande y feraz naturaleza.

La señal dá un clarin, y estrepitosa  
La música á tocar la *resvalosa*  
Empieza de repente,  
Y entre la chusma aquella el regocijo

Circula como eléctrica corriente.  
Al oír la señal, cinco sayones  
Sobre las tristes víctimas se lanzan  
Y las tienden de espaldas á empellones;  
Y mientras ellas roncan y patean  
O en convulsiva lucha forcejean,  
En su pecho clavando una rodilla  
Y asiendo con la izquierda su cabello,  
Al compás de la horrible resvalosa  
Les hunden el cuchillo por el cuello.  
Se oyen ayes y gritos sofocados  
Y hervidero de sangre á borbollones,  
Y de pies á cabeza ensangrentados  
Se enderezan altivos los sayones.

Todo entonces es silencio;  
De horror sobrecojida  
Parece aquella turba, acostumbrada  
Al crimen y á la sangre como al yugo  
Del que es á un tiempo mismo  
Su tirano implacable y su verdugo,  
Y en el dolor humano su deleite  
Encuentra como un jénio del abismo.  
Empero, de pié queda  
Viendo ante sí los troncos palpitantes  
De sus amigos degollados antes,

De horror estupefacto, Avellaneda:  
Su verdugo feroz, en el delirio  
Brutal de la venganza, calculando  
Lo mas fino en crueldad, lo mas nefando  
Para hacer mas acerbo su martirio,  
Prolongarlo ha querido, y su alma impia  
Deleitar observando  
Del mártir el dolor y la agonía.  
Avellaneda, en tanto,  
Impasible, no muestra  
Flaqueza ni quebranto  
En el terrible tránce; y hácia el cielo,  
Donde tiende el crepúsculo su velo  
De negruzco color, de cuando en cuando  
La pupila fosfórica llevando,  
Con estóica firmeza  
Burlar de su verdugo  
Parece la antropófaga fiereza.

Pero llega para él la hora postrera.  
Vuelve á tocar la música sonora  
La sonata agorera  
De regocijo y de matanza fiera,  
Y un sayon se aproxima, y en la diestra  
Resplandeciente daga  
Sonriendo al mártir de la Patria muestra;

Su noble cuello con el filo amaga  
Varias veces; lo hiere y sangre fluye . . . . .  
Y se hiergue indignado, y arrojando  
Mirada que electriza el torpe bando,  
Exclama el mártir:— « Bárbaro, concluye;»  
No mas me martirices» —Fiero entonces  
El sayon de estatura gigantesca  
Lo tiende boca arriba; del cabello  
Lo agarra, comprimiendo con la planta  
Su pecho varonil, y en un momento  
A cuchillo cercena su garganta,  
Como rebana el árbol de un achazo  
Del montaraz el formidable brazo.  
Un ay ! resuena de profunda angustia,  
Un áspero ronquido, y un murmullo,  
Y el sayon levantando, ébrio de orgullo,  
Muestra á la turva de terror transida  
En la sangrienta mano suspendida,  
Radiante de prestigio y de grandeza,  
Del mártir de la Patria la cabeza.<sup>9</sup>

Se vió entonce á una especie de esqueleto,  
De tez de azufre y lívida mirada,  
Soltar estrepitosa carcajada;  
Y aflojando la rienda á su caballo  
De aquel sitio alejarse como un rayo,

Con voz ronca y preñada de rencores;—  
« Mueran, gritando, mueran los traidores: » —  
Y millares de bocas repitiendo  
Aquel grito feroz, suena estupendo.

Montevideo, Septiembre de 1849.

---

## NOTAS.

---

### CANTO PRIMERO

1. El *Pacarí* es el árbol mas robusto y corpulento de Tucuman. Hay allí muchos cuya copa daría sombra á mas de cien jinetes.

2. *Sus casas son verjeles.* No es el pobre de Tucuman como el pobre de Europa: habita una pequeña casa mas sana que elegante, cuyo techo es de paja olorosa. Un vasto y alegre patio la rodea, el que jamás carece de árboles frutales, de un jardín y de un gran número de aves domésticas. (Memoria descriptiva sobre Tucuman, publicada en 1834, por el señor Alberdi.)

3. El capitán Andrews, en su viaje á la América del Sud, publicado en Lóndres en 1827, no dice como yo que Tucuman es bellissimo, sino que: «en punto á grandeza y sublimidad, la naturaleza de Tucuman no tiene igual en la tierra; que Tucuman es el jardín del Universo.» (Memoria de Alberdi.)

4. *Poleo.* Arbusto de cinco piés, cuya fragancia se parece á la del tomillo.

5. En Tucuman se formó el primer ejército destinado á ar-

rojar del alto Perú (hoy Bolivia) á los españoles, que lo habian vuelto á ocupar despues de la desastrosa jornada de Huaqui en 1811. Belgrano, general de ese ejército, hizo construir, á una legua de la ciudad de Tucuman en una vasta planicie, un edificio para el acuartelamiento de sus tropas, llamado *Ciudadela*, y como á dos cuadras de ella, una casa para su habitacion. De estos dos edificios no quedaban sino ruinas cuando el señor Alberdi los visitó en 1833, ruinas cubiertas por el pasto y circuidas de soledad y de silencio.

6. El doctor don Bernardo Monteagudo, tucumano, fué miembro de la primera Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas, inaugurada á principios del año 1813, y promotor ó sostenedor elocuente de todas las grandes medidas dictadas por ella. Como redactor de la *Gaceta*, del *Martir ó Libre*, del *Independiente* y del *Grito del Sud*, se mostró, despues de Moreno, sin rival en la prensa periódica, no solo por el nervio y la originalidad de su estilo, sino tambien por la precision y alcance de sus ideas. Hizo las campañas de Chile y del Perú en clase de auditor de guerra del ejército de los Andes. Despues de la ocupacion de Lima por este ejército, el general San Martin, protector del Perú, lo nombró su ministro. En 1825, desempeñando iguales funciones bajo la administracion de Bolivar, fué alevosamente asesinado en las calles de Lima, en lo mejor de su edad.

7. No esperaron los españoles que Belgrano los buscase en el Perú. Un ejército suyo, al mando de Tristan, invadió á Tucuman y fué completamente derrotado por el general Belgrano, en el campo de la Ciudadela, en septiembre de 1812. Esta victoria, y la de Salta, ganada por el mismo general en febrero del año siguiente, aseguraron la independencia de la república. Desde entonces el campo de la Ciudadela, fué apellidado *Campo de honor*, y Tucuman, *Sepulcro de los tiranos*.

8. En 1816, un Congreso Argentino firmó en Tucuman la

declaracion de la independencia de las Provincias Unidas.

9. En el transcurso de la revolucion, Tucuman ha presenciado varias veces el duelo á muerte de las facciones argentinas; pero tiene la gloria de haber casi siempre combatido por el principio civilizador y progresivo de la revolucion de Mayo, y contra las facciones retrógradas y bárbaras que pretendian sofocarlo. No así Córdoba, adherida al federalismo reaccionario desde Artigas.

10. Despues de escrito este canto, hemos sabido que Avellaneda no nació en Tucuman, sino en Catamarca, cuando este territorio estaba unido al de Tucuman. Pero sus padres le llevaron muy niño á esta ciudad, donde se crió hasta que lo enviaron á estudiar á Buenos Aires: así lo tenian todos por tucumano.

Agregaremos, para que se conozca mejor á este infortunado jóven. En la administracion Balcarce, año 1833, fué co-redactor del *Amigo del Pais*, periódico de oposicion á Rosas y su partido. En 1834, á la edad de 20 años, recibió el grado de doctor en leyes en la Universidad de Buenos Aires. Poco tiempo despues se retiró á Tucuman, residencia de su familia, donde no tardó en ocupar un puesto importante en la majistratura.

Cuando el asesinato del general Heredia, en 1838, era presidente de la Sala de representantes y del tribunal de justicia. En la administracion subsiguiente, fundó un periódico de iniciativa, cuyo nombre no hemos podido averiguar, en el cual, con todo el brio y el calor de su alma, invocaba el anatema de los pueblos contra la tiranía de Rosas y de sus aliados los caudillos de las provincias. Durante el gobierno de Piedrabuena, contribuyó decisivamente, tanto por la prensa como por medio de su influencia, al pronunciamiento de Tucuman contra Rosas, el cual se verificó solemnemente el 7 de abril de 1840. El gobernador Garmendia, sucesor á Piedrabuena, lo hizo su ministro general, y entonces realizó su gran pensamiento de

la *coalición del Norte*, á la cual se adhirieron por un pacto formal las provincias de Tucuman, Salta, Jujuy, Catamarca y la Rioja, entrando poco despues á ella la de Córdoba. Bajo el gobierno del general Madrid, continuó desempeñando las funciones de ministro general. En Mayo de 1841, recibió la investidura de gobernador de Tucuman por delegacion del general Madrid, quien se puso en marcha para la Rioja con cerca de dos mil tucumanos y salteños, con la mira de incorporarse al general Lavalle y abrir la campaña de Cuyo.

11. Entre la Ciudadela y la casa de Belgrano se levanta humildemente la pirámide de Mayo, la que mas bien parece un monumento de soledad y de muerte. Yo la ví en un tiempo circundada de rosas y alegría..... (Memoria de Alberdi). Este monumento se erigió en conmemoracion del 25 de Mayo, despues de la victoria de Tucuman.

12. Fisiológicamente hablando, lo que llamamos muerte no es mas que una transformacion de la vida. La materia orgánica se disuelve, separándose los elementos simples que la componen para combinarse de nuevo con otros análogos ó diversos, y reaparecer bajo otra forma animada. ¡Quién sabe si la vida misma no es el resultado de la combinacion de los elementos orgánicos, conforme á cierta misteriosa ley de proporcion y de equilibrio, cuya perturbacion origina la muerte, ó la disolucion del cuerpo animado!

13. «Tan reciente desengaño debe llenar de un terror religioso á los que promueven la gran causa de estas Provincias. En vano sus intenciones serán rectas, en vano herán grandes esfuerzos por el bien público, en vano convocarán congresos, promoverán arreglos y atacarán las reliquias del despotismo; si los pueblos no se ilustran, sino se vulgarizan sus derechos; si cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede, y lo que se le debe, nuevas ilusiones sucederán á las antiguas, y despues de vacilar algun tiempo entre mil incertidumbres, *será tal*

*vez nuestra suerte mudar de tiranos, sin destruir la tiranía.»* (Moreno. Traducción del Contrato Social.)

14. Antes de formarse la coalición del Norte, Avellaneda era poco conocido fuera del recinto de las provincias: la realización de ese pensamiento audaz nacionalizó su nombre y le atrajo las miradas de todos.

15. *Sinsacate* lugar de la provincia de Córdoba.

16. La primera protesta armada contra la tiranía de Rosas, la hizo la provincia de Corrientes. El resultado de ella fué la batalla de Pago-Largo, sucedida en Marzo de 1839, en la cual perdió la vida su gobernador Beron de Astrada, y fueron degollados cerca de mil prisioneros correntinos, quedando aquella provincia sometida á Rosas.

17. El 7 de Noviembre de 1839 fué aniquilada en el combate de Chascomus la insurrección del Sud de la provincia de Buenos-Aires.

18. La Legion libertadora, formada en Martín García, obtuvo bajo el mando del general Lavalle la victoria del Yerúa, cuyo inmediato resultado fué la libertad de Corrientes. Posteriormente, en abril de 1840, esa Legion, convertida en Ejército Libertador, alcanzó en D. Cristóbal un triunfo indeciso.

19. El pronunciamiento de Córdoba contra Rosas se verificó en octubre de 1840. El regimiento de civiles pardos de infantería fué el nervio principal de aquella insurrección. El general Madrid que venia á apoyarla con una división de tucumanos entró en Córdoba al otro día de sucedida.

20. La batalla del Sauce-Grande se dió en Julio de 1840. Rechazado el ejército Libertador de las fuertes posiciones que ocupaba el enemigo, bajó el Paraná en buques franceses, y desembarcó en San Pedro, provincia de Buenos-Aires, el 5 de Agosto.

21. Habiéndose retirado el ejército Libertador de la provincia de Buenos-Aires, fué alcanzado y batido por el de Ro-

sas en el Quebrachito ó Quebracho, de cuyas resultas los patriotas Cordobeses, uniéndose á los restos de aquel ejército, se internaron en las provincias, y Oribe ocupó á Córdoba.

22. El *Chacho*—caudillo de los llanos de la Rioja: su verdadero apellido es Peñalosa.

23. En enero de 1841, el general Pacheco, con un cuerpo de ejército sorprendió durmiendo en San-Calá una fuerte division del ejército Libertador, cuya mayor parte fué estermi- nada. Allí degollaron á Rico, el héroe de la insurreccion del Sud, y gran número de los heróicos cívicos de Córdoba. Sus comandantes Gijena y Villamonte, y veinte y tantos oficiales mas, cayeron prisioneros y fueron pocos dias despues dego- llados en la Pampa del Gato por órden de Oribe, quien hizo clavar sobre palos algunas de sus cabezas en la plaza y en el paseo de Córdoba.

24. El *tigre de los llanos*—Sobrenombre popular de Juan Facundo Quiroga, caudillo de la Rioja.

El *Apóstata fraile*, mencionado en la estrofa siguiente, es Al- dao, gobernador de Mendoza, una de las provincias de Cuyo, y general del ejército Cuyano.

---

## CANTO SEGUNDO.

1 *La Cruz del Eje*,—lugar de la provincia de Córdoba, fronterizo á Tucuman.

2. El general Acha yendo con trescientos hombres á incor- porarse al general Lavalle que andaba por Famatina, se en- cuentra en Marzo del 41, en Machigasta, con el grueso del

ejército del fraile Aldao; y no quedándole otro medio de salvacion, lo carga inmediatamente á lanza, y abriéndose paso por entre sus espesas filas, logra escapar con la mitad de los suyos.

3. En mayo de 1841, el general Madrid gobernador de Tucuman, delega el mando en Avellaneda, su ministro general, y con cerca de dos mil hombres se pone en marcha hácia la Rioja, buscando su incorporacion al general Lavalle, quien forzado á retirarse, lo encuentra en Catamarca. Despues de conferenciar entrambos, Madrid continúa su marcha, y Lavalle con su division de seiscientos á setecientos soldados del ejército Libertador viene á Tucuman con la mira de formar allí otro ejército para su defensa. El general Acha manda la vanguardia del ejército de Madrid.

4. El Aconquija con su corona de nieve perpétua se levanta veinte y cuatro leguas al poniente de la ciudad del Tucuman, y el Tafi como á doce leguas en la misma direccion. Sobre una de las faldas de este monte está situada una hacienda perteneciente á los padres de la esposa de Avellaneda.

5. Los hechos de Lavalle y Avellaneda son ya del dominio de la historia. No se estrañará por lo mismo pongamos en boca de Avellaneda opintones sobre aquel y otros jenerales, que él mismo no tenia embarazo en manifestar á sus amigos de palabra y por escrito.

6. Desde el año 1821 se enseñaron en la Universidad de Buenos Aires la Filosofia sensualista de Condillac y de Tracy, y los principios de Legislacion del utilitario Benthan. Facil es calcular qué direccion darian á las inteligencias jóvenes doctrinas que entrañan en sí el materialismo y el ateismo, y desconocen la nocion imperativa del deber, y la influencia que por ese medio ejercerian sobre la sociedad culta de Buenos-Aires y de las provincias, de donde affluid constantemente la juventud á aleccionarse con ellas. Cuando una doctrina cualquiera se difunde en la sociedad, el sentido comun deduce naturalmente

sus consecuencias lógicas, y las lleva como regla infalible al ejercicio de la vida práctica. (1)

7. Ibarra, gobernador de Santiago del Estero. Este proyecto de invasión á Santiago no lo verificó Avellaneda á causa del inesperado arribo á Tucuman del general Lavalle, quien, alucinado por cálculos erróneos, le indujo á desistir de ella, y á licenciar las milicias que tenia reunidas.

8. *El Tipa*, es un árbol bajo y de tupida copa, cuyo grueso tronco tiene la figura de una pipa.

9. En Agosto del 41, el general Acha con 400 hombres, mitad infantes, se encuentra en Angaco, provincia de San Juan,

1. La enseñanza filosófica á que se refiere el ilustre poeta, mas que sistemática fué emancipadora, por la forma y por el fondo, pues tuvo por objeto abrir la razon de la juventud y avezarla al exámen franco de todos los problemas que la filosofía abarca en su generalidad, rompiendo con los viejos métodos escolásticos y con el yugo de las doctrinas impuestas dogmáticamente.

La consecuencia de esta direccion dada á los espíritus se pone de bulto, si se representan sus frutos por nombres propios. Los apóstoles y los mártires de la reaccion contra la política de Rosas, fueron discípulos de la Universidad de Buenos-Aires durante la época mencionada, comenzando por el mismo Sr. Echeverria que escuchó las lecciones del Dr. D. Juan Manuel Agüero en el curso correspondiente al año 1822. Avellaneda, Dulce, Angel Lopez, y tantos otros cuyas nobles y luminosas cabezas cayeron en el patíbulo del tirano, amaron la libertad porque habian emancipado la razon y robustecido sus fuerzas morales en la escuela á que se refiere el Sr. Echeverria.

La dominacion de Rosas echò raices en el terreno viejo de la colonia, terreno que apenas comenzaba á desmalezarse, cuando la reaccion social hácia atrás, se inició bajo los auspicios del oscurantismo intelectual que distinguia á los colaboradores letrados del réjimen de las facultades extraordinarias.

Esto es histórico y puede demostrarse con nombres propios. Véase la obra titulada: "Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública en Buenos Aires"—en el capítulo consagrado al estudio de la Filosofía.

(J. M. G.)

con el ejército del fraile Aldao, fuerte de 2,200 hombres; y batiéndose con él desde las once de la mañana hasta el anoche-  
cer lo despedaza completamente, toma todo su material de guerra y mas de 400 prisioneros, perdiendo en la refriega cerca de la mitad de sus bravos. Al otro dia se retira á San Juan distante siete leguas del lugar del combate. Allí Benavides, regresando con tropas de refresco, lo sorprende, en momentos que sus soldados yacian como aletargados por el viento Zonda, y acuchilla y dispersa su caballería. Acha se defiende dos dias en las calles de San Juan con un grupo de infantes y artilleros; pero sitiado, sin víveres ni municiones, y esperanzado en que el general Madrid llegue á salvarle, se encierra con unos cuantos héroes en la torre de la Catedral, resuelto á morir lidiando. Benavides amenaza derribarla á cañonazos sino se entrega á discrecion. El socorro esperado no llega: Acha exige garantia de vidas: Benavides la promete sin reserva alguna, y el héroe de Angaco rinde sus armas, llorando de despecho. El 16 de Setiembre, el traidor Paheco escribe á Rosas desde el Desaguadero, lo siguiente:—«El titulado salvaje general Mariano Acha fué decapitado ayer, y su cabeza puesta á la espectacion pública, en el camino que conduce á este rio, entre la Represa de la Cabra y el Paso del Puente.»

10. La espedicion de Avellaneda á Salta tenia doble objeto—escarmentar á los Santiagueños que la hostilizaban, y reclutar gente para engrosar el ejército tucumano.

11. Antes de internarse Oribe á Tucuman, estuvo algunos dias campado en el Tala, lugar fronterizo de su territorio.

12. *El Tio*—departamento de la provincia de Córdoba, fronterizo á la de Santa-Fé.

13. Este grupo de cordobeses, eran 80 cívicos de infantería, únicos que habian quedado en pié del bizarro regimiento que encabezó la revolucion de Córdoba. Concluido el combate de Famallá, aquella pequeña columna de bravos permanecia

inmoble, esperando resignada su destino. Oribe á caballo con su séquito, se les pone delante, y esclama.—«El que quiera salvar la vida grite, *Viva la Federacion!*»—Ninguno se conmueve ni despliega el labio, y todos son inmediatamente degollados.

14. El llamado *Monte Grande*, distante ocho leguas de la ciudad de Tucuman. El combate se dió en 19 de Setiembre de 1841, al amanecer. La fuerza tucumana se componia de 1,200 caballos, 80 infantes y 3 piezas de campaña; la enemiga de 1,500 caballos, 600 infantes y 3 piezas.

En el interrogatorio de Avellaneda publicado por Rosas en la *Gaceta Mercantil*, se lee lo siguiente:—«Se presentaron á Lavalle dos tucumanos y le dijeron, que la fuerza existente en el Monte Grande era solo una division compuesta de mil hombres de caballeria, y doscientos infantes con dos obuses, habiendo quedado el resto del ejército en la Capital; y que con esta noticia movió su campo para batir esta fuerza....»

15. Es un hecho averiguado que Oribe mandó de regalo á Manuelita Rosas las *orejas saladas* del coronel Borda, tomado prisionero en el combate de Famaillá, y degollado con otros muchos; y que esta señorita las mostraba como cosa muy curiosa á sus numerosos visitantes, colocadas en un plato sobre el piano de su salon. Oribe hizo la ofrenda á la hija para mejor congratular al padre. Hay en este refinamiento de adulacion de esclavo, no sé qué de mas bárbaro y villano todavia.

---

### CANTO TERCERO.

1. Este malvado era Sandoval, hombre de baja esfera y sin educacion alguna, pero muy valiente. El general Lavalle lo hizo comandante de su escolta, motivo por el cual gozaba de cierta consideracion en el ejército.

2. Hé aquí la carta en que Sandoval comunica á Oribe el apresamiento de Avellaneda y sus compañeros. La copiamos del N. ° 5456 de la *Gaceta Mercantil*, como tambien el parte de Oribe á Rosas.

Setiembre 26 de 1841.—Exmo. Sr. Presidente, general en jefe, Brigadier D. Manuel Oribe.—Con esta fecha he sorprendido al titulado general D. Marco Avellaneda, al coronel Vilela, al teniente coronel Suarez, al comandante Casas, al capitán Sauza y al capitán Espejo, y marché con ellos al destino donde V. E. se halle. Intertanto espero que V. E. me ordene lo que he de hacer.

Exmo. Sr. Despues de dar este paso, espero el perdon. Yo, los oficiales y toda la tropa que me acompaña nos comprometemos á ayudar á V. E. á defender la causa de la Federacion hasta dar la última gota de sangre.

Hace fecha que con los oficiales y tropa que me acompañan hemos tenido intencion de pasarnos á donde V. E. estaba.

En el encuentro que tuvimos les he muerto al comandante Yacquez y al comandante Mansua, á un sargento mayor, un capitán y diez individuos de tropa.

El conductor de esta es el alferéz D. Gerónimo Quevedo, con seis soldados y el vaqueano.—Dios guarde á V. E. muchos años.—*Gregorio Sandoval*.

El General en Jefe etc.—Al Exmo. Sr. Gobernador, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.—Cuartel general en Metán, Octubre 3 de 1841.—Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que el comandante D. Gregorio Sandoval (que lo fué de la escolta del salvaje unitario asesino Juan Lavalle), despues de haberme dirigido la carta que original acompaño, se me ha presentado en este campo con una fuerza compuesta del capitán D. Juan Jimenez, los tenientes D. Pedro Loisa, don Manuel Frutos, D. José Maria Morales, D. Jerónimo Jimenez, D. Pascual Heredia, los alferézes D. Modesto Llanos y D. Gre-

gorio Quevedo, ocho sargentos, ocho cabos y cincuenta y siete soldados, conduciendo presos á los salvajes unitarios Marco M. Avellaneda, titulado general gobernador del Tucuman, coronel titulado José Maria Vilela, comandante Lucio Casas, sargento mayor Gabriel Suarez, capitán José Espejo y teniente primero Leonardo Sauza, los cuales salvajes unitarios han sido al momento ejecutados en la *forma ordinaria*, á escepcion del salvaje unitario Avellaneda, á quien por añadir á esta calidad la de cómplice y uno de los promotores del horrible asesinato perpetrado en la persona del Exmo. Sr. General D. Alejandro Heredia, además de otros muchos crímenes, *le mandé cortar la cabeza que será colocada á la espectacion de los habitantes en la plaza pública de la ciudad de Tucuman.*—Dios guarde á V. E. muchos años.—*Manuel Oribe.*

Con la misma fecha el infame Adeodato de Gondra, secretario de Ibarra, gobernador de Santiago, escribía á Rosas:—Santiago, Octubre 3 de 1841..... Ha caído el nunca bien ponderado salvaje unitario Avellaneda, principal asesino del finado ilustre general Heredia y autor de todos los males que han sufrido las provincias del Norte.—La vergonzosa asociacion de infames traidores que se llamó *Coalicion del Norte*, fué obra suya.

3. *Metan*—lugar de la provincia de Salta, atravesado por un pequeño rio del mismo nombre.

4. Oribe, despues de haber renunciado la presidencia del Estado Oriental, se asiló en Buenos-Aires. Rosas, campeón de la legitimidad de los gobiernos, continuó reconociéndole en el carácter de presidente legal, por cuyo motivo todos sus subordinados le llamaban Presidente.

5. El general Lavalle fué muerto de un balazo en una casa de los suburbios de Jujuí, por una partida de montoneros federales. Al saber Oribe su muerte, escribió al gobernador de Córdoba lo siguiente:—«Octubre 12 de 1841. He mandado

hacer activas pesquisas sobre el lugar en que está enterrado el cadáver de Lavalle, *para que le corten la cabeza y me la traigan.*»

La feroz osadía de Oribe quedó burlada. Algunos oficiales amigos, sospechando que los chacaes buscarían el cadáver de su general, se lo habían llevado á Potosí, donde le dieron sepultura; la que custodiaron por algun tiempo.

6. Damos esta pequeña muestra del estilo federal burlesco, puesto en moda entre los suyos por Rosas, restaurador del arte de escribir como lo es de las leyes. La *Resvalosa*, es la sonata del deguello como lo indica la palabra misma; ella imita el movimiento del cuchillo sobre la garganta de la víctima y se canta y se baila á un tiempo. No se puede negar á Rosas y á los federales inventiva para llevar á perfeccion el arte del *deguello* y del *robo*.

La *Mas-horca*, es una sociedad de asesinos, ladrones y degolladores, formada y capitaneada por el mismo Rosas, Restaurador de las leyes. Dicha sociedad al constituirse, lo hizo bajo ese significativo nombre. La *Resvalosa* es invencion suya.

7. Rosas publicó en el número 5,456 de la *Gaceta Mercantil* un Interrogatorio hecho á Avellaneda el 3 de Octubre de 1841, en Metán, por Mariano Maza, con asistencia de un tal Luis Arguero como secretario. Este interrogatorio fuè evidentemente fraguado con la mira de echar sobre Avellaneda, cuando menos, una mancha de complicidad en el asesinato del gobernador Heredia, y de hacerlo aparecer débil y apocado en el momento supremo.

Lo que hay de cierto, referido por testigo ocular al general Madrid, es que á poco de llegar Avellaneda al campamento de Metán, y estando sentado entre las ruedas de una carreta, comiendo un puñado de maiz que le diera un soldado, se le presentó Maza, y empezó á hacerle preguntas en tono amable y familiar, á las que contestó Avellaneda con laconismo y aspereza; que apesar de esto Maza le brindó un *mate* que le traje-

ron, el que no aceptó Avellaneda, y continuó en sus preguntas; que volvió á ofrecerle con instancia otro *mate*, que fué igualmente rehusado; y que por último Maza se retiró de allí cólerico y desconcertado. Avellaneda inmediatamente se reclinó sobre el pasto, y durmió hasta tanto vinieron á despertarlo para llevarlo al suplicio.

8. Este hecho fué referido al general Madrid por el mismo individuo que le relató el anterior.

9. *Marco Maria Avellaneda* fué degollado en Metan por órden de Oribe el 3 de Octubre de 1841, á los veinte y siete años de edad, y su cabeza clavada en una picota en la plaza de Tucuman. De la piel de su cadáver, descuartizado y colgado en los árboles contiguos al campamento de Metan, mandó hacer Oribe unas vergas y un *rebenque* que envió de regalo á Rosas. Los habitantes que pasasen por la plaza donde estaba la cabeza del mártir, debían detenerse á mirarla un rato de hito en hito. A los que por distraccion ó mala voluntad no cumplian la órden, los soldados que la custodiaban les caian encima de improviso, y los azotaban con las vergas hechas de la piel de Avellaneda, esclamando á risotadas:—«Esta es del cuero de tu Gobernador.»

---

# ÍNDICE DEL TOMO I.

---

	Páginas
El Editor . . . . .	V
<b>Elvira ó la novia del Plata</b>	
<b>La Cautiva</b>	
Primera parte—El Desierto . . . . .	35
Segunda parte—El Festin . . . . .	45
Tercera parte—El Puñal . . . . .	57
Cuarta parte—La Alborada . . . . .	71
Quinta parte—El pajonal . . . . .	77
Sexta parte—La Espera . . . . .	85
Octava parte—Brian . . . . .	101
Novena parte—Maria . . . . .	115
Epilogo . . . . .	131
<b>La Guitarra ó primera página de un libro</b>	
Primera parte . . . . .	139
Segunda parte . . . . .	168
Tercera parte . . . . .	199
Cuarta parte . . . . .	215

<b>Insurreccion del Sud</b>	
<b>de la Provincia de Buenos Aires</b>	
	227
Notas . . . . .	273
<b>Avellaneda</b>	
Canto primero . . . . .	283
Canto segundo . . . . .	326
Canto tercero . . . . .	386
Notas . . . . .	431

---